

CRIMEN & CIA.

***Janwillem Van
De Wetering***

**ARRASTRADO
POR EL VIENTO**



Grijpstra y De Gier investigan la muerte de una joven. Entre los sospechosos se encuentran un diplomático belga, un oficial norteamericano y un empresario holandés que habían mantenido relaciones con ella, pero las claves del caso están enterradas en el misterioso pasado de la víctima.

De nuevo los singulares protagonistas de las novelas de Van de Wetering deberán recurrir a su enorme capacidad de deducción para seguir las pistas que en esta ocasión se hallan diseminadas por todo el mundo.



Janwillem Van de Wetering

Arrastrado por el viento

Grijpstra & De Gier - 2

Crimen & Cia. - 50

ePub r1.3

Titivillus 20.02.17

Título original: *Tumbleweed*
Janwillem Van de Wetering, 1976
Traducción: Jordi L. Mustieles
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: marisolea
ePub base r1.2



Para Anne Barrett

EL BRIGADA GRIJPSTRA tenía la sensación de que aquella no era la mejor mañana del año. Estaba desmadejadamente sentado tras su escritorio de acero gris en la espaciosa habitación de la Jefatura que compartía con su ayudante, el sargento De Gier, sosteniendo entre las manos su pesada y cuadrangular cabeza. Estaba estudiando los informes del día anterior recibidos por télex, impresos en un barato papel rosado y archivados en una gastada carpeta para hojas sueltas. Le dolía la cabeza y se notaba la garganta reseca y dolorida cada vez que trataba de tragar saliva.

—¿Te has dado cuenta —preguntó con voz ronca— de que en Amsterdam nunca pasa nada?

Se lo preguntaba a sí mismo, y por eso habló en tono muy bajo. El denso tráfico de primeras horas de la mañana en la calle Marnix habría debido ahogar su pregunta, pero dos coches que habían chocado un par de calles más abajo estaban obstruyendo el tránsito, y De Gier le había oído.

«Debería estar en la cama», pensó De Gier, y emitió un sonoro «¿Hmm?» porque no quería dejar a su superior desprotegido en su soledad.

—En Amsterdam —repitió Grijpstra— nunca pasa nada.

—Estás enfermo —observó De Gier—. Tienes la gripe. Vete a casa y métete en la cama. Tómate unas aspirinas y bebe un poco de té. Té y *brandy*, en un vaso con limón. Bien calentito. Luego, a dormir. Duerme todo el día. Mañana puedes leer el periódico.

Pasado mañana, puedes leer un libro. El día siguiente, otro libro. El día siguiente es sábado. El día siguiente es domingo. Sal a dar un paseo. Vuelve el lunes.

—Estoy perfectamente —replicó Grijpstra con voz apagada, y encendió un cigarrillo. Tosió unas cuantas veces, le entró un acceso de tos y estuvo a punto de ahogarse.

De Gier sonrió y siguió pensando. «No es de extrañar que no quiera irse a casa. Dos plantas en un estrecho edificio del Lijnbaansgracht no ofrecen mucho espacio. Y ya está la señora Grijpstra para llenarlo, y los tres pequeños Grijpstras, y la tele».

Grijpstra también pensaba. Sus pensamientos eran negativos, irritables, rencorosos. «Míralo», pensaba Grijpstra. «Un tipo apuesto, ¿verdad? Qué hermoso traje lleva. De dril azul oscuro, hecho a medida. Camisa azul cielo. Y ese pañuelito al cuello. ¡Un verdadero *dandy*! ¡Y ese pelo rizado! ¡Y la nariz! Un asqueroso artista de cine. ¡Bah!».

Pero Grijpstra se corrigió. Se dijo que no debía estar celoso. Se recordó que De Gier era su amigo. Un amigo modesto y fiel. Se obligó a recordar las dos ocasiones en que De Gier se había jugado la vida por él. Se obligó a olvidar las tres ocasiones en que él se había jugado la vida para salvar la de De Gier. «Estamos en Amsterdam», se dijo. «En Amsterdam, los delincuentes amenazan, pero no matan. Es una ciudad fácil. Nunca pasa nada, en Amsterdam».

Había vuelto a decirlo en voz alta, y De Gier se inclinó para leer los rosados informes de télex.

—¿Qué quieres decir? —preguntó De Gier—. Mira esto. Pasan muchas cosas.

Estaba de pie junto a la batería de tambores que un día apareciera milagrosamente en su despacho, mucho tiempo antes, y que Grijpstra se había negado a devolver a quienquiera pudiera ser su propietario. Grijpstra utilizaba la batería en sus momentos libres para resucitar los antiguos sueños de su juventud, cuando tenía el propósito de convertirse en músico de *jazz*, y De Gier lo

acompañaba a veces con una pequeña flauta, una reliquia de los viejos tiempos en que interpretaba música religiosa en la Escuela Reformada Holandesa.

De Gier cogió una de las baquetas.

—Ocurren muchas cosas. Mira. Accidentes de tráfico (golpe de tambor), bicicletas robadas (¡bam!), un coche caído al canal (¡bam!).

—Grijpstra gemía a cada golpe—. ¡Y mira! (Redoble de tambor). Atraco a mano armada. Tres hombres han asaltado a una viejecita en un estanco. La señora ha resultado herida. Esto es un auténtico crimen. Un homicidio frustrado, conque habría debido correspondernos a nosotros.

—A nosotros, no —replicó Grijpstra—. Sietsema y Geurts se ocupan del caso.

—Sietsema es un poli motorizado —observó De Gier.

—Lo han trasladado a la brigada criminal. Se caía de la Guzzi demasiado a menudo, ¿no lo sabías?

De Gier dejó las baquetas y miró por la ventana. El tráfico volvía a moverse y rugía ante la Jefatura, escupiendo sus humos hacia las abiertas ventanas tras las cuales unos policías se disponían a enfrentarse con un nuevo día de mantener el orden legal. En otro tiempo, De Gier había querido ser un poli motorizado, pero se dejó convencer de que debía dedicarse a la investigación. «Usted tiene un buen cerebro, De Gier», le había dicho el jefe de personal. «No malgaste su buen cerebro, De Gier». Desde entonces, nunca había dejado de preguntarse si su elección había sido acertada. Habría podido ser un sargento motorizado, con la misma paga y las mismas condiciones. Una Guzzi grande, blanca, resplandeciente. Los polis que van en moto no tienen los pies planos. Tampoco De Gier los tenía, pero algún día acabaría teniéndolos. Los detectives andan demasiado. Esperan en las esquinas. Suben interminables escaleras, por lo general escaleras equivocadas. Los polis de las motos nunca han de subir escaleras.

—Puede que Sietsema y Geurts organicen un embrollo y el inspector jefe acabe dándonos el caso a nosotros.

—No nos lo dará —negó Grijpstra, y estornudó.

—¿Quieres que vaya a buscarte una buena taza de café?

—Sí —contestó Grijpstra.

De Gier se dirigió hacia la puerta, la abrió y se quedó petrificado.

—Caballeros... —saludó el commissaris.

El commissaris sonreía. La época en que los suboficiales se cuadraban de un salto ante la mera visión de un commissaris que se cruzaba con ellos pertenecía ya al pasado. Pronto ni siquiera le llamarían «señor». Pero algunos de los hombres aún recordaban los viejos tiempos y demostraban su recuerdo.

—Señor —decían en aquel momento algunos de estos hombres.

—Iba a salir a por un poco de café. ¿Le apetece una taza?

—Por favor —asintió el commissaris.

—¿Un cigarro, señor? —le ofreció Grijpstra, abriendo el cajón en que guardaba una lata de los finos cigarros que le gustaban al commissaris.

—Por favor —repitió el commissaris.

—Siéntese, señor —dijo Grijpstra, y señaló la única butaca cómoda que había en la habitación.

El commissaris tomó asiento y se frotó la pierna izquierda, que lo había tenido despierto parte de la noche. Grijpstra advirtió el movimiento de la mano y se preguntó por cuánto tiempo seguiría aquel frágil anciano vagando por el enorme edificio de la Jefatura. Todavía le faltaban cinco años de servicio para retirarse, pero últimamente su reumatismo parecía estar empeorando. Por dos veces Grijpstra había visto al commissaris apoyado contra una pared, paralizado por el dolor, con el rostro convertido en una horrible máscara blanca.

De Gier regresó con una bandeja de plástico que contenía tres vasos de papel. El commissaris tomó un cauteloso sorbo y contempló a sus dos detectives.

—¿Se acuerdan de la casa flotante del Schinkel? —preguntó el commissaris.

—¿La que el inspector jefe nos pidió que vigilásemos de vez en cuando? —inquirió Grijpstra.

—Exacto —asintió el commissaris—. Ahora el inspector jefe está de vacaciones, y no sé cuánto les ha dicho. ¿Qué es lo que saben?

Grijpstra sonrió forzosamente.

—No gran cosa, señor. El inspector jefe nunca nos cuenta gran cosa. Lo único que sabemos es que debemos estar atentos a esa casa.

—¿Lo están?

Grijpstra miró a De Gier.

De Gier captó la indicación.

—Pasamos ante ese barco al menos dos veces por semana, señor, y enviamos los informes al inspector jefe. También he ido yo solo en bicicleta, y un par de veces a pie, por la noche. Es un paseo agradable desde donde yo vivo, y estamos en primavera. Me gusta ir hasta allí. Pero no hay mucho que decir. La casa flotante es de las caras y tiene dos pisos. Solo hay un ocupante, una mujer de treinta y cuatro años. Se llama María van Buren, nacida en la isla de Curaçao. Está divorciada pero sigue utilizando el apellido de su exmarido. Él es director de una fábrica textil, en el Norte.

—Háblenos de la mujer —le invitó el commissaris.

—Una hermosa mujer —prosiguió De Gier—. No es del todo blanca. Conduce un Mercedes deportivo de color blanco, con cinco años de antigüedad pero en buen estado de conservación. Por lo menos tres hombres la visitan y pasan con ella la noche o parte de la noche. Tengo las matrículas de sus coches.

—¿Sabe quiénes son esos hombres?

De Gier asintió.

—Uno de ellos es un diplomático belga, con destino en La Haya. Conduce un Citroën negro. Tiene cuarenta y cinco años de edad y aspecto de tenista. El segundo es un oficial del ejército norteamericano, un coronel destinado en Alemania. El tercero es holandés, un hombre alto que empieza a quedarse calvo, de cincuenta y ocho años. He hecho averiguaciones y he comprobado

que se trata de un pez gordo, presidente de varias compañías. Posee una casa en la ciudad, pero su familia vive en Schiermonnikoog^[1], o, mejor dicho, su esposa, porque sus hijos ya están crecidos. Se llama IJsbrand Drachtsma.

—¿Ha extraído alguna conclusión?

De Gier mantuvo un aire reservado.

—No, señor.

El commissaris se volvió hacia Grijpstra.

—Podría no ser más que una mujer a la que agrada un poco de compañía —opinó Grijpstra—, y podría ser que estuviera ganándose algún dinero extra. Hemos investigado al holandés, IJsbrand Drachtsma. Parece un ciudadano intachable. Muy rico y muy respetable. Un magnate de los negocios. Las empresas para las que trabaja funcionan muy bien. Productos químicos, textiles, materiales para la construcción. Y es un héroe, además. Huyó a Inglaterra en el segundo año de la guerra, cuando los alemanes vigilaban las playas. Creo que fue en un bote de remos, con otros tres. Tenían un pequeño motor, pero se les estropeó. Se enroló en el ejército británico y regresó como combatiente, cruzando Francia y Bélgica.

—¿Ha averiguado algo sobre los otros dos?

—No, señor —respondió Grijpstra—, pero estoy seguro de que el inspector jefe sí lo ha hecho. Le comunicamos todos los detalles y pareció muy interesado.

—¿Ha efectuado indagaciones acerca de la mujer?

—No —dijo Grijpstra—. Verificamos los archivos municipales, pero eso fue todo. Nos dijeron que debíamos ser discretos, de modo que preferimos no ir preguntando por ahí. Podríamos hacerlo, por supuesto. Hay otras casas flotantes en las inmediaciones.

—¿Tiene algo de especial esa mujer, señor? —inquirió De Gier, tratando de no dar ninguna muestra de excitación.

—Sí —contestó el commissaris—. Ya saben que en este país tenemos un Servicio Secreto. —Sonrió, y los dos policías se rieron a carcajadas. Estaban enterados de la existencia del Servicio Secreto. Ocupaba dos despachos en el piso inmediatamente superior, dos

despachos repletos de hombres de mediana edad y secretarias entradas en años. Los hombres de mediana edad hablaban mucho de fútbol, y las secretarias estaban siempre escribiendo a máquina. Poemas, según Grijpstra. Malos poemas. Grijpstra aseguraba que Holanda carece de secretos, y que el Servicio Secreto se había creado exclusivamente para llenar un hueco en los presupuestos del estado. Pero el Servicio Secreto no se agotaba con lo que ocurría en el piso de arriba. Ocupaban también otros despachos, en Rotterdam y en La Haya. Estaban vinculados con diversos ministerios, con alcaldes y con jefes de policía. Estaban incluso vinculados con la corona, el misterio supremo de la democracia. Quizás, había susurrado Grijpstra en cierta ocasión, tuvieran alguna conexión con Dios, el Dios holandés, un anciano en un cuarto sobrecalentado, una poderosa manifestación que usaba zapatillas y se interesaba en una amplia gama de fenómenos, tales como las instalaciones de abastecimiento de agua potable, el precio de la mantequilla, la teología, el derecho a disentir y el Ajax, el equipo nacional de fútbol.

—El Servicio Secreto —repitió Grijpstra, haciendo todo lo posible por mostrarse serio.

—Sí —prosiguió el commissaris—. Están interesados en la señora Van Buren, y nos han pedido que le tengamos echado el ojo. Por alguna razón, parece que no disponen de detectives propios. El departamento de impuestos los tiene, las aduanas los tienen y el ejército los tiene, pero ellos no. Les gusta utilizarnos a nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que le echaron un vistazo a la casa flotante?

—Hoy es martes —dijo De Gier—. Estuve allí el jueves. Pensaba acercarme durante el fin de semana, pero tuve una invitada. ¿Sabe por qué se interesa el Servicio Secreto, señor?

—No —reconoció el commissaris—, pero puede que nos enteremos. Parece que algo anda mal. Nos ha llamado el hombre que vive en la casa flotante más próxima a la de ella. Dice que lleva unos cuantos días sin verla y quiere que vayamos a echar una

ojeada. El gato de la mujer anda suelto por la zona y quiere quedarse a vivir con él. Ha llamado a la puerta, pero no abre nadie. El automóvil de la mujer está aparcado enfrente del barco.

—¿Cuándo se ha recibido esa llamada, señor? —quiso saber Grijpstra.

—Ahora mismo. Hace apenas un cuarto de hora. Quiero que vayan allí y echen la puerta abajo, si es necesario. Les he traído una autorización.

—¿No quiere venir con nosotros, señor? —preguntó De Gier.

—No. Tengo una reunión con el jefe de policía. Si pasa algo malo, pueden comunicarse conmigo por la radio del coche o por teléfono. —El commissaris se frotó la pierna, se incorporó con cierta dificultad y salió del cuarto tratando de no cojear.

A los pocos minutos se encontraban en la calle Marnix, esperando ante un semáforo. Una motocicleta pequeña hizo caso omiso de la luz roja y aceleró ante el morro de un camión que venía por la derecha, consiguiendo esquivarlo.

—No —dijo De Gier, pero ya había sucedido. La motocicleta esquivó el camión, esquivó incluso otro camión, pero entonces el conductor perdió el control y la moto empezó a derrapar. Cuando el casco del joven chocó contra la acera, Grijpstra descolgó el micrófono.

—En la esquina de las calles Marnix y Passeerders. Una motocicleta. Haga el favor de llamar a una ambulancia. Los detectives Grijpstra y De Gier somos testigos, pero no podemos detenernos. Cambio.

—Entendido. Cierro —contestó la voz de Jefatura.

Un poco más tarde oyeron las sirenas. De Gier abrió paso a la ambulancia y, unos segundos después, a un Volkswagen blanco de la policía. Ambos vehículos hacían destellar sus luces azules.

—¿Crees que ha muerto? —preguntó De Gier.

Grijpstra se encogió de hombros.

—Puede que el casco le haya salvado la vida, pero tiene que estar muy malherido. Es posible que se haya roto el hombro y la pierna. Un motor caliente te quema la carne en un instante. Quizá no pueda volver a andar correctamente nunca más.

De Gier condujo con calma, tratando de olvidar el accidente y concentrándose en lo que sabía de la casa flotante.

Aun con todos los semáforos en contra, no tardaron mucho tiempo. Un hombre bajo y barbudo esperaba junto a la puerta de la embarcación.

—Policía —anunció Grijpstra al salir del coche—. ¿Es usted quien nos ha llamado?

—Lo soy —asintió el hombre—. Mi nombre es Bart de Jong. Llámeme Bart, todo el mundo lo hace. Vivo en aquel bote de allí.

Grijpstra estrechó la mano del hombre y le dijo cómo se llamaba. De Gier fue hacia ellos. Bart tenía un aspecto extravagante, pero no demasiado extravagante si se tenía en cuenta que estaban en Amsterdam. Era un hombre de baja estatura y fuerte complexión, de unos cuarenta años de edad. La barba parecía crecerle hasta el mismo borde de sus ojillos chispeantes. Ojos oscuros, como abalorios, negros y relucientes. Su oreja izquierda estaba adornada con un arete de oro. Vestía un traje de pana, una camisa de cuello abierto y botas de cuero, espléndidamente lustradas, hasta por encima del tobillo. Las estrechas perneras de los pantalones estaban embutidas dentro de las botas. El hombre parecía limpio, e incluso su cabellera estaba pulcramente peinada.

—¿Qué es esa historia sobre el gato de la señora? —inquirió Grijpstra.

El hombre les ofreció cigarrillos. De Gier se fijó en que su mano temblaba al sostener la cerilla encendida.

—Ah. El gato. El gato lleva dos días dándome la lata. A menudo suele venir a visitarme, araña la puerta y yo lo dejo entrar. Es un hermoso animal, un gato persa. Miren, ahí viene.

Un gato se acercaba, acechante, por el angosto sendero que conducía a una pequeña casa flotante atracada junto a la lujosa construcción que se hallaba justo enfrente de ellos. De Gier se puso en cuclillas y acarició la cabeza del felino mientras este se frotaba contra sus piernas, entrecerrando los grandes y luminosos ojos amarillos en una expresión de evidente placer.

—Un animal cariñoso —observó De Gier—. Personalmente, yo prefiero los gatos siameses, pero este es muy bonito. Tiene muchísimo pelo.

—Precisamente —asintió Bart—. Eso es lo que a mí me molesta. No me importa que venga a visitarme, y estoy dispuesto a ofrecerle leche y carne siempre que él quiera, pero es que exige mucho más. Está acostumbrado a que lo mimen, y hay que cepillarle el pelo diez veces al día porque no soporta llevar nada enganchado. Y él se mete entre las plantas y acaba hecho un asco. Y si te niegas a cepillarlo, empieza a maullar y a arañarte las piernas. Cuando hace eso, lo mando a su casa, pero en estos dos últimos días no he podido quitármelo de encima. He llamado al timbre de la señora Van Buren, pero no abre la puerta. Su coche está aquí delante, y estoy seguro de que se encuentra en casa, de manera que tal vez le ha ocurrido algo.

—Probemos otra vez el timbre —propuso De Gier.

Pulsaron el timbre, golpearon la puerta y gritaron. No hubo respuesta.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Bart.

—Romperemos la puerta.

—Creía que en este país ni siquiera los policías tenían derecho a romper las puertas —apuntó Bart.

—Somos unos policías especiales —contestó De Gier—, y tenemos un mandamiento judicial.

—Y no vamos a romper la puerta —intervino Grijpstra—. Buscaremos otra manera.

De Gier se detuvo en la pasarela y examinó la ventana.

—Tienes las piernas más largas —dijo Grijpstra.

De Gier asintió y sacó su pistola. El vidrio se rompió al primer golpe con la culata.

—Ve con cuidado —le advirtió Grijpstra—. La última vez que te colaste por una ventana te hiciste daño y te manchaste todo el traje de sangre.

—Uno vive y aprende —replicó De Gier, introduciendo el brazo por el agujero del vidrio roto. La ventana se abrió en seguida y De Gier, sostenido por Grijpstra, pasó al interior. En cuestión de segundos se abrió la puerta delantera.

—¿Quieren que entre? —preguntó Bart.

—No. Espere ahí. No tardaremos. ¡Mierda! ¡Con cuidado!

El gato, que estaba con ellos en la pasarela del bote y parecía sumamente deseoso de entrar en la vivienda, había emitido de pronto un sonido extraordinario —un aullido profundo terminado en un espeluznante chillido—, y, con un giro vertiginoso, había huido a toda prisa. El animal se detuvo a una distancia prudencial y se sentó en el suelo. Su espesa capa de pelo parecía tener el doble de su tamaño habitual.

Bart meneó la cabeza.

—Eso no me ha gustado. Será mejor que entren y vean qué ha pasado. Aquí ha pasado algo.

—Sí —dijo Grijpstra, poniendo su cuerpo en marcha. Dio un golpecito en el hombro a De Gier. De Gier aún seguía contemplando el gato.

En la planta baja del bote no encontraron nada extraño. Todo parecía en orden, aunque tal vez un poco polvoriento. La señora había decorado su vivienda con un gusto curioso. Un gusto curioso, pero caro. Alfombras persas, una gran chimenea de piedra. De Gier se detuvo unos instantes ante una estatua tallada en madera que representaba tres figuras femeninas de pie una encima de otra. Sus pechos eran exagerados y puntiagudos, con largos pezones. Los labios eran gruesos, y las frentes bajas. Las tres lenguas, colgando de las tres abiertas bocas, estaban pintadas de rojo, y los blanquísimos dientes eran puntiagudas conchas marinas. Quizá

fuese un símbolo de fertilidad africano, pensó, pero en aquellas tres figuras había algo más que fertilidad. Parecían irradiar una poderosa energía.

Había otras estatuas en el cuarto. En un estante vio una docena de hombrecillos, cuya altura variaba entre cinco y quince centímetros. Eran guerreros africanos, provistos de lanzas y otras armas. Todos los hombrecillos parecían muy decididos, como si su ferocidad se dirigiera contra un objetivo común.

—Yo —pensó De Gier—. Me quieren a mí. ¿Para qué mierda me quieren?

Pero de inmediato se sintió aliviado. No lo querían precisamente a él; querrían del mismo modo a cualquiera que se cruzara en su camino.

—Un sitio agradable —comentó Grijpstra, que había pasado al cuarto de al lado.

—¿Tú crees? —preguntó De Gier con cortesía.

—Sí —contestó Grijpstra, paseando la vista en torno—. Hay muchísimo espacio. Hermosos y cómodos sillones. Un hombre podría sentarse aquí y leer su periódico o uno de esos libros mientras se fumaba un cigarro. Muy agradable. Fíjate en esa pintura.

De Gier se fijó. La pintura era pacífica, soñadora. Un Pierrot y su Colombina paseaban por un jardín iluminado por la luna, un jardín pálido y oscuro. El fondo de la escena consistía en una hilera de álamos; álamos deshojados, de modo que debía ser el invierno. Había unas cuantas nubes de extraña forma en el cielo azul metálico, nubes pequeñas con nítidos bordes blancos.

—¿Te gusta esta pintura? —inquirió De Gier.

—Sí —admitió Grijpstra—. Es mucho mejor que toda esa carne rosada que se ve hoy en día. Es muy sexy, pero los dos están completamente vestidos. Ni siquiera van cogidos de la mano, ya lo ves, solo brazo con brazo; todo muy respetable, muy agradable.

—Deben de haber estado haciendo el amor en esa especie de glorieta que hay junto a los álamos —observó De Gier.

Grijpstra contempló la glorieta.

—Sí —dijo lentamente—. Esa es la atmósfera sexy que yo veía. Pero ahora todo está sereno.

—Sí, sí —asintió De Gier—. ¿Cuánto crees que vale esta casa? Con muebles y adornos, quiero decir.

Grijpstra seguía mirando la pintura.

—Este cuadro vale unos diez florines —respondió—, porque es una lámina. Pero el marco debe de valer unos cuantos centenares. Es el único objeto barato que he visto hasta ahora. Una reproducción de un cuadro de Rousseau. Rousseau el aduanero. Un tipo como yo. Un funcionario del estado que ganaba un pequeño sueldo. Ojalá yo supiera pintar.

—No sabía que te interesara el arte —comentó De Gier—. Todavía puedes aprender a pintar. En la universidad hay clases nocturnas.

—Ya lo sé —dijo Grijpstra—. Quizá cuando me jubile. No sé nada sobre arte, pero conozco a este pintor. He leído un libro sobre su vida y he visto exposiciones de sus obras. Es un pintor ingenuo. ¿Quieres saber cuánto vale esta casa?

—Sí —respondió De Gier.

—Mucho dinero. Estos sillones de piel valen unos miles de florines cada uno. Hay tres, y también un sofá. Piel auténtica. La alfombra también es cara. Y esta embarcación debe de ser la mejor casa flotante que jamás haya visto en Amsterdam. Buena y sólida madera, dos pisos, debe de medir más de veinte metros de largo y más de seis de ancho. Puede que doscientos mil florines, o quizá más. Es un palacio flotante.

Llegaron a la cocina. De Gier volvió a quedar impresionado. Pensó en su propia cocinilla, apenas un armario grande con un frigorífico en miniatura y dos hornillos. Allí había aprendido a cocinar con los brazos pegados al cuerpo.

—Hermosa cocina, ¿eh? —le preguntó a Grijpstra, que estaba admirando el gigantesco frigorífico y la cocina automática con su profusión de interruptores.

—Hay gente verdaderamente rica —contestó Grijpstra—, y eso que se supone que estamos en un país socialista donde las diferencias son cada vez más pequeñas. Sería interesante averiguar cuál es su fuente de ingresos.

—Lo averiguaremos —declaró De Gier— si le ha pasado algo. Si no, no.

—Tal vez haya heredado el dinero —dijo Grijpstra en tono conciliador.

Subieron por la escalera. En el piso superior solo había una sala muy grande que ocupaba toda la longitud y toda la anchura de la embarcación. El extremo de la escalera era un agujero en el suelo de esta habitación, con tres de sus lados rodeados por una barandilla que se sostenía sobre columnas de madera tallada.

Avanzaron ambos con buen cuidado de no tocar nada. De Gier llevaba las manos en los bolsillos y Grijpstra las mantenía sujetas a la espalda.

Grijpstra suspiró cuando vio a la mujer tendida en el suelo. Se había desplomado sobre la gruesa alfombra blanca. Había caído de frente, y ambos vieron las largas piernas, la breve falda, la blusa blanca y la suelta cabellera negra extendida en parte sobre la alfombra y en parte sobre la blusa blanca.

La blusa tenía una gran mancha roja, y el centro de la mancha era el mango de latón de un cuchillo. Tres grandes moscas de abdomen azulado zumbaban por la sala, interrumpida su alimentación por la llegada de los policías.

CONTEMPLARON A LA MUJER MUERTA y quedaron impresionados. De Gier, además, se sintió un poco mareado. Era el olor, por supuesto, un denso olor que le revolvía el estómago. Cuando se dirigió a una ventana se tambaleaba ligeramente. Tuvo que meter la mano por entre las plantas del alféizar para encontrar el tirador de la ventana. Esta se abrió fácilmente. El sargento no había olvidado utilizar un pañuelo y tocar únicamente el extremo del tirador. Cuando se dio la vuelta, las tres grandes moscas seguían zumbando por la habitación, y en su zumbido había una especie de gemido irritado: estaban alimentándose tranquilamente, y de pronto se había perturbado la calma de la habitación. Querían regresar a la herida y a la gruesa costra de sangre coagulada.

—Telefonea tú —dijo Grijpstra con voz ronca, y empezó a toser. Había instalado su cuerpo en una butaca baja, cerca del cadáver—. Yo te espero aquí.

De Gier se precipitó escaleras abajo, hacia el teléfono que había visto en la espaciosa salita del piso inferior. Dio su informe, colgó el auricular y atisbó por la ventana. La pequeña y cuadrangular figura de Bart de Jong seguía esperando al extremo de la pasarela. Salió al exterior.

—¿Y bien? —inquirió Bart.

—Me temo que su vecina está muerta —respondió De Gier. Bart no dijo nada. Sus negros ojos saltones no reflejaron ninguna expresión en absoluto.

—Un cuchillo en la espalda —añadió De Gier.

Bart meneó la cabeza.

—Violencia —dijo lentamente—. Eso está mal. No deberíamos hacernos daño el uno al otro, ni siquiera cuando lo andamos buscando.

—Y ella, ¿se lo andaba buscando? —quiso saber De Gier.

Bart asintió.

—¿Por qué?

—¿No sabe nada de ella? —preguntó Bart.

—No. Cuéntemelo usted. Usted es su vecino. ¿La conocía?

—Sí, claro. La conocía. El gato nos relacionaba. Yo solía traerle el gato de vuelta y ella me invitaba a tomar una taza de café. Una taza rápida; no éramos amigos, solo vecinos.

—¿No le hacía usted proposiciones? —preguntó De Gier, sorprendido—. Parece una mujer muy atractiva.

Bart se echó a reír.

—No, ni siquiera lo intentaba. No soy muy bueno con las mujeres. Me falta valor. Tienen que pedírmelo ellas, ya sabe. Tienen que dejar bien claras sus intenciones, y aun así les pido permiso para asegurarme de que no pasa nada.

De Gier sonrió. Recordaba que, cinco minutos antes, la mano del hombre había temblado al encender su cigarrillo. Quizá fuese tímido y no le gustase tratar con la gente.

—¿Vive usted solo? —preguntó. Bart señaló su casa flotante.

—El bote es bastante pequeño, como puede ver. Solo hay sitio para una persona. No me gusta recibir visitas, porque entonces la casa se llena demasiado y tropieza uno con las piernas del otro.

—Ya veo —asintió De Gier—, pero ¿por qué ha dicho que ella andaba buscando un acto de violencia?

Bart no respondió.

—¿No quiere decírmelo?

—En realidad, no —contestó Bart—. ¿Por qué decir cosas desagradables de la gente?

—Está muerta —le recordó De Gier—. Asesinada. Por alguien. Tendremos que encontrarlo. Si no lo hacemos, puede matar a alguien más. La sociedad debe protegerse. Usted forma parte de la sociedad, igual que yo.

Bart frunció el ceño.

—¿No está de acuerdo?

—No. La sociedad es una farsa. Un montón de egoístas que solo piensan en ellos mismos. Son como insectos encerrados en una botella, y lo único que saben hacer es morderse entre sí.

De Gier reflexionó sobre la cuestión y asintió lentamente.

—Quizá tenga usted razón. Pero podemos tratar de no mordernos el uno al otro.

—*Ella* mordía a los demás, vaya que sí.

—¿Cómo?

—Bueno, ya sabe, era una puta. Se acostaba con hombres que estaban dispuestos a darle dinero. Mucho dinero. Mire su barco.

—¿No acepta usted a las putas?

Bart pareció cobrar cierta animación, y gesticuló con su brazo derecho.

—Sí, sí. Las acepto, en cierto modo. Los hombres deben ir a alguna parte a descargar su energía. Pero, en realidad, no disfrutan yendo de putas. Y las putas lo saben. Saben lo débiles que somos, nosotros, los portadores de esperma.

—Y por eso nos muerden.

—Si pueden. Y esta mujer podía. He visto salir del bote a sus clientes, y no parecían felices. Los dejaba secos. Uno de ellos debía de ser un hombre violento.

—¿Usted no es un hombre violento? —quiso saber De Gier.

—No. Me negué a ir al ejército porque no quería llevar armas. Monté un número y me echaron a las pocas semanas. Me corté las manos con una navaja de bolsillo y me paseé por todo el cuartel, llorando y sangrando.

—Eso fue un acto violento —observó De Gier.

—Tal vez. Fue una cosa autodestructiva, desde luego.

De Gier hizo un esfuerzo para controlar su enojo. Ya se había encontrado antes con hombres así, y nunca dejaban de irritarlo. Se recordó que no debía discutir con el hombre.

—¿Cómo se gana usted la vida? —inquirió.

Bart meneó la cabeza.

—¿Cobra el seguro de desempleo? —insistió De Gier.

—Desde hace unos meses. He tenido muchos trabajos, pero el jefe siempre acaba despidiéndome. Mi último empleo fue como chófer de una furgoneta.

De Gier vio los coches de la policía que se acercaban por la estrecha carretera.

—Están llegando mis compañeros. Me gustaría que volviera usted a su bote y nos esperase allí. Podemos tardar unas horas.

—¿Estoy detenido?

—En realidad, no, pero espérenos en su bote. Por el momento, no sabemos de nadie más que la conociera. Tendremos que hacerle unas cuantas preguntas. No le molestaremos más de lo estrictamente necesario.

Grijpstra permanecía sentado en la butaca baja, observando la mujer muerta. El silencio de la habitación le resultaba opresivo. Sentía grandes deseos de levantarse y expulsar a los moscardones por la ventana, pero se mantenía pegado al asiento porque no quería destruir ninguna pista. La habitación forzosamente tenía que proporcionarles alguna indicación. Estudió el mango del cuchillo, a unos dos metros de sus ojos. Se caló las gafas y se concentró en la mancha de sangre y su brillante centro. El cobre del mango resplandecía como si lo hubieran bruñido. «Un cuchillo del ejército», se dijo. «Pero ¿por qué me lo parece? No teníamos cuchillos así en el ejército». Pero seguía convencido de que era un cuchillo militar, y comenzó a escarbar pacientemente en su memoria. ¿Qué otros ejércitos conocía? El ejército alemán. Se concentró y vio a los soldados alemanes desfilando por las calles de Amsterdam, cosa de treinta años antes. No tenían cuchillos, solamente bayonetas. Los oficiales, tal vez. Recordó los oficiales navales alemanes; esos

llevaban dagas. Pero las dagas eran distintas: estaban decoradas con borlas, y el mango terminaba en una pequeña protuberancia con una esvástica tallada. No era ese ejército. ¿Qué otros ejércitos conocía? El norteamericano. El canadiense. El inglés.

«Sí,» asintió para sus adentros. Se acordaba de los comandos ingleses alojados en barracones, cerca de la casa en que vivían sus padres. Le habían dado permiso para acompañar a algunos de ellos en una excursión por Holanda, y él había querido ver sus armas. Uno de los soldados vació el tambor de su revólver y se lo prestó, y él apretó unas cuantas veces el gatillo antes de devolvérselo; otro soldado le dejó su cuchillo, un cuchillo largo y cruel. El soldado sabía lanzarlo. Estaban almorzando bajo un grupo de árboles, y el soldado apuntó a uno de ellos y lanzó el cuchillo, que destelló bajo el sol y se hundió en la corteza del árbol, vibrando. Grijpstra también lanzó el cuchillo, pero falló, y el soldado se rio de él y limpió la hoja en la pernera de sus pantalones y devolvió cuidadosamente el arma a su vaina de cuero. Un perverso y malvado cuchillo. Un cuchillo con mango de cobre. Un cuchillo usado para matar. Muertes legales y autorizadas. El cuchillo había sido diseñado para matar a los enemigos del pueblo británico, pero ahora había matado a una ciudadana holandesa nacida en la isla de Curaçao, una islita del Caribe.

¿Le habían dado una puñalada, se preguntó Grijpstra, o acaso habían lanzado el cuchillo? ¿Había este vibrado tras hundirse en su blanco? Miró a su alrededor. Habrían podido lanzarlo. Quizá la mujer no sabía que tenía un visitante. El asesino habría podido subir sigilosamente hasta el final de la escalera. La mujer estaba vuelta de espaldas. ¡Zas! Ni siquiera habría sabido quién la mataba.

Sus ojos advirtieron algo fuera de lo corriente, una lucecita roja. La mujer había estado cosiendo a máquina. Era una máquina eléctrica y el piloto aún estaba encendido, como tenía que haberlo estado durante varios días. El policía se estremeció. Un segundo ojillo rojo lo miraba desde el otro extremo de la habitación, reluciendo en el frontal de un equipo estereofónico. La radio no

estaba conectada, de modo que la mujer debía de haber estado escuchando un disco. O sea que no había podido oír a su asesino. Una mujer, pacíficamente atareada en su propia habitación. Quizás algún cantante romántico estaba hablándole de su pasión, de la luna y de las flores, cuando, de repente, la alada daga se había clavado en ella.

Sonrió. La alada daga, muy melodramático. Menos mal que De Gier había salido; aquella era precisamente la clase de observación que De Gier habría hecho. De Gier era un romántico incurable. Un montón de arena en la acera de una calle destripada por el departamento de Obras Públicas le recordaba de inmediato el desierto. Y el desierto le hacía pensar árabes a lomos de sus camellos, efectuando una incursión. Y antes de que uno supiera adonde quería ir a parar, ya estaba desvariando sobre el eterno silencio del espacio y los blancos rayos de la luna y el silencioso vuelo circular de los majestuosos buitres. Conque una alada daga. Y, sin embargo, el cuchillo había volado por el aire, se había clavado en la espalda de la mujer y había cortado el palpitante hilo de la vida en el interior de su cuerpo.

Un hermoso cuerpo, pensó Grijpstra. Pero muerto. El día anterior había visto un perro muerto en la calle, atropellado por un autobús municipal. Conocía bien a aquel perro, un alsaciano joven y juguetón perteneciente a un limpiacristales que vivía en la misma calle, un poco más abajo. Grijpstra se detenía a menudo para jugar con el perro, pero le había resultado difícil relacionar su cuerpo muerto con la imagen viviente que recordaba. La muerte es, sin duda, el final definitivo. Un cuerpo se convierte en un objeto. Y el cadáver de aquella mujer era un objeto, pero de hermosa forma.

Una prostituta, se dijo. De categoría, pero una prostituta. Tenía que haber sido muy buena en su oficio. Un coronel norteamericano, un diplomático belga, un magnate holandés. Sus honorarios debían de ser muy elevados. ¿Cuánto les cobraría? Una puta corriente pide veinticinco florines, o quizás un centenar si el cliente tiene

exigencias especiales. ¿Cuánto debía de pedir la señora Van Buren? ¿Quinientos florines? ¿Mil?

Grijpstra gruñó. ¡Mil florines! El salario de un obrero. Un obrero especializado que trabajara un mes entero recibiría esta cantidad. Se quitó las gafas y limpió los cristales, contemplando ominosamente el cadáver.

Pero en seguida se corrigió. Todo eran suposiciones. Tal vez la pobre mujer no les cobraba nada en absoluto. Tal vez invitaba a esos hombres para tener compañía y ellos la utilizaban y quizás ella se sentía agradecida. En cualquier caso, él, Grijpstra, no debía juzgarla. Tenía que encontrar al asesino y presentar un caso sin cabos sueltos para que el acusador público supiera lo que debía hacer. Una tarea sencilla. Nada de moralizar.

Tranquilizada así su mente, comenzó a mirar de nuevo en torno. Una agradable habitación, llena de luz, con ventanas en tres de los lados. Una habitación de mujer. Seguramente no recibiría en ella a sus visitantes. Esta era la habitación en que podía estar a solas, confeccionar vestidos, escuchar música y cuidar de sus plantas. Había plantas en todos los alféizares. Algunas de ellas le resultaban conocidas: la espina santa, el amaranto, la planta-camarón con una florescencia rosada al final de cada tallo. Otras no supo reconocerlas. Tenían aspecto de malas hierbas. Trató de recordar lo que sabía de las malas hierbas. Y, mientras intentaba recordar, llegaron los coches de la policía y comenzaron a maniobrar para aparcar ante la vivienda.

El commissaris también había venido, y Grijpstra, que había cedido la embarcación a los fotógrafos, los especialistas en huellas dactilares y el forense, le presentó su informe con De Gier a su lado, a una distancia respetable pero aun así formando parte de aquel reducido círculo interior.

—¿Muerta dice? —preguntó el commissaris—. Así que, por una vez, el Servicio Secreto tenía razón. La última vez que recurrieron a nosotros nos hicieron perder tres semanas con un viejo uniforme militar, y no había nada que encontrar. ¿Se acuerdan?

—Sí, señor —respondió De Gier. El uniforme lo había encontrado él, abandonado por un sargento norteamericano en un cuarto de hotel. El Servicio Secreto concedió la máxima prioridad al caso, pero no hubo caso. No hubo secretos, ni espías, nada de nada. Solo un montón de trabajo, trabajo a tientas, porque ni Grijpstra ni De Gier ni la media docena de policías que habían participado en la búsqueda sabían qué estaban buscando. Les dieron nebulosas órdenes y muchísimas direcciones, y se movieron a ciegas hasta que una noche les comunicaron que se había tratado de una falsa alarma.

—Sí, señor, lo recuerdo —repitió De Gier.

—Pero ahora nos han guiado hacia un cadáver —observó el commissaris—, de modo que quizá tengan algo de inteligencia.

—Un cadáver asesinado —añadió Grijpstra.

El commissaris esbozó su sonrisa de anciano. Se movieron las comisuras de sus labios.

—Bueno —dijo—, yo no voy a entrar. Ahí dentro tienen trabajo para un buen rato. Me llevaré su coche, y ustedes pueden volver con los demás. Al inspector jefe le sabrá mal haberse perdido todo esto, pero no pienso interrumpir sus vacaciones. Ustedes y yo tendremos que resolver el caso, y él podrá seguir tomando el sol unas cuantas semanas. Buenos días.

—Señor —saludaron ambos policías, y De Gier le entregó al commissaris las llaves del Volkswagen gris.

La ambulancia ya estaba allí, y los dos hermanos del Servicio Sanitario abandonaron el bote transportando cuidadosamente su camilla, seguidos por el médico de la policía.

—Buenos días —le dijo a Grijpstra este último—. Lleva muerta dos días, por lo menos. El cuchillo se clavó limpiamente.

—¿Es posible que fuera lanzado? —inquirió Grijpstra.

—Es posible —admitió el doctor—. Es un cuchillo poco corriente. Nunca había visto uno igual. Mañana podré decirlo con más certeza.

—¿Cree usted que han movido el cuerpo?

—No.

El médico estaba ya cerca de su automóvil cuando Grijpstra se acordó de las plantas y corrió hacia el coche.

—Disculpe, doctor. ¿Sabe usted algo de plantas?

El médico pareció sorprenderse.

—¿Plantas?

—Sí. Plantas. Hierbas.

—Sé algo —dijo el doctor—. No creerá que la han envenenado, ¿verdad?

Grijpstra le explicó a qué se refería.

—Entiendo —asintió el doctor—. Tendremos que volver adentro.

Examinaron entre los dos los tiestos de plantas, con un desconcertado De Gier a sus espaldas.

—Hmmm —dijo el doctor.

Grijpstra esperó.

—No estoy seguro —prosiguió el doctor—. Tendré que llevármelas conmigo. Son malas hierbas, desde luego, y bastante malignas, diría yo. Venenosas.

Grijpstra emitió un gruñido.

—¿Cómo es que se ha fijado en ellas? —quiso saber el doctor, volviéndose al oír el gruñido—. ¿Sabe usted algo sobre plantas?

—En realidad, no —reconoció Grijpstra—, pero me he pasado un rato a solas en esta habitación y me ha dado la impresión de que parecían malas hierbas, no el tipo de plantas que suele tener la gente en sus casas.

—Pero ¿qué es todo esto? —preguntó De Gier—. ¿Qué somos ahora? ¿Botánicos?

—¿No ha oído hablar nunca de las malas hierbas, amigo? —inquirió el doctor, contemplando a De Gier con aire placentero.

—He oído hablar de *la hierba* —respondió De Gier—, y tengo unos cuantos geranios en el balcón y una planta bulbosa que me regaló mi tía, con unas bonitas flores rojas. Peonza se llama, me parece.

—Peonía —le corrigió el doctor—. Cincuenta céntimos la pieza en el mercado de la calle. Yo mismo compré una el otro día; da unas flores muy hermosas. Pero estas plantas son otra cosa. Si son lo que yo creo, son plantas venenosas. Las hay de tres clases, fíjese. Lo consultaré con un amigo mío que trabaja para el ayuntamiento como jefe adjunto de todos los parques. Seguro que él lo sabe.

—Venenosas, dice usted —comentó Grijpstra.

El doctor encendió su pipa y volvió a contemplar las plantas.

—Venenosas, no cabe duda. Pero tal vez puedan utilizarse para otros fines. Quizás una bruja pudiera preparar un filtro amoroso con ellas. O un ungüento. Si se embadurna las axilas, el pene y los testículos con ese ungüento es probable que note algunas sensaciones interesantes.

—¿Sí? —preguntó De Gier.

—Puede encontrarse volando por el aire, amigo, montado sobre una escoba, de camino a una fiestecita.

Grijpstra posó una pesada mano en el hombro de De Gier.

—¿No te gustaría eso, De Gier?

—Y tanto —respondió De Gier.

—Habría mucha diversión en la fiesta —añadió el doctor.

—¿Qué clase de diversión? —quiso saber De Gier, que contemplaba las plantas con ojos como platos.

—Sexo —contestó el doctor—. Limpio y buen sexo.

—¡Muchacho! —exclamó De Gier.

—Puede ayudarme a llevarlas hasta mi coche.

Poco después, De Gier descendía por la escalera tambaleándose bajo el peso de la maceta más grande. El doctor llevaba otra más pequeña y Grijpstra cargaba con una pequeñísima, muy cautelosamente, como si aquel vegetal de inocente aspecto pudiera estallar ante su rostro.

—Una bruja —mascullaba De Gier para sí.

3

—LO QUE ME GUSTA de la policía —comentó De Gier—, es el trabajo en equipo.

Grijpstra contempló el último automóvil que abandonaba la pequeña zona de aparcamiento junto a la casa flotante. Parecía pensativo.

—No habrías debido prestarle nuestro coche al commissaris —dijo al fin.

—Ja —replicó De Gier.

Juntos anduvieron hacia la pequeña casa flotante donde se alojaba su primer sospechoso, Bart de Jong. Caminaban despacio.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó De Gier.

Grijpstra sacó un gran pañuelo blanco, bastante sucio, y se sonó la nariz.

—No estornudes. Contéstame.

Grijpstra volvió a estornudar. De Gier dio un salto hacia atrás. Había sido un estornudo potente, que expresaba todo el desprecio de Grijpstra hacia el mundo.

—Ideas —dijo Grijpstra—. Sí. ¿Por qué no? Nos ha dicho que la señora era una prostituta. Supongamos que lo sea. Probablemente es cierto, conque podemos suponer tranquilamente. A las prostitutas no les gustan sus clientes; de hecho, los detestan. Culpan a sus clientes por ser lo que son, y tienen razón. Todo el mundo tiene siempre razón, no lo olvidemos. Es una verdad fundamental. O sea que la prostituta detesta a su cliente y le hace sentir su poder. Él la

necesita. Vuelve a verla. En realidad no quiere volver, pero lo hace, porque no puede evitarlo. Su deseo es mucho más poderoso que su fuerza de voluntad. Ella ve que vuelve y lo humilla. El cliente no quiere ser humillado. También el cliente tiene razón. Conque trata de hacerle daño. Y el asesinato es la forma más extrema de daño.

Estaban cruzando un pedazo de terreno virgen, y De Gier se detuvo a contemplar las hierbas que crecían en torno a sus pies.

—¿Crees que estas hierbas son peligrosas?

Grijpstra examinó las hierbas que De Gier señalaba.

—No. De chico, durante las vacaciones de verano, solía trabajar para un granjero. Tenía que arrancar las malas hierbas de sus campos. Todavía me acuerdo de algunas de ellas. Eso es amaranto, lo conozco por las manchitas negras en las hojas. ¿Las ves?

De Gier veía las manchitas negras.

—¿Para qué querría ella esas hierbas? —preguntó.

Grijpstra se volvió hacia su amigo y adoptó una expresión truculenta. Eso Grijpstra lo hacía muy bien, porque a menudo tenía que leerles cuentos a sus dos hijos menores y a ellos les gustaba que cambiara de expresión según lo exigía el argumento. En aquel momento adoptó su expresión más truculenta, la que reservaba para los personajes verdaderamente perversos. Descubrió sus grandes dientes cuadrados, entornó los párpados y contrajo el labio superior de tal forma que los extremos de su erizado mostacho se elevaron un poco.

—Quería arrojar un hechizo sobre sus clientes —siseó.

—¡Vamos! —exclamó De Gier—. No hagas eso.

—Que no haga, ¿qué?

—No hables de esa manera.

—Yo no hablaba de ninguna manera —protestó Grijpstra—. Solo estaba tratando de explicarte algo.

—¿Crees que es capaz de volar sobre una escoba? —insistió De Gier.

—Era —dijo Grijpstra—. Ahora está muerta.

—Su alma sigue viva —adujo De Gier, y se estremeció.

Grijpstra no contestó. Había visto el estremecimiento y estaba preguntándose si habría sido auténtico. Nunca había logrado conocer del todo a su colega, pues cada vez que etiquetaba el comportamiento de De Gier y lo encasillaba de una u otra forma, De Gier hacía algo que contradecía directamente la definición recién encontrada. Pero quizá, pensó Grijpstra, aquel estremecimiento fuese auténtico. Al fin y al cabo, aquella mañana habían descubierto el cadáver de la señora Van Buren, y el olor, y aquellas tres malignas moscas de abdomen azul, tan enormes. Entonces De Gier había sentido náuseas. Y luego habían descubierto las plantas, plantas de brujería, plantas de magia negra.

Llegaron a la puerta de la pequeña casa flotante. La puerta se abrió en cuanto De Gier alzó la mano hacia el timbre.

—Lamentamos haber tardado tanto —se disculpó De Gier.

Bart sonrió.

—No tiene importancia. Pasen, por favor. Pueden tomar una taza de café, si les apetece.

—Eso estaría muy bien —respondió Grijpstra, agradecido.

—Y también unos bocadillos —añadió Bart.

—Eso estaría aún mejor.

La casa flotante se componía de una sola habitación. Bart cortó el pan y sirvió el café.

El interior del bote era notable, notable porque apenas contenía nada. Las paredes, hechas de grandes y sólidos tablones, estaban pintadas de blanco y desprovistas de cualquier adorno. Había una mesa grande, una silla y un banco de madera en el que se acomodaron los policías, con aire pulcro y obediente, como alumnos de una escuela bien disciplinada. Sobre la mesa había unos cuantos libros. De Gier se puso en pie y los examinó. Tres de ellos habían sido escritos por autores de alto copete, y los dos restantes contenían reproducciones de pinturas modernas. Los cinco habían sido tomados en préstamo de la biblioteca pública. En el bote había

también una cama, un catre del ejército, y el colchón y las mantas eran también del ejército. Un rincón del cuarto estaba acondicionado para servir de cocina. Había un viejo frigorífico, un sencillo hornillo eléctrico y un gran fregadero, además de otra mesa sobre la que Bart estaba preparando una ensalada. Asimismo, había un caballete con un cuadro a medio terminar.

—¿Les gustan las aceitunas? —preguntó Bart.

—No, gracias —dijo Grijpstra.

—Sí, por favor —dijo De Gier.

—Me gusta cocinar —explicó Bart, mientras disponía rápidamente la mesa—. De haber sabido que se quedarían a almorzar, les habría preparado algo mejor. Tomo dos buenas comidas cada día; eso compensa la soledad.

—¿No ha estado nunca casado? —inquirió Grijpstra.

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Niños? —prosiguió Grijpstra.

—No. Me parece que si hubiéramos tenido hijos no la habría dejado. Mi padre me dejó cuando yo era un bebé.

—Entiendo —dijo Grijpstra.

—Tiene un hermoso bote —comentó De Gier, engullendo un bocado de la gruesa rebanada de pan recién horneado que Bart había cubierto generosamente con un pedazo de salchicha ahumada y una hoja de lechuga—, pero un poco vacío.

—Un pobre no puede permitirse poseer muchas cosas —contestó Bart.

De Gier meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo —objetó—. Yo he sido pobre, y siempre he tenido cosas. Demasiadas, en realidad. Atiborran toda la casa. Solo Dios sabe de dónde salen, pero antes de que uno se dé cuenta, tiene la habitación llena de ellas y ha de comenzar a tirarlas. Pero usted vive en un bote vacío. ¿Cómo se las arregla para vivir sin cosas?

—Oh, no sé —dijo Bart—. Tengo cosas. Una cama, una mesa, una cocina completa. Yo pinto, de modo que necesito pinceles,

lien­zos, marcos y muchísima pintura, por supuesto. Todo eso lo tengo. Y allí hay un armario que todavía no han visto donde guardo un tocadiscos y una estufa eléctrica y ropa y unas cuantas cosas variadas.

De Gier seguía meneando la cabeza.

—Tiene usted lo estrictamente necesario —concedió—, pero ¿dónde está el resto?

Bart se echó a reír.

—¿De veras quiere que le explique mi forma de vida? ¿Le interesa la gente?

—Sí —respondió De Gier.

—Claro que sí —añadió Grijpstra—. La gente le interesa muchísimo, igual que a mí.

—Ustedes son policías —observó Bart—, representantes del Estado. ¿Se han parado alguna vez a pensar que nosotros, los ciudadanos corrientes, los vemos como representantes del Estado? ¿Que, cada vez que vemos un poli, pensamos: «Ahí va el Estado»?

—Lo sabemos —asintió Grijpstra.

—Sí —dijo Bart—, quizá lo sepan. Probablemente son ustedes inteligentes. Es una pena. El ciudadano piensa «ahí va el Estado», pero también «oh, bueno, todos los policías son estúpidos». Y tal vez se equivoca. Quizá los policías no son tan estúpidos.

—Explíqueme su forma de vida, por favor —le rogó De Gier.

Bart volvió a llenar las tazas con la cafetera de hojalata.

—Soy un inadaptado, esa es mi explicación. Pero sé que lo soy. Jamás conseguiré conservar un empleo. Empiezo a trabajar, trato de adaptarme, hago todo lo que puedo, pero al cabo de algún tiempo se tuercen las cosas y me echan a la calle. Cuando trabajo, gano el salario mínimo, y cuando pierdo el empleo solo recibo un porcentaje, de modo que, haga lo que haga, nunca tendré dinero.

—¿Y entonces? —preguntó De Gier.

—Entonces, procuro no gastar nada. Se puede vivir con bastante comodidad por muy poco dinero. Es un descubrimiento que hice hace mucho tiempo. Se necesita disciplina, nada más. Me paso el

tiempo diciendo «no». Compró comida, desde luego. Buena comida. Y tabaco. La comida y el tabaco tienen un precio, y debo pagarlo. Pero, aparte de eso, no compro nada.

—Compró usted los muebles —apuntó Grijpstra—, y los utensilios de cocina, y las mantas, y lo que dice que guarda en ese armario.

—Lo hice, sí. Pero pagué muy poco. Todo viene de subastas y tiendas de segunda mano. Ahorro la mitad de lo que gano, salarios y seguro de desempleo. Tengo una vieja bicicleta para ir de un lado a otro. Esta embarcación la construí yo mismo, hace años. El casco lo robé del cementerio para barcos que hay en el río. Creo que el encargado vio cómo me lo llevaba, pero no le importó. Allí hay montones de barcos, y están todos pudriéndose. Tuve que rehacer la superestructura, y para eso tuve que comprar algunos materiales, pero no muchos. No creo que gastara más de la mitad de los ahorros de un año, y desde entonces me he ahorrado una buena suma en alquileres.

De Gier se había levantado y estaba mirando por la ventana. Una gran barcaza pasó junto a ellos, arrastrada por un enérgico remolcador del río.

De Gier estaba pensando en su propio apartamento en los suburbios. También pensaba en todo el dinero que había dilapidado a lo largo de los años. El día anterior, sin ir más lejos: dos camisas a rayas que no le hacían ninguna falta, y a un precio muy excesivo.

«¡Qué diablos!», pensó, y se dio la vuelta.

—Pero usted pinta —arguyó.

—Sí. Pinto, y nunca he logrado encontrar la manera de comprar pintura a mejor precio. Por eso procuro no desperdiciarla.

Grijpstra se acercó al caballete.

—¿Puedo echarle una mirada a su trabajo?

—Desde luego.

El cuadro representaba un edificio. Grijpstra conocía aquel edificio, y nunca se le había ocurrido pensar que tuviera nada de particular. Era un gran montón de yeso y ladrillos, construido por el

ayuntamiento durante la depresión de 1929 para alojar a alguno de sus numerosos departamentos. La pintura era sumamente realista, con minuciosa atención a los detalles. Pero Grijpstra descubrió que le gustaba, y siguió contemplándola.

—¿Usted también pinta? —quiso saber Bart.

—No. Pero me gustaría.

—¿Por qué no lo hace, entonces?

—¡Ah! —Grijpstra hizo un ademán—. ¿Por qué no pinto? Trabajo, llego a casa, leo el periódico, me voy a dormir. Hay muchísimas cosas que me gustaría hacer, pero los hijos exigen tiempo, y mi mujer no deja de hablarme, y la tele está conectada. A veces voy a pescar, pero eso es todo.

—Una lástima —dijo Bart.

—Sí, una lástima. Su pintura me gusta, pero no sé por qué.

—Mire otra vez —le sugirió Bart.

—Quizá sea el contraste —opinó Grijpstra—. Los grises y los blancos. Le dan al edificio el aspecto que debería haber tenido.

—No —objetó Bart—. Realmente tiene este aspecto. A última hora de la tarde, justo antes de que se vaya la luz. Posee una vida propia, y estoy tratando de captarla. También tiene una hilera de ventiladores en el tejado que están constantemente girando. Todavía no he hecho los ventiladores, y creo que me será muy difícil reproducir su movimiento. Lo mejor sería recortar unos agujeritos en el lienzo, construir unos pequeños ventiladores de metal, montarlos tras la pintura y hacerlos girar. Podría instalar un pequeño motor eléctrico.

—No, no —protestó Grijpstra—, así se convertiría en una cosa pop. Lo envilecería.

—Puede ser.

De Gier se había aproximado y estaba también contemplando el cuadro.

—Podría quedar muy bien —dijo De Gier—, pero no es original. He visto cuadros de molinos de viento con aspas que giraban de verdad.

—No hay nada original —respondió Bart—. Haga lo que haga, ya ha sido hecho antes. Solo nuestras combinaciones son exclusivamente nuestras, pero incluso las combinaciones han sido hechas antes. Estoy seguro de que en este mismo instante hay otra persona que está pensando en instalar ventiladores en miniatura en una pintura de dos dimensiones.

—Sí —asintió Grijpstra.

—Lo que a ustedes les interesa es que les hable de la muerte de la señora Van Buren, ¿verdad?

—Y de su vida —añadió De Gier.

Bart comenzó a liar un cigarrillo con tabaco de una lata abollada. Sus manos no temblaban.

—De su muerte no puedo decirles gran cosa. ¿Saben ya cuándo murió?

—La hora exacta, no —respondió De Gier—, pero el doctor podrá decírnoslo mañana.

—Bueno, sea cual sea la hora exacta, estoy seguro de que no tendré ninguna coartada. Siempre estoy aquí solo y me habría sido muy fácil escabullirme hasta su bote y asesinarla. Más fácil que a ningún otro, porque desde mis ventanas se ve su barco y podría saber si estaba sola o no. ¿Cómo murió?

—Ya se lo he dicho —contestó De Gier—. Alguien le clavó un puñal en la espalda.

—Ah, sí, un puñal. Yo nunca usaría un puñal.

—¿Qué usaría usted?

—Nada. Yo no mataría. Antes dejaría que me mataran. Tal vez mataría para proteger a mi hijo, pero no tengo ninguno. Yo mismo no me protegería.

—De modo que no sabe usted nada de su muerte —resumió De Gier—. Bien, háganos entonces de su vida.

Bart sacudió la cabeza.

—Ya se lo he dicho. Nunca llegué a conocerla muy bien. Alguna vez me hizo pasar para tomar café, pero nunca tuvimos una verdadera conversación. Tengo algunos geranios que no crecían

muy bien, y ella me aconsejó que les pusiera un abono especial en el agua y hasta me dio una caja llena. Muchas veces doy de comer a su gato, conque supongo que quizá quisiera hacer algo a cambio.

—¿Se cuidará usted del gato, ahora? —inquirió De Gier.

—¿Le preocupa el gato?

—Sí —respondió De Gier—. Yo también tengo uno.

—No se preocupe. Yo me cuidaré de él. Lo llenará todo de pelos, pero me haré cargo de él si nadie más lo quiere.

—Bien —aprobó De Gier.

—¿Quién cree usted que la mató? —preguntó Grijpstra.

—¿Uno de sus clientes, quizá?

—Es posible. ¿Sabe quiénes son?

Bart reflexionó durante casi medio minuto.

—No. Pero puedo describir sus coches. Un Citroën nuevo de color negro, con matrícula belga y una placa del cuerpo diplomático. Un Buick grande con matrícula de Estados Unidos, supongo que de algún oficial del ejército destinado en Alemania, y otro Citroën de color plata, también nuevo, con tapicería de cuero auténtico y muchísimos cromados. No tengo las matrículas. Eran siempre los mismos coches. Muchas veces me había preguntado qué pasaría si algún día llegaban los tres al mismo tiempo, pero no ocurrió nunca. Supongo que solo los recibía con previa cita.

—¿La visitaba alguien más?

Bart reflexionó de nuevo.

—Sí. El hombre del chaleco rojo. Solía venir los domingos por la mañana. Un tipo gordo, con una cara como uno de esos pequeños quesos de Edam, totalmente vacía de expresión. Y siempre llevaba un chaleco de terciopelo rojo oscuro, con una cadena de oro. Nunca supe a qué venía. Solía traer un niño de unos cinco años, y siempre venía los domingos por la mañana. A veces venía sin el niño.

—¿Venía en coche?

—No. A pie, con el niño.

—¿Y cuando venía sin el niño?

—También a pie.

—¿Un hombre alto? ¿Bajo?

—Poco menos de un metro ochenta y con tendencia a engordar. De unos cuarenta años, calvicie incipiente. Podría hacerles un bosquejo.

Bart esbozó rápidamente una figura, a lápiz. Sabía dibujar bien.

—Dibuje también al niño, por favor —le pidió Grijpstra.

—¿Por qué? ¡El niño no sería capaz de clavarle un puñal a una mujer!

—No, pero enseñaremos el dibujo por ahí. Puede que alguien los reconozca.

Bart dibujó también al niño.

—Lleva una pelota bajo el brazo —observó De Gier.

—Exacto. El niño siempre llevaba una pelota.

—¿Alguien más? —inquirió De Gier.

—Nadie que ahora recuerde. Tenía otros visitantes, pero ahora mismo no los recuerdo. De todos modos, no eran clientes. Repartidores, Testigos de Jehová, esos siempre están viniendo, parece que les gustamos, y un hombre que le traía huevos, vendedores ambulantes y gente que se había perdido.

—Y usted —concluyó De Gier.

—Eso es. —Bart parecía muy tranquilo.

—No le molestaremos más —dijo Grijpstra—. Gracias por el almuerzo. ¿Dónde está la parada de tranvía más cercana, por favor?

—¿Es que no tienen coche? —preguntó Bart, asombrado.

—Se lo ha llevado el commissaris.

Bart se rio de buena gana.

—Recorran todo el sendero y al final giren a la izquierda. Luego tendrán que caminar hasta el campo de fútbol. Allí pueden tomar un tranvía, y también hay una parada de taxis.

—Está usted de broma —replicó De Gier.

—No le has preguntado si la vio alguna vez volando en una escoba
—dijo Grijpstra mientras andaban por el largo sendero hacia la
carretera principal.

—PASEN, PASEN —dijo amablemente el commissaris. Los cuatro hombres entraron en tropel, sonrientes. Se estrecharon las manos. Aceptaron cigarros. Se ofrecieron fuego el uno al otro. Pero estaban tensos.

—Me alegro de que pudieran venir inmediatamente —comenzó el commissaris, mientras tomaba asiento y señalaba hacia las sillas con un gesto de la mano. El commissaris disponía de una buena habitación en la Jefatura. Aunque compartía su rango con otros cuatro oficiales, él era el de mayor antigüedad y su categoría era solo inferior a la del jefe de policía, y había utilizado los galones para obtener un despacho cómodo, con una gruesa alfombra en el suelo, antiguas pinturas en las paredes, muchas plantas de interior y su propia cafetera particular.

—Nos comunicamos por télex con el coronel ayer por la tarde —explicó el hombre de la embajada norteamericana.

El hombre situado justo enfrente del commissaris se puso tieso, recordándole una especie de oso grande. Un oso gris, creía que se llamaba; en cierta ocasión había visto un ejemplar disecado en el museo zoológico. El coronel tenía un aspecto amigable, pero peligroso. Su grueso traje de *tweed*, no muy apropiado para un día tan caluroso como el que estaba haciendo, acentuaba la impresión.

—No se comunicaron conmigo —protestó, dirigiéndose al hombre de la embajada. Al commissaris le pareció que hablaba con

voz bastante alta, demasiado alta en realidad—. Se comunicaron con la policía militar, y ellos me han hecho venir aquí.

Los otros dos hombres no dijeron nada.

—¿Es verdad o no? —les preguntó el coronel a los dos hombres silenciosos.

—No del todo, señor —respondió el más joven—. Le invitamos a venir.

—¿Y si me hubiera negado?

—Pero no se negó usted, señor —contestó el policía militar.

El commissaris sonrió. La situación le divertía. Los policías de todo el mundo tienen ciertos rasgos en común. En circunstancias parecidas, él habría dado la misma respuesta.

—No lo retendremos más de lo necesario —dijo suavemente el commissaris—. Permítame explicarle por qué le hemos invitado a venir aquí.

El coronel se relajó un poco. El commissaris le había producido una buena impresión.

—Ya sé por qué estoy aquí —adujo el coronel—. Me lo han dicho sus colegas. María van Buren ha muerto. Alguien la ha asesinado. Era amiga mía.

—Efectivamente —asintió el commissaris—. Era su amante. La encontramos con un cuchillo en la espalda. Una daga, para ser exactos. Un puñal militar. Según nuestro médico, la mataron entre las ocho de la tarde y la medianoche del sábado pasado.

El coronel se quedó pensativo. Pensó durante todo un minuto y, finalmente, esbozó una amplia sonrisa.

—El sábado pasado yo estaba en Düsseldorf, y pasé la noche allí con unos amigos. Me parece que no estuve ni un minuto a solas en todo el día, y tampoco por la noche. Y puedo demostrarlo.

—Bien —aprobó el commissaris—. Me alegro por usted.

Pero el coronel no le escuchaba. Estaba mirando por la ventana, con la sonrisa todavía en la cara. Cuando se cansó de mirar por la ventana, se volvió hacia los dos oficiales de la policía militar.

—¡Ja! —exclamó—. Están perdiendo el tiempo conmigo. Si no hubieran tenido tanta prisa, habría podido demostrar mi coartada sin necesidad de salir de Alemania.

El commissaris respondió antes de que pudieran hacerlo sus colegas.

—Vamos, vamos —dijo en tono conciliador—. No le hemos invitado a venir aquí para acusarlo de haber cometido un asesinato. En esta fase de la investigación, lo único que pretendemos es obtener información. No sabemos casi nada de la víctima. Usted la conocía bien. Tal vez esté dispuesto a hablarnos de ella.

—Por favor, coronel —intervino el hombre de la embajada. El commissaris le dedicó una mirada. Un joven muy agradable, pensó. Con muchas ganas de ayudar.

—Ok, ok —dijo el coronel—, le ruego que me disculpe. No he querido ser descortés, pero comprenda que he estado sometido a cierta tensión desde que estos dos caballeros vinieron a buscarme. No me han dejado ni por un minuto. Creo que no han dejado de vigilarme ni cuando he ido al lavabo del avión. Quizá temían que pudiera escabullirme por la ventana.

Los policías militares se rieron educadamente y dejaron de reír en el mismo instante.

—Ok, ayudaré en lo que pueda. Es cierto que conocía bien a María; íntimamente, como suele decirse. Desde hace tres años. Tenía la costumbre de venir a Amsterdam al menos una vez al mes. Mi guarnición está justo al lado de la frontera, y es fácil llegar en automóvil. Lamento que haya muerto.

—Discúlpeme, por favor —dijo el commissaris—, pero no parece lamentarlo mucho.

El coronel se rascó la rodilla.

—¿Ah, no?

—No. Más bien parece aliviado.

—Bueno, es un alivio saber que puedo demostrar que no la he matado yo.

—Ya veo —asintió el commissaris.

—Muy bien —prosiguió el coronel—, quizá sí que me siento aliviado. Ya no tendré que volver a verla nunca más.

—¿Se había cansado ya de ella?

—Su inglés es excelente, ¿sabe? —observó el coronel.

El commissaris sonrió.

—Como la mayoría de los holandeses. No tenemos más remedio: el mundo es muy grande y nuestro país es muy pequeño, y nadie habla holandés excepto nosotros. —Se volvió hacia el joven de la embajada—. ¿Le importaría servirnos a todos otra taza de café?

El joven se levantó de un salto, deseoso de ser útil.

—¿Se había cansado ya de ella?

—Cansado no —respondió el coronel—. Pero quería dejar de verla.

—Pero eso le habría resultado muy fácil —se extrañó el commissaris—. Le habría bastado con no volver a su casa.

El coronel empezó a rascarse la rodilla de nuevo.

—¿Está usted casado? —inquirió el commissaris.

—Sí. En los Estados Unidos. Mi esposa permaneció conmigo en Alemania durante un tiempo, pero luego se volvió a casa. Estaba enterada de lo de María, si es a eso a lo que se refiere. María no me hacía chantaje. No podía, porque yo mismo le había hablado de ella a mi mujer.

—Si no se lo hubiera usted contado a su mujer, ¿cree que le habría hecho chantaje?

El coronel pasó a rascarse la otra rodilla.

—Es posible.

—¿Diría usted que María van Buren no era una mujer muy escrupulosa? —preguntó el commissaris.

El coronel asintió.

—Sí —dijo lentamente—, podría decirlo. Pero era muy atractiva. Bella también, desde luego, pero hay muchas mujeres que son bellas sin ser atractivas. A veces, la belleza resulta aburrida.

—¿Es usted un experto?

El coronel se echó a reír.

—Se supone que soy un experto militar. Sé unas cuantas cosas sobre armamento nuclear. Puede que también sepa algo sobre las mujeres.

—Así pues, usted encontraba atractiva a la señora Van Buren e iba a visitarla regularmente, pero ahora se alegra de no tener que verla de nuevo. Le agradecería que me explicara un poco la naturaleza de sus relaciones.

El coronel se removió en su asiento. Había dejado de rascarse las rodillas y sus manos estaban buscando otra actividad. Cuando se dio cuenta, las embutió en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Le pagaba usted a la señora, señor? —preguntó el más joven de los dos policías militares.

—Sí, le pagaba.

—¿Mucho? —quiso saber el commissaris.

—No era barata.

—¿Cuánto le pagaba?

—Muy bien —cedió el coronel—. Era una puta, si desean saberlo. Una puta de alta categoría. Cobraba quinientos por noche, a pagar por adelantado. El dinero sobre la mesa o no había diversión. Pero la diversión era muy buena.

—¿Dólares?

—No, florines. Pero quinientos florines es mucho dinero. Y además estaban los extras: perfumes, un anillo, un vestido. Incluso un abrigo de pieles. Él abrigo me costó dos mil dólares, pero es que entonces la deseaba muchísimo.

El rostro del mayor de los dos policías militares se movió. Se movió unos instantes y, de pronto, una pregunta brotó de sus labios.

—¿Alguna vez se mostró interesada por su trabajo, señor?

—No —replicó secamente el coronel—, nunca me preguntó nada sobre armamento nuclear.

—Todas estas preguntas deben de resultarle muy desagradables —comentó el commissaris—, y no le haremos muchas más. Pero he estado haciendo un cálculo rápido. Si hace tres años que conoció a

la señora, y si le cobraba quinientos florines por noche, y si la visitaba por lo menos una vez al mes, y si le hacía costosos regalos, entonces debe de haberse gastado con ella unos diez mil dólares.

—En efecto —admitió el coronel—. Yo también lo he calculado en el avión. Diez mil.

—Una suma considerable —observó el commissaris—. ¿Le importaría decirnos cómo y dónde la conoció?

—La conocí en una fiesta. Aun antes de conocer a María, solía venir a Amsterdam con frecuencia. Amsterdam es una buena ciudad para nosotros, mejor que Alemania. El ambiente es perfecto. Solía venir con mis amigos, y uno de ellos tenía conocidos aquí. En el Leidse Gracht hay una casa con gabletes que pertenece a un holandés muy rico, un hombre llamado Drachtsma. Me parece que su nombre de pila es Ice, o algo por el estilo. Y le sienta bien el nombre, porque es un tipo muy frío^[2]. En la fiesta había muchos invitados, algunos bastante famosos, creo: músicos, pintores, importantes hombres de negocios, profesores... Les gusta que vayan extranjeros. María era la estrella de la fiesta y, aunque al principio yo iba con mucho cuidado porque creía que era la amiguita de Ice, lo cierto es que me puso las cosas muy fáciles. Al salir, la acompañé hasta su casa y me quedé a pasar la noche.

—¿Le hizo pagar?

—Y tanto —asintió el coronel—. Eso me hizo sentir como un idiota. Yo creía que le había producido una gran impresión, pero tuve que pagar.

—Y luego siguió yendo a verla —concluyó el commissaris—, aunque en realidad no deseaba hacerlo. Estoy en lo cierto, ¿no es así?

—Es cierto —reconoció el coronel.

—Ilógico, ¿no cree?

—Sí. No puedo explicarlo. No se trataba de amor. Era sexo, desde luego, pero puedo tener todo el sexo que quiera sin salir de Alemania.

—¿Sabe de otros hombres que estuvieran interesados en la señora Van Buren?

—Cualquiera que la conociese, supongo —respondió el coronel—. Usted mismo lo estaría, si la hubiera conocido.

El commissaris sonrió.

—Yo ya soy viejo —objetó—, y padezco de reumatismo.

—Tal vez ella se lo habría curado.

—Sí. Tal vez. Pero ahora está muerta.

—Bueno, Ice se interesaba por ella, el hombre que dio la fiesta y que era el dueño de la casa. Un hombre grande, calvo. Un hombre grande y robusto. Estoy seguro de que también era su amante.

—¿No planteaba eso dificultades? Me refiero al hecho de tener que compartirla con otros.

—En realidad, no. Yo solo podía verla cuando ella quería.

—¿La visitó alguna vez sin cita previa?

—Una vez lo intenté y no me abrió la puerta, aunque las luces estaban encendidas. Había un coche aparcado al otro lado del camino. Un Citroën negro con una placa CD.

—¿Sabía usted quién era el propietario del automóvil?

—No.

—¿Y no estaba celoso?

—No —contestó el coronel—. No, creo que no lo estaba. Me sentí como un idiota, eso es todo.

—Ya ha utilizado antes la palabra «idiota». Ella le hacía sentir como un idiota a menudo, ¿no es así?

El coronel no respondió.

El commissaris adoptó su expresión de anciano comprensivo.

—No debe sentirse violento —dijo—. En este despacho somos todos hombres. Ya sabemos lo que es sentirse como un idiota.

—Ok —admitió el coronel—. Muchas veces me hizo sentir como un idiota.

El commissaris se puso en pie.

—Le agradezco que haya venido. Aquí tiene mi tarjeta. Si se le ocurre alguna cosa, cualquier cosa que pueda ayudarnos a

encontrar a nuestro hombre, no deje de llamarme.

Se estrecharon la mano. El coronel y el joven de la embajada abandonaron el despacho.

—Interesante —comentó el commissaris, dirigiéndose a los dos policías militares.

—Mucho —asintió el de más edad—. Estoy completamente seguro de que encontrará a su hombre. Un caso claro y sin complicaciones, diría yo. La ha matado uno de sus clientes, ¿no cree? O el brazo derecho de un cliente. Incluso en Amsterdam debe de ser posible contratar a un asesino.

—¿Por qué dice que *incluso* en Amsterdam? —quiso saber el commissaris.

—Es una ciudad tranquila y agradable. Sin problemas. He oído decir que ni siquiera tienen una brigada de homicidios permanente. Solo la tienen cuando hay un asesinato, y suele haber muy pocos al cabo del año. Yo soy de los Estados Unidos, y allí la cosa es muy distinta.

—Sí —admitió el commissaris—, quizá resulte un caso fácil. Pero no hemos encontrado huellas digitales, y el cuchillo es un arma profesional. Un puñal de comando británico. El doctor opina que fue lanzado, y en Amsterdam no hay muchos ciudadanos capaces de lanzar certeramente un puñal de comando.

—Antes preferiría vérmelas con su caso que con el mío.

—¿Tiene usted un caso?

—Ya sabe cuál es el trabajo del coronel; él mismo se lo ha dicho.

—Armamento nuclear —asintió el commissaris—. Nuestro Servicio Secreto está interesado. Han sido ellos quienes nos han conducido hasta el caso. La casa flotante estaba sometida a vigilancia desde mucho antes de que la mujer fuese asesinada.

—Exactamente —dijo el oficial—. El coronel conoce algunos secretos, y esa mujer hacía de él lo que quería.

—Entonces, ¿qué va a hacer ahora? —inquirió el commissaris.

Los dos policías se pusieron en pie y comenzaron a dirigirse hacia la puerta.

—Vigilarlo —respondió el de más edad—. Si se gasta diez mil dólares en una puta, no es un buen riesgo de seguridad.

—¿Y quién lo es? —preguntó el commissaris.

—No ha sido él —declaró Grijpstra.

—No —dijo De Gier.

Había sido un largo viaje, tres horas hacia el norte y casi tres horas hacia el sur, y estaban a punto de llegar de nuevo a Amsterdam.

—Un buen tipo —prosiguió Grijpstra—. Un hombre feliz; feliz en su trabajo y felizmente casado.

—Le pone a uno enfermo, ¿verdad? —comentó De Gier.

—No. ¿Por qué? Todos los hombres deberían ser felices.

—No es natural.

—Puede que no —concedió Grijpstra—, pero es reconfortante encontrar una excepción, conocer en carne y hueso a un hombre verdaderamente feliz.

—Ha sido una pérdida de tiempo —replicó De Gier, deprimido, mientras trataba de adelantar a un gran camión que circulaba haciendo esos.

—Se ha dormido. Toca la bocina.

De Gier obedeció. Por la ventanilla del camión apareció una mano que les hizo señas para que pasaran.

—Le hemos salvado la vida —dijo Grijpstra—. Debe de llevar conduciendo más de las ocho horas legales. Podrías pararlo y pedirle que te enseñara el libro de ruta.

—No —objetó De Gier—. Vamos en un coche sin marcas. Te has pasado demasiado tiempo de uniforme.

—Cierto —admitió Grijpstra—. Resumiendo: hemos ido a ver al exmarido de María van Buren. Se casó con ella en Curaçao hace diez años, cuando ella contaba veinticuatro. Permanecieron un año más en la isla y luego vinieron a Holanda. Se instalaron en el norte, donde él consiguió un empleo como director de una fábrica textil.

Ella se aburría. Su marido le gustaba, y le gustaba ocuparse del jardín, y a veces salía a navegar a vela por los lagos y a visitar las islas, pero aun así se aburría. Él no podía dedicarle mucho tiempo, conque la señora se aficionó a navegar sola. A menudo solía pasarse todo el día fuera. De vez en cuando, se pasaba todo un fin de semana en Amsterdam, también sola. El marido protestó y acabaron divorciándose. No tenían hijos. Él volvió a casarse, hace ya seis años, y ahora es feliz. Su actual esposa es muy agradable; hemos hablado con ella. Hemos visto a los niños, un bebé y otro que ya empieza a andar. Unos niños muy hermosos. Al principio le enviaba una pensión, pero ella le escribió para decirle que no hacía falta que le mandara nada, así que dejó de hacerlo. Eso fue hace tres años. No ha vuelto a verla desde que se divorciaron. Y, lo más importante de todo, tiene una coartada. No pudo estar en Amsterdam el sábado, ni el viernes o el domingo. No estuvo allí, o sea que no la mató él. Además, tampoco tenía ningún motivo para matarla. Y parecía lamentar sinceramente que la hubieran asesinado. Yo le he creído. ¿Y tú?

—Claro —contestó De Gier—. Yo también le he creído, y eso que nunca creo a un exmarido cuando su antigua esposa aparece asesinada. En un caso de asesinato, los maridos y los exmaridos son siempre los principales sospechosos.

—Sí —asintió Grijpstra, con voz cansada—. ¿Qué más nos ha dicho este principal sospechoso?

—Que ella procedía de una buena familia, de la alta sociedad de Curaçao. Su padre es un importante hombre de negocios. Todavía vive, al igual que su madre. Tiene varias hermanas, todas muy bellas. La enviaron a Holanda y cursó aquí sus estudios secundarios y algunos cursos en la universidad, donde estudió literatura holandesa. Tendremos que pedir a la policía de Curaçao que efectúe algunas indagaciones. Será fácil. Podemos comunicarnos con ellos por télex o por teléfono. Ya he telefoneado a Curaçao alguna vez, y solo hay unos minutos de demora.

—¿Y qué más?

—Nada más —contestó De Gier—. Hemos perdido un día.

—Es imposible perder un día —objetó Grijpstra—. Hemos hecho algo, ¿no?

—Habríamos podido quedarnos en casa —adujo De Gier—. Es bueno quedarse en casa. Habría podido leer un libro en el balcón de mi apartamento. Ha sido un día hermoso y soleado. Habría podido hablarle a mi gato y habría podido ir a unos viveros. Quiero comprar más plantas para mi balcón.

—Plantas —repitió Grijpstra—. Antes de salir, he estado hablando con el doctor. Le enseñó aquellas hierbas a su amigo. ¿Sabes qué eran?

—No. Y tú sabes que no sé qué eran.

—Una era belladona, otra era beleño y la tercera era una datura, también llamada estramonio.

—¿Y qué?

—Son venenosas. Las tres. Y son utilizadas por los hechiceros.

—Botánicos —saltó De Gier—. Ya te dije que nos convertiríamos en botánicos.

—En botánicos, no —le contradijo Grijpstra—. Tendremos que convertirnos en hechiceros.

5

AQUEL MISMO DÍA, cerca ya de la medianoche, un gran automóvil negro se dirigía hacia Amsterdam, a cuarenta y cinco minutos de La Haya, donde había permanecido una hora aparcado ante la embajada de Bélgica.

El commissaris dormía en el asiento posterior, con su frágil cuerpo recostado sobre el de Grijpstra. Grijpstra estaba despierto y contemplaba hoscamente los oscuros campos que iban dejando atrás mientras reconstruía en su mente la larga e infructuosa conversación que acababan de mantener. En los asientos delanteros, De Gier y el chófer de la policía hablaban en susurros.

—No logro mantener los ojos abiertos —decía el joven agente de policía—. Es inútil, no sirvo para chófer. Acabo de presentar mi cuarta solicitud de traslado, pero volverán a rechazarla porque parece que le caigo bien al commissaris. He estado a punto de matarlo, de matarme yo y de matar a los ocupantes de otros automóviles; me he salido de la carretera media docena de veces; me he quedado dormido mientras esperaba que cambiaran las luces de los semáforos, pero a él le da lo mismo. Dice que ya se acostumbrará. Soy yo el que no se acostumbrará nunca. El ruido del motor me da sueño; nada más girar la llave de contacto, ya me entra sueño. Ahora mismo, estoy muerto de sueño.

—¿Quiere que le dé un puñetazo en la cara? —preguntó De Gier.

—No serviría de nada. Solo aguanto despierto cuando hay alguien que me habla. Cuénteme una historia, sargento.

—¿Una historia? —se sorprendió De Gier—. ¿Qué clase de historia?

—Da lo mismo —respondió el agente—, pero procure que sea interesante. Usted investiga crímenes, ¿verdad? Seguro que conoce montones de historias interesantes. O, si no, hábleme de fútbol. Se lo digo en serio. Voy a quedarme dormido; he estado de servicio desde las siete de la mañana.

—¡Vaya chófer! —gruñó De Gier.

—Ya le he dicho que no deberían tenerme de chófer. Y ahora, ¿me contará una historia o prefiere que destroce el automóvil? Vamos exactamente a cien kilómetros por hora y este coche es bastante pesado. Seguramente rebotaremos en la valla de acero de la izquierda y daremos unas cuantas vueltas de campana. El pasajero de la derecha del conductor es siempre el que sale más malparado.

—¿Por qué no ha dormido en el coche mientras nos esperaba delante de la embajada?

—Lo he intentado, pero nunca puedo dormir cuando el coche está quieto. Lo que me mata es la combinación del movimiento y el ruido del motor. Fíjese en mis párpados, ya están medio cerrados. No puedo controlar los músculos.

De Gier suspiró.

—Érase una vez, hace diez años, cuando yo llevaba dos como agente uniformado de servicio en la calle, que tuvimos un asesino en el barrio antiguo.

—Eso es —aprobo el agente—, no se detenga. Le escucho.

—Nunca podíamos verlo, pero encontramos algunos rastros, y había testigos, y poco a poco nos fuimos haciendo una imagen del aspecto que debía tener el asesino, aunque la cosa era difícil porque solo mataba a altas horas de la noche y en oscuros callejones donde no vivía nadie. En los callejones solamente hay movimiento durante el día, cuando los comerciantes abren sus

almacenes para meter y sacar mercancías; por la noche allí no va nadie, excepto algunas prostitutas baratas y sus clientes. Las pocas personas que aseguraban haber visto fugazmente al asesino nos daban extrañas descripciones. Este asesino no tenía dientes como usted y yo, sino colmillos. No andaba, sino que parecía ir a saltos, dando grandes zancadas; tenía el pelo largo y negro y una cerrada barba rizada, sus ojos eran pequeños e inyectados en sangre y llevaba siempre un chaquetón de tres cuartos con capuchón. ¿Está escuchándome?

—Sí, sí —respondió el agente que conducía—, no se detenga.

—Solamente mataba mujeres, y encontrábamos los cadáveres por la mañana. Las descuartizaba, y sus restos aparecían dispersos por los callejones. Descubrimos que era capaz de trepar a los tejados de los almacenes y de agazaparse en un alféizar hasta quedar convertido en apenas una mancha negruzca, y cuando las mujeres pasaban bajo él, se arrojaba encima de ellas. A veces las estrangulaba, y a veces les clavaba sus colmillos en el cuello, desgarrando venas y músculos.

—Dios mío —musitó el agente.

—Sí —añadió De Gier en voz muy baja, casi un siseo—, en aquella época sí que teníamos auténticos crímenes. Pero la cosa se puso demasiado fea, una noche el asesino liquidó a dos mujeres y el commissaris decidió atraparlo a toda costa.

—Ha dicho que encontraron algunos rastros —susurró el agente—. ¿Qué encontraron? ¿Huellas digitales? ¿Huellas de pisadas?

—Llevaba guantes —explicó De Gier—, pero encontramos las huellas de sus pies donde había pisado la sangre de sus víctimas. Llegamos a la conclusión de que era un hombre muy corpulento, de más de un metro ochenta de estatura y complexión muy robusta. Además, siempre encontrábamos cáscaras de cacahuete.

—¿Cáscaras de cacahuete?

—Exactamente. Y también encontramos las bolsas vacías. Daba la impresión de que vivía a base de cacahuetes, pues llegamos a encontrar hasta seis bolsas vacías en los lugares donde había

permanecido algún tiempo al acecho. Averiguamos que las bolsas procedían del barrio chino, donde por entonces había mucha gente en el paro. Los chinos compraban cacahuets baratos al por mayor, los tostaban y los vendían en las calles por muy poco dinero.

—De modo que el commissaris decidió atraparlo, ¿eh? —comentó el agente—. ¿Qué commissaris? ¿El nuestro?

—El mismo —asintió De Gier, volviendo la cabeza hacia el asiento de atrás, donde el commissaris roncaba suavemente apoyado en el hombro de Grijpstra.

—¿Y qué hizo entonces? —quiso saber el chófer.

—Movilizó a toda la fuerza de policía. Aquella noche sacamos unos seiscientos hombres a la calle. Todo el mundo tuvo que ir, incluso los tipos inútiles como oficinistas, subinspectores y chóferes. Íbamos adecuadamente armados para la ocasión, y todos los agentes llevaban carabinas. Los sargentos y los brigadas llevaban subfusiles y granadas de mano, y yo estaba al frente de tres hombres que sabían combatir con lanzallamas. También vinieron los de la policía montada, y sus caballos resoplaban por todas partes. Por detrás se oía la brigada motorizada, que en aquella época todavía usaba Harley Davidsons: los motores rugían en primera. También estaban allí los carros blindados de la policía militar, y sus cadenas metálicas arrancaban chispas de los adoquines; los semiorugas eran muy espectaculares, y la luna hacía brillar los cascos de los conductores. Teníamos una autorización de registro general y nos habían dado las llaves de todos los almacenes, y los detectives que venían detrás nuestro examinaban todas las casas y todos los edificios. También participaban los botes de la Policía Náutica Estatal, bloqueando los canales por si acaso el asesino intentaba huir por el agua. Mientras nos deslizábamos sigilosamente por las angostas callejuelas con nuestros zapatos de gruesas suelas de goma, oíamos sus motores diésel zumbando en punto muerto.

—¿Y qué pasó? —susurró el agente.

—Fue la mayor operación en que jamás he participado —prosiguió De Gier—, y duró toda la noche, pero en ningún momento

llegamos a ver al asesino. Seguramente se había quedado en su guarida, afilándose los colmillos con una lima y haciendo ejercicios gimnásticos para estar en forma.

—¡Vaya historia! —exclamó el agente en voz alta.

—No grite tanto, que despertará al commissaris —le reconvino De Gier—. Todavía no he terminado. El commissaris quedó muy frustrado, naturalmente, pero no se rindió. Él nunca se rinde. Se encerró en su despacho dos días enteros para pensar, y nadie podía molestarle, ni siquiera su chófer predilecto, al que tenía mucho afecto. Y al cabo de los dos días, salió con un plan.

—Un plan —repitió el agente.

—Un plan psicológico. Nos llamó a Grijpstra y a mí, junto con otros tres hombres, y le dijo a Grijpstra que aquella noche tendría que ir él solo al barrio antiguo. Grijpstra obedeció. Nosotros lo seguíamos, por supuesto, pero a distancia. Grijpstra iba provisto de una gran bolsa de papel con los más selectos cacahuètes recién tostados, y todos los demás llevábamos bolsas de recambio para dárselas a Grijpstra si se quedaba sin cacahuètes. El commissaris le había dicho que debía ir comiendo cacahuètes todo el rato y hablando él solo. Tenía que decir «estos cacahuètes son excelentes» y «estos cacahuètes están fresquísimos, ¡y qué crujientes!» y «¡Muchacho! ¡En mi vida había comido unos cacahuètes tan deliciosos!».

—Cacahuètes —repitió el agente, con un dejo de suspicacia en su voz.

—Cacahuètes. Grijpstra se había comido ya cuatro bolsas y acababa de comenzar con la quinta cuando el asesino se abalanzó sobre él. Intentó golpear a Grijpstra en el cuello y arrebatarse la bolsa al mismo tiempo, pero Grijpstra estaba alerta, de modo que lo esquivó y le echó la zancadilla. Entonces nos arrojamos todos sobre él y lo envolvimos en una red especial que el commissaris había encargado a una firma especializada en la confección de redes para capturar tiburones. La lucha fue tremenda y el asesino estuvo a punto de escapar, pero logramos dominarlo. Incluso Grijpstra tuvo

que ayudarnos, a pesar de que estaba conmocionado y atiborrado de cacahuetes, y finalmente capturamos al asesino.

—¿Y quién era? —quiso saber el agente.

—Ya se lo diré otro día —respondió De Gier, volviendo a hablar con voz normal—. Puede dejarme aquí mismo, vivo en esta calle. Ha conseguido llegar a Amsterdam. Felicidades.

El automóvil se detuvo y el commissaris abrió los ojos.

—¿Baja aquí, De Gier? —preguntó.

—Sí, señor. Vivo aquí cerca.

—¿Por qué no viene a mi casa, con Grijpstra? No vivo muy lejos, y podrá regresar dando un paseo. Grijpstra puede tomar un taxi. Tomaremos una copa de *brandy* y hablaremos de lo que hemos de hacer mañana.

—Señor —dijo De Gier, y volvió a meterse en el coche.

Su estado de ánimo mejoró cuando el commissaris alzó su copa. El *brandy* olía bien, muy bien, y el commissaris estaba encantador. Les presentó excusas por retenerlos hasta tan tarde y los halagó a ambos diciéndoles que era un placer trabajar con ellos.

Luego fue a la cocina y llenó dos cuencos de patatas fritas, y le ofreció a Grijpstra la mejor butaca del cuarto.

—Bueno —comenzó por fin el commissaris—. Parece que no hemos avanzado mucho esta noche. Ha quedado bien claro que el señor Wauters, nuestro amigo del cuerpo diplomático belga, no estaba dispuesto a decirnos nada más que lo indispensable. También ha quedado claro que no tiene ninguna coartada.

De Gier tomó otro sorbo de *brandy* y lo paladeó lentamente. Veía de nuevo el evasivo rostro del diplomático. Este se había mostrado sumamente cortés. Había pasado la noche del sábado en su piso de soltero, él solo. Había estado un rato mirando la televisión y se había acostado temprano. No había salido del piso, no había ido a Amsterdam y no había matado a la señora Van Buren.

—Reconoció que María van Buren era su amante —dijo el commissaris—, y reconoció que le pagaba una cantidad mensual. No quiso decirnos cuánto. Dijo que estaba enterado de que ella tenía otros amigos, pero que siempre había fingido ignorarlo. Un acuerdo entre los dos. Muy conveniente. Vivir y dejar vivir. Evitar enfrentamientos indeseados. Un auténtico diplomático.

—No parecía lamentar que hubiera muerto —observó De Gier.

—Sí —asintió el commissaris—, esa es una importante observación. Esta mañana, cuando ha venido el coronel norteamericano, he advertido la misma reacción. El coronel se sentía aliviado, al igual que el señor Wauters. Visitaban a la mujer regularmente, iban a verla por propia voluntad, se gastaban dinero con ella, mucho dinero en el caso del coronel y posiblemente también en el del diplomático, pero ambos se han sentido aliviados al enterarse de que no tendrían que ir a verla nunca más.

—Una bruja —comentó De Gier.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —preguntó el commissaris.

—Una bruja, señor. Cultivaba plantas extrañas. Lo indicamos en nuestro informe, y el doctor ha confirmado que las plantas que encontramos en su casa flotante eran venenosas. Belladona, beleño y algo más, he olvidado el nombre.

—Ah, sí —contestó el commissaris—. Ya he visto el informe. Plantas. La tercera era datura. Hoy en día las plantas están de moda, todo el mundo las cultiva. Pero la gente las cultiva para la cocina y para fines medicinales. A nadie se le ocurre cultivar plantas venenosas.

—La señora Van Buren lo hacía —intervino Grijpstra.

—¿Pretende sugerir que confeccionaba pociones? —inquirió el commissaris, mirando a De Gier—. ¿Filtros que hacía beber a sus víctimas y que paralizaban de alguna manera su fuerza de voluntad, de modo que se veían obligados a seguir visitándola?

De Gier no respondió.

—Podría ser —admitió el commissaris—. Puede que los tuviera hechizados. Tal vez el hechizo consistía en su propia energía sexual

y en algo que les hacía comer, beber o fumar. O tal vez quemaba unos polvos y ellos inhalaban el humo tóxico. Una fuerza potenciaría la otra y las víctimas solo quedarían satisfechas cuando las tenían las dos a la vez. Pero esto es muy fantasioso. Y romántico, desde luego.

—De Gier es muy romántico —apuntó Grijpstra.

El commissaris cloqueó y volvió a llenar las copas.

—A su salud, caballeros.

Bebieron todos.

—La palabra correcta es nostálgico —prosiguió el commissaris—. Estamos retrocediendo hacia la Edad Media, a las épocas oscuras en que la gente vivía en pequeñas comunidades rodeadas de inmensos bosques. Es una época que hemos olvidado, pero todavía se mantiene en la memoria de la gente, oculta, pero viva. Últimamente parece que está volviendo a resurgir. Lo he visto en los *hippies*. Algunos de ellos deben de tener exactamente el mismo aspecto que los discípulos de antiguos magos, puro siglo XIV. ¿Van alguna vez a las librerías?

—No, señor —contestó Grijpstra—. No muy a menudo.

—Sí, señor —contestó De Gier.

—Sin duda se habrá dado cuenta de que los libros sobre plantas son muy populares. Yo mismo he leído unos cuantos. En mi opinión, no es más que basura; una serie de datos que pueden hallarse en cualquier enciclopedia pero reunidos en un volumen con un par de dibujos para completar el lote. Los libros auténticos no están en venta. Los antiguos ermitaños tenían libros, pero solo podías utilizarlos si el ermitaño accedía a instruirte, y tenías que vivir con él durante años y años, y entonces sí que te lo enseñaba todo acerca de las plantas. Me atrevería a decir que también se podría aprender por uno mismo, tratando de cultivar diversas plantas y estudiándolas a fondo. Yo me paso un rato en el jardín todos los días, y es asombroso lo que se puede llegar a aprender. ¿Tienen ustedes jardín?

—Yo tengo algunas plantas en el balcón, señor —respondió De Gier.

—¿Qué plantas tiene? —quiso saber el commissaris, aparentando un gran interés.

—Geranios —dijo De Gier—, y una planta que se llama peonza, una planta bulbosa con flores encarnadas.

—Peonía —le corrigió el commissaris—. Y, dígame, ¿contempla usted alguna vez sus plantas?

—Sí, señor.

—¿Y qué ve?

—Son muy hermosas.

—Sí —asintió el commissaris—. Son muy hermosas. Incluso los geranios son hermosos; todo el mundo los tiene, y son muy hermosos. Es la primera lección que hay que aprender.

Había hablado con cierta emoción, y en la habitación se hizo de nuevo el silencio. Era un silencio agradable, y Grijpstra se sintió de pronto muy apacible. De Gier estaba sentado en el borde de su asiento con la copa de *brandy* en la mano, esperando que el commissaris dijera algo.

—Pero no estoy dispuesto a creer que la señora Van Buren era una bruja. Puede que tuviera las plantas por alguna otra razón. Quizá le gustaba su aspecto. También poseía muchas otras plantas, aparte de esas. Tenía al coronel en su poder, y estoy seguro de que tenía hechizado a nuestro señor Wauters, pero se trataba de una mujer *sexy* y hermosa. Las mujeres tienen poder, un poder pasivo. Les basta sonreír un poco y los hombres corren hacia ellas. A los hombres no les gusta ser manipulados, pero lo son, por las mujeres y por sus propios deseos incontrolados. Tal vez el coronel y el señor Wauters se sienten complacidos porque ahora pueden salir en busca de caza fresca. Y tal vez ella los sometía a un chantaje. Nuestros amigos niegan que les hiciera chantaje, y es comprensible. La chantajista ha muerto y se ha llevado con ella su secreto. Tres detectives han registrado hoy la vivienda; mañana por la mañana sabremos qué han encontrado. Nadie ha sacado nada de la casa

flotante, porque ha estado vigilada toda la noche y toda la mañana hasta la llegada de los detectives. Es posible que encontremos algo.

—¿Qué impresión le ha producido el coronel, señor? —inquirió Grijpstra.

—Es un hombre inteligente —respondió el commissaris—. Admitió muchas cosas, lo cual es buena estrategia si tiene algo que esconder. Incluso admitió haberse gastado una fortuna en ella durante los tres últimos años, pero una fortuna que entraba dentro de sus posibilidades. Los coroneles cuentan con buenos ingresos, sobre todo en el ejército norteamericano. Tiene una coartada y estoy seguro de que resultará buena. La policía militar norteamericana la comprobará, desde luego, pero estoy seguro de que resultará auténtica. Sin embargo, De Gier, el coronel dijo algo que concuerda con su teoría.

—¿Dijo que era una bruja? —preguntó De Gier.

El commissaris sonrió.

—No, pero dijo que era muy atractiva y que yo mismo me habría interesado por ella si la hubiera conocido. Le contesté que ya soy viejo y que sufro de reumatismo, y entonces él dijo que tal vez la señora Van Buren me habría curado. Es muy difícil curar el reumatismo.

—¿Le preguntó usted si la señora Van Buren estaba interesada en las plantas? —inquirió De Gier.

—No —negó el commissaris—. En aquel momento, no se me ocurrió. No fue hasta más tarde cuando caí en la cuenta de su comentario.

—Podría ponerse en contacto con la policía militar norteamericana y preguntárselo —sugirió Grijpstra.

—Tal vez lo haga. Y tal vez no.

—¿Le parece que no tiene importancia? —quiso saber De Gier.

—Quizá no. La mató un hombre que no la apreciaba. No la apreciaba porque ella estaba haciéndole chantaje o porque lo había humillado. También es posible que la mataran porque sabía algo. El Servicio Secreto se interesaba por ella desde hace algún tiempo. Tal

vez la daga fue lanzada por un asesino profesional contratado por alguna embajada. El hecho de que fuera una bruja, que aún no se ha demostrado que sea un hecho, quizá no tuvo nada que ver con su muerte. Puede que debamos considerar sus prácticas de hechicería como un simple pasatiempo.

El commissaris se puso en pie.

—Se hace tarde, caballeros, y supongo que querrán irse a la cama. Mañana será otro día, y ya veremos qué nos trae. Hablaré con IJsbrand Drachtsma y lo citaré para la tarde. Ustedes también estarán presentes, y podremos hacerle todas las preguntas que deseemos sin vernos rodeados de diplomáticos y policías militares. Llámenme mañana a la una en punto y les diré a qué hora va a venir. Por la mañana, podrían tratar de encontrar al hombre que tiene una cara como un queso de Edam, el que lleva un chaleco rojo y tiene un hijo pequeño que juega a la pelota. Pueden preguntar por él a todos los residentes de la zona y mostrarles su dibujo. Mientras ustedes buscan a chaleco rojo, yo me pondré en contacto con la policía de Curaçao y averiguaré todo lo que pueda sobre el historial de María van Buren. Buenas noches.

—Que duerma usted bien, señor —dijo De Gier.

—Esperen —los retuvo el commissaris—. Todavía tengo que telefonear a un taxi para Grijpstra.

—No se preocupe, señor —rehusó Grijpstra—. Iré andando hasta la parada de taxis. Hace una noche muy agradable.

—Como guste.

El commissaris los acompañó hasta la puerta y sonrió al estrecharles la mano. Tenía un aspecto muy amistoso.

—Espero que no la matara el diplomático belga —comentó De Gier mientras se dirigían hacia la parada de taxis.

—¿Por qué no?

—Porque es un diplomático y no podríamos detenerlo.

—¿Quieres que alguien sea castigado? —se extrañó Grijpstra—. Tenía entendido que no creías en el castigo. ¿Acaso no me dijiste el otro día que sería mucho más divertido capturar delincuentes si supieras que luego iban a llevarlos a un lugar agradable con un gran parque donde pudieran relajarse, comer buenos alimentos y jugar a toda clase de juegos hasta que estuvieran curados de nuevo?

—Sí —admitió De Gier—. Los delincuentes son unos enfermos y habría que curarlos en un entorno placentero. Pero hay excepciones. Este asesino ha matado a una mujer hermosa, y las mujeres hermosas escasean. Un hombre así tendría que ir con bola y cadena. Además, la señora Van Buren era una bruja. Me habría gustado conocerla.

—Ah —dijo Grijpstra.

—¿No estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —respondió Grijpstra, dándole a De Gier una palmada en la espalda—. Ahora, vete a casa, métete en la cama y sueña dulces sueños.

—La vida ya es un sueño —observó De Gier.

—Basta por hoy. Buenas noches.

Cerró de golpe la portezuela del taxi y el automóvil se puso en marcha.

De Gier lo despidió agitando la mano.

Grijpstra no volvió la cabeza.

6

ERAN LAS DIEZ DE LA MAÑANA y llovía. De Gier acababa de llamar a la puerta de una casa flotante y estaba esperando a que le abrieran. Se había levantado el cuello de su elegante gabardina y mascullaba una sarta de maldiciones, contra sí mismo por haber comprado aquella gabardina y contra el fabricante que se había olvidado de hacerla impermeable.

Se abrió la puerta y una mujer obesa, enfundada en una vieja bata y greñas en la cara, le miró con ojos turbios.

—Váyase —gritó la mujer desde el interior del bote—. No sé qué vende, pero no lo quiero.

De Gier volvió a llamar.

—Váyase —chilló la mujer—, o llamaré a la policía.

—Yo soy la policía —gritó De Gier.

La puerta se abrió de nuevo.

—Enséñeme su identificación —exigió la mujer, y le arrebató el carnet de las manos. Lo examinó, sosteniéndolo al extremo del brazo y pronunciando las palabras en voz alta—: Policía Municipal de Amsterdam, R. de Gier, sargento.

—Muy bien —dijo al fin—. ¿Qué desea, sargento?

—¿Podría entrar un momento?

La mujer se hizo a un lado. De Gier le entregó una fotocopia del dibujo que había hecho Bart de Jong, con el hombre del chaleco rojo y el niño de la pelota.

—¿Conoce usted a este hombre, señora?

—Espere que me ponga las gafas.

La mujer obesa buscó las gafas, limpió sus cristales y se las caló. A continuación, estudió atentamente el dibujo.

—Lo tengo visto —anunció—. Solo viene los domingos, los domingos por la mañana. Se pasea con su hijo. Mucha gente viene a pasear por aquí y no me fijo en sus caras, pero a este lo recuerdo por su absurdo chaleco. Un chaleco rojo. También lleva una cadena para reloj, de oro. Me recordaba a mi abuelo, y por eso se me ha quedado en la memoria.

—¿Sabe cómo se llama?

—No —respondió la mujer—. ¿Cómo quiere que lo sepa? Nunca he hablado con él. ¿Por qué lo busca?

—Queremos hacerle unas cuantas preguntas —explicó De Gier, paseando la vista en torno y advirtiéndolo bien cuidado que estaba el interior del bote. Todo se hallaba en su lugar; los muebles daban la impresión de haber sido lustrados escasos momentos antes; las ventanas estaban tan limpias que tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que tenían cristales. «Típico», pensó De Gier, obligándose a dirigir la mirada hacia la mujer, que estaba contemplándolo con suspicacia. «Fea mujer», se dijo De Gier. «Tendría que ponerse a régimen y dedicar una hora diaria a cuidarse. Aún no puede haber cumplido los treinta, y podría ser bastante atractiva si lo intentara».

—Tiene usted un hermoso bote, señora —dijo suavemente—. Ha de ser estupendo poder vivir en el agua.

—Preferiría un buen apartamento —protestó la mujer, pero esbozó una sonrisa.

—¿Por casualidad se ha fijado si el hombre venía hasta aquí en automóvil y lo aparcaba en las cercanías?

La mujer reflexionó; el esfuerzo la hizo menos fea.

—Sí. Es posible que viniera en coche. Estamos demasiado lejos de la ciudad para que viniera a pie, sobre todo yendo con un niño pequeño. Es posible que aparcara por aquí cerca y luego diera un paseo. Pero yo nunca he visto su coche.

—Gracias —dijo De Gier.

—¿Le apetece una tacita de café, sargento?

—No, señora, muchas gracias. Todavía me queda mucho trabajo por hacer.

De Gier se marchó. Era la decimoséptima puerta a la que había llamado en el curso de la mañana. Llamó a diez puertas más y finalmente obtuvo una respuesta. Regresó al VW de la policía y halló a Grijpstra esperándole, fumando pacientemente un cigarro.

—¿Por qué has tardado tanto? —gruñó Grijpstra—. Llevo casi media hora esperándote. Te he estado buscando. ¿Es que has encontrado alguna chica guapa por ahí?

De Gier respiró hondo.

—No.

—El hombre solía venir hasta aquí en un Rover rojo —anunció Grijpstra—. Quería decírtelo.

De Gier volvió a respirar hondo. En los últimos tiempos estaba entrenándose en disciplina mental y se había impuesto diversos objetivos, tales como no fumar antes del desayuno, no utilizar palabras malsonantes, detenerse ante los semáforos en ámbar o ser modesto. Pero los ejercicios eran difíciles y no siempre vencía. Esta vez perdió.

—Ya lo sabía.

—¿Qué significa eso de que ya lo sabías? —inquirió Grijpstra con irritación.

—El hombre conducía un Rover rojo.

—Entonces, ¿por qué no me lo habías dicho? —preguntó Grijpstra—. He estado yendo de arriba abajo como un tonto, llamando a un montón de puertas y hablando con un montón de señoras maduras con el pelo lleno de rulos, y resulta que tú ya lo sabías. ¿Por qué te has entretenido tanto?

—No me he entretenido —protestó De Gier—. He estado trabajando y he averiguado algo más que lo del Rover rojo. En la última casa flotante viven dos chicas, las dos estudiantes. Una estudia inglés y la otra medicina.

—Sí. Y cuando has llegado estaban duchándose y has tenido que secarles la espalda y luego te han invitado a tomar café y habría sido una descortesía negarse. Ya lo sé.

—Tú no sabes nada —gritó De Gier—. Pero ellas sí que sabían algo. Habían visto el coche y se acordaban de las letras de la matrícula.

—¿Qué letras?

—V. D. —contestó De Gier.

Grijpstra salió del coche y le dio a De Gier una palmada en el hombro.

—¡Espléndido! Buen trabajo. Excelente. Con eso les bastará a los oficinistas de la Jefatura. Has encontrado a nuestro hombre.

De Gier tuvo los primeros pensamientos gratos del día y dio las gracias a su suerte. Conocía a otros brigadas. También dio las gracias al commissaris: era él quien le había nombrado ayudante de Grijpstra.

—Estoy empapado —dijo Grijpstra—, y tú también. Antes de volver, iremos primero a tu piso y me tomaré un café mientras tú te cambias de ropa, y luego pasaremos un momento por mi casa para que pueda cambiarme yo, y telefonearemos al commissaris desde allí.

—Muy bien —asintió De Gier.

—Sí —dijo el commissaris por el teléfono de Grijpstra—, IJsbrand Drachtsma vendrá a las dos, pero me gustaría que estuvieran ustedes en mi despacho a la una. Los detectives han terminado de registrar el bote de la señora Van Buren y me gustaría comentar su informe con ustedes.

Los dos policías almorzaron en un pequeño restaurante económico cercano a Jefatura. Comieron deprisa y, todavía masticando el último bocado, salieron apresuradamente hacia un cuarto en el último piso del edificio de la policía, donde dos hombres en mangas de camisa estaban jugando a cartas.

—¿Tenéis ganas de trabajar un ratito? —inquirió cortésmente De Gier.

—No.

—Muy bien. Un Rover rojo, de modelo reciente. La matrícula empieza con las letras VD, pero no sabemos el número. ¿Quién es el propietario?

—Interesante pregunta —observó uno de los hombres.

—¿Cuánto tardaréis en averiguarlo?

—Un par de minutos o un par de horas, según la suerte que tengamos. No es urgente, ¿verdad?

—No es nada urgente —respondió De Gier—, pero me gustaría conocer el nombre y la dirección del propietario antes de diez minutos. Y, mientras estáis en ello, podríais comprobar si tiene antecedentes.

Los dos hombres interrumpieron su partida de cartas.

—¡Ah! —exclamó el commissaris—. Ya están aquí. ¿Han encontrado al hombre del chaleco rojo?

—Sabemos quién es, señor —respondió Grijpstra—. Se llama Holman y vive en la ciudad. Es el propietario de una pequeña empresa dedicada al comercio de frutos secos.

—¿Frutos secos?

—Nueces, anacardos, cacahuetes, toda clase de frutos secos. Los importa y los revende a mayoristas, supermercados y demás. Hemos telefoneado a su oficina y lo hemos citado para las cinco de esta tarde; vendrá aquí, a nuestro despacho. Parecía muy alterado.

—¿Le han dicho por qué deseaban verle?

—No, señor.

—Bien —aprobó el commissaris, y empezó a revolver los papeles que tenía sobre su escritorio—. Tengo aquí el informe sobre el registro de la casa flotante. Los detectives me lo han contado todo esta mañana, pero siempre va bien tener los detalles por escrito. Siéntense y les diré lo que hemos averiguado.

Los dos policías tomaron asiento y se pusieron cómodos. De Gier se frotaba las manos. El caso iba bien, pensaba. Los sospechosos acudían uno a uno. Estaban haciendo progresos, pero en el fondo de su mente una duda insidiosa le inquietaba. Localizó la duda insidiosa y la identificó: ¿Y si había sido un asesino a sueldo? Nunca había tenido que vérselas con un asesino a sueldo. Los asesinos a sueldo son profesionales. No tienen un auténtico motivo, pues solo trabajan por una suma de dinero previamente convenida que les llega en el interior de un sobre cuando su misión está cumplida. No tienen ninguna relación personal con la víctima. Son fríos, desapegados. Solo efectúan una visita a la casa de la víctima. ¿Cuánto tiempo hace falta para lanzar un cuchillo? ¿Y cómo puede un policía detener a un hombre que no deja rastros? Incluso era posible que el asesino fuese un extranjero, importado especialmente con el único fin de acabar con la vida de la señora Van Buren. Le habrían enseñado la casa flotante y una fotografía, y le habrían indicado una fecha y una hora.

—Parece usted preocupado —observó el commissaris.

De Gier le comunicó su duda insidiosa.

—Sí —admitió el commissaris—, también a mí me preocupa. Hay muy poca gente capaz de lanzar un cuchillo. En el ejército solo se enseña a combatir con cuchillo a algunos cuerpos especiales. Aunque quizás el cuchillo no fue lanzado, después de todo; el doctor no estaba seguro. Pero no debemos preocuparnos: la preocupación es una pérdida de tiempo. La mujer fue asesinada y alguien la asesinó. Nuestra investigación debe atenerse a ciertas reglas básicas, y esas son las reglas que estamos siguiendo. Estamos interrogando a los sospechosos. Puede que alguno de ellos nos dé una pista. Y hemos registrado la vivienda. Casi toda la información que me han proporcionado los detectives esta mañana es de tipo negativo. No había huellas digitales; el tirador de la puerta delantera había sido limpiado por dentro y por fuera; no había indicios de allanamiento, lo cual significa que el visitante disponía de una llave o bien que la propia señora Van Buren le abrió la puerta. Las ventanas

del bote estaban cerradas, salvo dos ventanitas muy pequeñas que la señora Van Buren debió de dejar abiertas para ventilar el lugar. Es imposible pasar por cualquiera de esas ventanitas. El pasamanos de la escalera también había sido limpiado, o sea que el asesino no llevaba guantes. En la librería, los detectives encontraron una caja fuerte cerrada. La he mandado abrir, y en su interior había más de mil florines en efectivo. También he recibido un archivador con resguardos del banco, según los cuales la señora Van Buren tenía más de treinta mil florines en su cuenta corriente. Venía pagando impuestos sobre unos ingresos anuales de veinticinco mil florines, y su fuente de ingresos se describe como «entretenimientos». La casa flotante es propiedad del señor Drachtsma, que no le cobraba ningún alquiler.

—Bueno —observó Grijpstra—, la cosa no está tan mal. Algo sabemos.

—Hay un poco más —añadió el commissaris—. Les pedí a los detectives que se fijaran en su librería; siempre me interesa saber qué lee la gente. La señora Van Buren tenía muchos libros en holandés, todos ellos novelas de autores conocidos, pero también había libros en otros idiomas. Los detectives hicieron una lista con todos los títulos extranjeros; debió de costarles una hora, por lo menos. Y puede que De Gier estuviera en lo cierto, porque había dos estantes de libros sobre brujería y hechicería, en cinco idiomas distintos. La señora sabía leer en inglés, en francés y en alemán, y también en español.

—Curaçao está muy cerca de Sudamérica —señaló De Gier.

—En efecto. Y aún hay otra cosa interesante. Miren esto. —El commissaris sacó dos objetos y los depositó sobre su escritorio—. ¿Qué dirían que es?

—Raíces —respondió Grijpstra.

De Gier examinaba las raíces con aire estupefacto. Medían unos quince centímetros de longitud y parecían un par de hombrecillos resecos, con piernas ahusadas y sendos penes, largos y delgados. Los hombrecillos tenían incluso cara, con ojos y nariz.

—Parecen hombrecillos —dijo al fin.

—Sí que lo parecen, ¿verdad? Son raíces de mandrágora.

De Gier alzó la vista.

—Commissaris —comentó con voz queda—, estas cosas tienen un aspecto maligno. Las usan en brujería, ¿verdad?

—Así es. Le he pedido al doctor que les echara un vistazo y las ha reconocido de inmediato. Me ha contado una extraña historia. La planta a la que pertenecen estas raíces está considerada como la más poderosa de las conocidas por los hechiceros. En la Edad Media, estas plantas solían encontrarse al pie de los patíbulos, y se decía que no crecían a partir de una semilla, sino que las originaba el esperma que los criminales ahorcados en el patíbulo eyaculaban mientras libraban su combate final con la muerte.

—¡Bah! —exclamó Grijpstra.

El commissaris fijó la vista en el brigada.

—Lleva usted mucho tiempo en la policía, Grijpstra, y ya debería estar acostumbrado a este tipo de charla. Los rastros que descubrimos con frecuencia proceden del cuerpo humano. Es como las canciones que suelen cantar los chiquillos: «Mierda y meados. Y sangre, y esperma y baba y vómito y pus y mocos y sudor».

—Sí —admitió Grijpstra—. Lo siento, señor.

—No tiene importancia. Y tiene usted razón, por supuesto. El cuadro que estaba pintándoles no es muy hermoso, pero, de todos modos, así es cómo se suponía que nacía esta planta. Y los hechiceros siempre buscaban las raíces. Las raíces son tan poderosas que no puede uno arrancarlas de la tierra sin jugarse la vida. Como pueden ver, tienen apariencia humana y, según los hechiceros, son realmente humanas. Cuando se arranca la raíz, esta emite un espeluznante aullido que es capaz de volverlo a uno loco y hasta dejarlo muerto en el sitio. Por lo tanto, los hechiceros cavaban muy cautelosamente y ataban un cordel a la raíz y el otro extremo a la pata de un perro; luego, se tapaban los oídos con cera y llamaban al perro, y así arrancaban la raíz de la tierra.

De Gier seguía estudiando las raíces. No las había tocado, pero estaba inclinado sobre la mesa para verlas más de cerca.

—¿Y qué se supone que hacen estas raíces? —inquirió.

—El doctor no estaba muy seguro. Le parece que las llevaban en torno al cuello a modo de talismán, un talismán que confería poderes especiales a su portador, pero también es posible que fueran molidas y mezcladas con otras hierbas y hongos secos. Supongo que se podría preparar una poción con ellas.

—Parece que la señora sí era una bruja, a fin de cuentas —dijo Grijpstra, meneando la cabeza—. Yo creía que ya estaban pasadas de moda.

El commissaris iba a responder algo, pero sonó el teléfono y él mismo lo descolgó.

—Haga pasar el señor Drachtsma —ordenó. Mientras colgaba el auricular, se apresuró a recoger las raíces con la otra mano y las guardó en el cajón de su escritorio.

IJsbrand Drachtsma se había acomodado en la butaca señalada y estaba contemplando al commissaris. Parecía envuelto en un imperturbable silencio, erigido a su alrededor de la misma manera en que un huevo envuelve y protege al polluelo. De Gier admiraba a este recién llegado al pequeño círculo de sospechosos. Drachtsma, pensaba De Gier, tenía que ser un hombre muy poco corriente. Se lo habían descrito como un magnate, un dirigente nato. Drachtsma era el presidente de cierto número de empresas bien conocidas. Debía de ser riquísimo. También debía de ser muy poderoso, más poderoso, quizá, que un ministro del estado. Las empresas dirigidas por hombres como Drachtsma dan empleo a miles de personas. Flotas enteras de mercantes se mueven por los océanos porque hombres como Drachtsma han descolgado un teléfono. Las agencias de publicidad que ellos poseen nos dicen qué debemos comprar y hacer; son ellas las que conforman la rutina de nuestras vidas.

Pero, pensaba De Gier alegremente, si nosotros, unos simples policías, cogemos un teléfono, los hombres como Drachtsma comparecen ante nosotros. Manipulamos a los manipuladores.

—Me alegro de que haya podido venir —decía el commissaris. IJsbrand Drachtsma inclinó ligeramente su calva cabeza en respuesta a la observación. De Gier sabía que Drachtsma andaba cerca de los sesenta años, pero el cuerpo que tan cerca de él estaba en aquellos momentos irradiaba más energía de la que debería corresponderle por su edad. Los claros ojos azules de Drachtsma chispeaban con un brillo expectante, como si aquella entrevista fuese para él una nueva experiencia que pensaba disfrutar a fondo.

Drachtsma, ante la hospitalaria invitación del commissaris, había cogido un cigarro de la caja que había sobre la mesa y procedía a encenderlo con sus fuertes y atezadas manos, utilizando un encendedor de oro de maciza apariencia. Sus gestos eran medidos, como si controlara todas sus actividades. El encendedor produjo una llamita el primer intento. De Gier pensó en el suyo, que jamás funcionaba correctamente y que cada vez debía ser engatusado de un modo distinto para que diera lumbre.

—Solamente unas pocas preguntas —decía el commissaris—. No le retendremos más de lo imprescindible. —Y Drachtsma había vuelto a inclinar su calva frente. El escaso cabello que enmarcaba su pulimentado cráneo aún no se había vuelto completamente gris.

—El sábado pasado por la noche —respondió Drachtsma con una voz profunda, que reverberaba en su amplio pecho—, estuve con mi esposa en Schiermonnikoog. Suelo pasar muchos fines de semana en la isla. Tuvimos invitados, unos socios comerciales de Alemania. Por la tarde los llevé a navegar, y pasamos la velada escuchando música. Puedo darle sus nombres y direcciones, si lo desea.

—Se lo ruego —dijo el commissaris.

Drachtsma garrapateó en una hoja de su agenda, una agenda encuadernada en piel que extrajo del bolsillo interior. Cuando hubo

terminado, arrancó la hoja y se la tendió al commissaris.

—¿Le importaría explicarnos la naturaleza de sus relaciones con la señora Van Buren? —inquirió el commissaris.

—Era mi amante.

—Entiendo. Me pregunto si podría facilitarnos algunos detalles sobre la vida de esta señora. Alguien la mató, y quienquiera que fuese debía de tener una buena razón. Si sabemos quién era la señora, quizá podamos averiguar quién la asesinó.

—Sí —asintió Drachtsma—, a mí también me gustaría saber quién la ha matado. No sufrió, ¿verdad?

—Creo que no. La mataron por la espalda, y el cuchillo se clavó con gran precisión. Lo más probable es que muriera inmediatamente, sin saber qué le había ocurrido.

—Bien —dijo Drachtsma.

Los tres policías estaban mirándolo.

—Díganos, por favor —le urgió el commissaris.

—Oh, lo siento. Estaba pensando en Maria van Buren. ¿Qué puedo decirles? La conocí cuando todavía estaba casada; su exmarido dirige una fábrica textil que forma parte de la organización para la que yo trabajo. La conocí en una fiesta y creo que me enamoré de ella. Tenía su propia embarcación, y nos veíamos en los lagos. Se divorció.

—Lo lamento —comenzó el commissaris—, pero me veo en la necesidad de hacerle preguntas de índole personal. Espero que no le moleste la presencia de mis dos ayudantes. Están a cargo de la investigación, y me gusta que participen en todas sus fases.

—Me parece bien —respondió Drachtsma, y dirigió una sonrisa a los dos policías. Fue una sonrisa cordial. Drachtsma sabía cómo tratar a los subordinados.

—¿Por qué no se casó con María van Buren? —quiso saber el commissaris.

—No quería casarme con ella —dijo Drachtsma—. Además, ya estaba casado. Tengo un hijo y una hija, y ambos quieren mucho a su madre. También yo quiero a su madre. Y, por otra parte, no creo

que María hubiera aceptado casarse conmigo. Era muy celosa de su intimidad. Compré una casa flotante para ella porque le gustaba vivir en el agua. Por entonces, su bote era el único que había en aquella parte del río Schinkel. Ahora hay muchos cerca del suyo, y a menudo le había sugerido que debería mudarse, pero ella estaba acostumbrada a vivir allí.

—Si era su amante y vivía en una embarcación de su propiedad, supongo que le enviaría usted un cheque mensual.

—Supone bien —admitió Drachtsma.

—¿Sabía usted que tenía otros amantes?

—Sí. Y no me importaba. Siempre la telefoneaba antes de ir a verla, y ella solía telefonear a mi oficina.

—Espero que no le moleste lo que voy a decir —observó suavemente el commissaris—, pero no parece usted muy afectado por su muerte.

No hubo respuesta.

—¿No le importa que haya muerto?

—Es un hecho inalterable, ¿no cree? —alegó Drachtsma—. No puedo hacer nada. Todas las cosas llegan a su fin.

Esta contundente respuesta desconcertó un tanto al commissaris, y pasó algún tiempo antes de que la conversación reanudara su curso.

—El cuchillo —apuntó el commissaris— me tiene preocupado. Lo guardo aquí, permítame que se lo enseñe.

Drachtsma cogió el cuchillo.

—Un puñal de combate —observó, con aire pensativo.

—¿Sabe qué clase de puñal es? —inquirió de pronto Grijpstra.

Drachtsma se volvió y miró a Grijpstra a los ojos.

—Sí —respondió—. Es un cuchillo de los comandos británicos.

—Me parece que no debe de haber mucha gente que sepa cómo lanzar un cuchillo así —dijo el commissaris, con aire dubitativo.

—Creo que yo podría hacerlo —afirmó Drachtsma—. Durante la guerra, nos entrenamos con puñales como este. Cuando

desembarqué en Francia, llevaba uno idéntico, y maté a un alemán con él.

—¿Sabe usted de alguien que conociera a la señora Van Buren y que fuera capaz de lanzar este cuchillo?

—No —contestó Drachtsma—. A excepción de mí mismo —añadió casi inmediatamente.

—¿Sabe usted de alguien que quisiera verla muerta?

—No —repitió Drachtsma—. No creo que tuviera ningún enemigo, y sus amantes no éramos celosos. Éramos solo tres, que yo sepa, y a uno de los otros lo conozco personalmente, un coronel norteamericano llamado Stewart. El tercero es un belga. Lo vi en una fiesta, pero apenas unos segundos. Me pareció un tipo muy educado y cauteloso, en absoluto la clase de persona que se diría capaz de lanzar un cuchillo contra la espalda de una mujer.

—Ya hemos interrogado a ambos caballeros —anunció el commissaris.

—Y supongo que los dos tendrán sus coartadas.

El commissaris pasó por alto el comentario.

—Una cosa más, señor Drachtsma —comenzó—, ¿le importaría decirme cuánto le pagaba a la señora Van Buren?

—Veinticinco mil al año —respondió Drachtsma—. Pensaba pagarle un poco más, debido a la inflación. Pero ella nunca me pedía dinero.

—¿Algún extra?

—Sí. De vez en cuando le compraba joyas y vestidos, y dos veces al año le regalaba un billete a Curaçao. Sus padres viven cerca de Willemstad.

—¿Fue alguna vez con ella?

—Tengo muy poco tiempo libre —negó Drachtsma—. La única isla que verdaderamente me gusta es Schiermonnikoog.

—Muchas gracias —dijo el commissaris, frotándose vivamente las manos—. Las últimas preguntas: hemos descubierto que la señora Van Buren se interesaba mucho por las plantas. Me pregunto si... —No terminó de formular la pregunta.

—Plantas —repitió Drachtsma, y se echó a reír—. Sí, ya sé lo de sus plantas. Con frecuencia me llevaba a pequeñas herboristerías donde venden plantas medicinales, y siempre estaba leyendo libros sobre este tema. Para mí, era un motivo de irritación, pues a menudo se pasaba la noche hablando de plantas, y yo no la visitaba para eso. Tuvimos algunas disputas por esta causa, e incluso la amenacé con dejarla si no abandonaba sus ridículas hechicerías, pero era una amenaza vana. No creo que le hubiera importado en lo más mínimo que la dejara. Era una mujer muy fuerte.

—Una mujer muy fuerte que murió asesinada —concluyó el commissaris—. Gracias, señor Drachtsma. Espero que no tengamos que molestarle de nuevo.

—No creo que nadie sea capaz de azorarlo —observó Grijpstra en cuanto el señor Drachtsma se hubo retirado.

—Ya veremos —respondió el commissaris suavemente—. Es un frisón, y los frisonos son unos cabezotas. Pero no es el único frisón del mundo. ¿No nació usted en el norte, Grijpstra?

—Sí, señor, en Harlingen.

—Yo nací en Franeker —dijo el commissaris.

—Nunca se debe subestimar a los provincianos —intervino De Gier.

—¡ADELANTE! ¡Golpea! —exclamó Grijpstra.

De Gier dio un paso atrás, estudió fríamente a su adversario y golpeó. A continuación, se frotó la mano mientras la máquina de café, obediente, expulsaba un vaso de papel que se había quedado atascado en algún lugar de sus misteriosas entrañas y lo llenaba de un líquido denso y espumoso.

—Ahora le falta agua —protestó Grijpstra, enojado—. ¿Por qué no podemos tener una cantina como debe de ser, como la que teníamos antes, atendida por un simpático sargento entrado en años que a veces hasta se olvidaba de cobrar?

—Ya no nos quedan simpáticos sargentos entrados en años —respondió De Gier. Grijpstra derramó el contenido de su vaso en una papelería de plástico y comenzó a registrarse los bolsillos.

—Y a mí no me quedan cigarrillos.

—Ahí tienes otra máquina —le indicó De Gier—. Metes dos florines por la ranura y aprietas el botón que prefieras.

Grijpstra hizo una mueca de disgusto en dirección a la máquina.

—No. Ayer lo hice, y se quedó mis dos florines sin darme nada a cambio.

—Deberías haber ido a buscar al encargado; él tiene la llave.

—El encargado —repitió Grijpstra—. ¿Qué encargado?

—Ese tipo bajito con perilla y bata gris. Siempre está vagando por los pasillos.

—Menos cuando yo lo necesito. Prefiero ir al estanco. ¿Qué haremos mientras esperamos a nuestro amigo Holman? Aún falta más de una hora.

De Gier estaba peinando sus rizos y contemplándose en un espejo. No contestó.

—Oye, hermosura —insistió Grijpstra—. Te estoy hablando. En realidad, te he hecho una pregunta.

—Más de una hora —repitió De Gier—. Una hora llena de posibilidades. Una hora que podemos aprovechar para algún propósito auténtico. Una hora que es parte de hoy, el día más maravilloso de nuestras vidas.

—Sí —asintió Grijpstra—. Una hora. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Toma un pitillo —le ofreció De Gier.

—Gracias. —Grijpstra encendió el cigarrillo, inhaló y logró sonreír. De Gier guardó el peine y se ajustó el pañuelo que llevaba anudado al cuello.

—Vayamos a mi casa —sugirió—. Podemos llevarnos el coche. Solo tardaremos diez minutos. Prepararé un verdadero café y pondré un disco que compré la semana pasada en unas rebajas por solo tres florines. Un hombre que toca música religiosa con una flauta melódica.

—¿Música religiosa moderna? —inquirió Grijpstra—. ¿Con batería?

—No —respondió De Gier.

Grijpstra sopesó la proposición y, finalmente, meneó la cabeza.

—No —rehusó—, no tenemos tanto tiempo. Otro día, tal vez. No me importa escuchar música religiosa, pero si hemos de ir a toda prisa y volver a toda prisa no podremos concentrarnos. La buena música exige concentración. Además, seguro que tu gato vuelve a meterse conmigo. Ya lo ha hecho esta mañana, mientras tú te duchabas. Tendrías que deshacerte de ese gato, ¿sabes?

De Gier saltó como si le hubieran pinchado.

—¿Por qué no te deshaces tú de tu mujer? —preguntó, con voz súbitamente fuerte.

—No la quiere nadie —contestó Grijpstra—. Pero alguien habrá que quiera tu gato. Es un animal muy hermoso, debo reconocerlo, pero esta mañana me habría encantado retorcer su espléndido cuello. ¿Sabes lo que ha hecho?

—Espero que te haya arañado —dijo De Gier.

—No. Es más sutil que eso. Ha hecho varias cosas. Primero, ha saltado sobre mi regazo y ha gruñido un poco. Tiene muchos dientes y muchas uñas, y yo no sabía qué quería decir aquel gruñido, así que me he limitado a esperar. Luego ha metido el morro bajo mi axila y ha empezado a olfatear. Se ha pasado más de medio minuto olfateando; era una sensación muy extraña.

—¡Ja! —exclamó De Gier—. Seguro que te preguntarías qué se siente cuando te dan un mordisco en la axila.

—Exacto. Estoy convencido de que eso es precisamente lo que Oliver pretendía que me preguntara. Le gusta tenerte en vilo. ¿Por qué lo llamas Oliver?

—Es su nombre —explicó De Gier—. Oliver Kwong. Mi gato tiene *pedigree*. Su padre procedía del Lejano Oriente.

—Kwong —repitió Grijpstra—. Habría debido suponerlo. Seguro que el viejo Kwong pertenecía a un jefe de las tribus montañosas que hervía viva a la gente que no se arrodillaba en su presencia.

—Sigue —le azuzó De Gier—. ¿Qué más ha hecho?

—Finalmente, se ha cansado de olfatear y se me ha subido al hombro. Luego ha saltado hacia tu estantería y ha desaparecido, así que he dejado de pensar en él hasta que me han caído unos cuantos libros en la cabeza.

—Sí —admitió De Gier—, suele hacerlo a menudo. Se desliza por cualquier rendija y se mete detrás de los libros. Entonces, se estira en toda su longitud y empuja. Es capaz de mover hasta veinte libros de una vez. A mí me hace lo mismo, y luego se asoma y sonríe.

—Deberías pegarle cuando lo hace.

—No —protestó De Gier—. No le pego nunca. Creo que es un gato muy inteligente. Nunca he oído hablar de ningún gato que les tire libros a las personas. ¿No ha hecho nada más?

—Sí —dijo Grijpstra—. Ha saltado sobre ese armario antiguo que tienes y se ha puesto a acechar, haciendo ver que era un tigre. Como me ponía nervioso, de repente he dado una palmada y he pegado un grito para asustarlo. Y vaya si se ha asustado. Ha intentado saltar en dos direcciones a la vez y se ha caído del armario. Una auténtica caída. No veas la cara que ponía cuando se ha levantado del suelo.

—Conque asustando a un pobre animalito —observó De Gier despectivamente.

—Sí. Le he dado un susto de muerte. Ya era hora de que alguien lo hiciera.

—La próxima vez, te morderá —le advirtió De Gier.

—Si me muerde —contestó Grijpstra con aire solemne, dando unas palmaditas a la gran pistola automática que llevaba sujeta al cinturón—, le pegaré un tiro entre los ojos.

—Si le pegas un tiro —replicó De Gier con aire solemne, dando unas palmaditas a la pequeña pistola automática que llevaba en una funda sobaquera—, te pegaré un tiro a ti, en pleno corazón.

—Sí —contestó Grijpstra—, eso estaría bien. Ojalá encargasen el caso a Sietsema y Geurts.

—Nunca me atraparán —afirmó De Gier.

—Claro que te atraparán.

Habían regresado a su despacho y estaban sentados tras sus respectivos escritorios de acero gris.

—Nunca lo conseguirían, te lo aseguro —insistió De Gier.

—¿Tienes pensada alguna brillante estrategia para escapar?

—Sí —respondió De Gier.

—¿Me la contarías?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque soy tu amigo —dijo Grijpstra con dulzura.

De Gier asintió.

—Sí, eres mi amigo. Yo no creo en la amistad, porque, como el señor IJsbrand Drachtsma nos ha explicado hace un rato, nada es permanente y todas las cosas llegan a su fin, por lo que son ilusorias y desprovistas de sustancia real. Pero, al menos por el momento, eres mi amigo.

—Entonces, cuéntame por qué no te atraparíamos.

—Tú estarías muerto —señaló De Gier.

—Ah, es verdad. Cuéntame por qué Sietsema y Geurts no te atraparían.

—Porque sé cómo funciona el ordenador de la ciudad. Me pondría una bata blanca, me confundiría con las demás batas blancas, apretaría unos cuantos botones y tendría un nombre nuevo. Entonces, alquilaría otro apartamento. Y luego me buscaría un empleo de barrendero y me darían uno de esos bonitos vehículos motorizados y una escoba, y me pasaría todo el día tomando el sol y holgazaneando y hablando con la gente y sería feliz.

—¿Y nunca te identificaríamos?

—Tú estarías muerto —insistió De Gier con tono de reproche.

—Siempre se me olvida. ¿Y la policía no te identificaría nunca?

—Nunca —aseguró De Gier.

—Lo más probable es que no —concedió Grijpstra—. Buena idea. Gracias.

—¿Piensas hacer la prueba? —inquirió De Gier.

Grijpstra había cogido sus baquetas y dio un vacilante redoble.

—Bien —dijo De Gier, y sacó su flauta. Estuvieron tocando hasta que sonó el teléfono.

—Ha llegado el señor Holman —anunció Grijpstra, golpeando suavemente el lado de un tambor—. El commissaris nos espera; lo ha hecho pasar a su propio despacho.

—Pero ¿qué es esto? —protestó De Gier—. Creía que éramos nosotros los que estábamos a cargo del caso.

—No le niegues su placer a un anciano —replicó Grijpstra.

La mano del señor Holman era húmeda y fofa, pero el hombre trató de dar fuerza a su apretón. Intentaba mostrar una apariencia de coraje. El commissaris lo había acomodado en una butaca baja, y los tres policías contemplaban desde lo alto a su víctima, que se revolvía en el asiento.

Grijpstra sintió compasión de aquel gordo. Tomó asiento a su vez y le sonrió.

El señor Holman le devolvió la sonrisa, pero la suya apenas aleteó unos instantes en sus regordetes labios y se desvaneció tal como había surgido.

—Leí en el periódico que habían matado a la señora Van Buren —comentó con voz aguda—. Me supo muy mal enterarme de que la habían asesinado. Era una señora muy agradable.

De Gier recordó que había leído el expediente del señor Holman esa misma mañana. Dos condenas. Una por desfalco, cosa de diez años antes, y otra por lesiones graves. El sargento había estudiado los detalles de ambos casos. Cuando el señor Holman aún trabajaba para un patrón, se había apropiado de unos cuantos miles de florines que un cliente le había pagado por mercancías recibidas. No existía factura, pero el señor Holman había firmado un recibo. Tres meses de prisión, de los que dos habían quedado en suspenso. Luego, un año más tarde, había golpeado al hijo de un vecino. El chico estaba pisoteando las plantas del jardín del señor Holman. A consecuencia del golpe, había caído contra un poste de la verja y había debido ser conducido al hospital. Una fisura en el cráneo. Tres meses de cárcel.

«Un individuo astuto y violento», pensaba De Gier, pero lo que estaba viendo no concordaba con la imagen que se había formado por la lectura del expediente. Al igual que muchos otros hombres obesos, el señor Holman tenía un aire jovial. «Un tipo jovial», pensaba el commissaris. «Lástima que sea tan nervioso».

Grijpstra también pensaba, pero vagamente. Acababa de recordar que el señor Holman vendía frutos secos. A Grijpstra le gustaban los frutos secos, sobre todo los anacardos, que a veces compraba envasados en latitas. Pero su precio era bastante elevado. «Si yo fuera un policía corrupto», pensaba Grijpstra, «le obligaría a que me diera todo un saco de anacardos, y me iría a casa a comérmelos».

—¿Cuáles eran sus relaciones con la señora Van Buren, señor Holman? —comenzó el commissaris.

—La conocía —respondió el señor Holman. Se le quebró la voz, y trató de disimularlo con un carraspeo.

—Háblenos de ella —le pidió el commissaris con tono placentero—. Nos interesa mucho. Ya sabe usted que la mataron, que la asesinaron, y cuanto más sepamos sobre ella, más fácil nos será encontrar a su asesino. Si era amiga suya, seguramente querrá usted que encontremos al asesino, ¿verdad?

—Sí —contestó el señor Holman—, sí, era amiga mía. Pero no muy amiga. Todo empezó a causa de mi hijo y su pelota.

—¿Su pelota? —se extrañó el commissaris.

—Sí. Se le cayó al río, al Schinkel. A mi hijo le gusta que salgamos a pasear los domingos por la mañana, y tenemos la costumbre de ir en coche hasta el Schinkel, aparcar por allí y dar una vuelta. A veces, jugamos con su pelota. A mí no me gusta jugar a pelota, con que normalmente suele echarla él de un lado a otro, y un domingo se le cayó al río. El chico solo tiene cuatro años, y quedó muy desconsolado. Le prometí que le compraría una pelota nueva porque no podíamos alcanzarla desde la orilla, pero se puso a llorar y a dar gritos, así que llamé a la puerta de la señora Van Buren pensando que quizá desde su bote podríamos alcanzar la pelota. Entonces yo no la conocía en absoluto.

—¿Y les hizo pasar?

—Sí. Estuvo muy amable.

—¿Y recuperaron la pelota?

De pronto, el señor Holman contuvo una risita.

—Sí, al final la recuperamos, pero entre tanto mi hijo se las compuso para caerse al Schinkel. Se cayó por la ventana.

—Debió de ser una mañana entretenida —apuntó Grijpstra, pensando en los numerosos paseos que sus hijos le habían obligado a dar los domingos por la mañana.

—Una mañana muy complicada —respondió el señor Holman—. Tuvimos que quitarle la ropa y ponerla a secar, y no pudimos irnos.

—Y a usted, ¿le molestó eso? —quiso saber el commissaris.

—Ha visto a la señora Van Buren ¿no? —preguntó el señor Holman.

—Vi su cadáver en el depósito.

—Entiendo. Bueno, cuando vivía era una mujer muy hermosa.

—¿Llegó a conocerla bien? —inquirió De Gier.

El señor Holman estaba sudando. Sacó un gran pañuelo y se enjugó el rostro.

—No. No del modo en que está pensando.

—¿Cómo sabe lo que estoy pensando? —preguntó De Gier.

—Lo sé. Pero no fue así, en absoluto. Solo íbamos a visitarla. Siempre los domingos por la mañana, y siempre con mi hijo. Ella me invitaba a tomar café y mi hijo se tomaba una limonada. Nos quedábamos media hora, más o menos.

—¿Y solamente hablaban? —preguntó el commissaris.

El señor Holman permaneció en silencio.

—¿Nada de relaciones íntimas?

—No, señor.

La habitación estaba muy silenciosa.

—¿Y su esposa? ¿Estaba enterada de sus visitas a la señora Van Buren?

El señor Holman emitió otra risita.

—Sí. Mi hijo siempre le hablaba de aquella señora tan simpática. Mi mujer decía que quería ir a conocer a la señora simpática.

—¿Llegó a hacerlo?

—No.

—La mataron el sábado por la noche —anunció Grijpstra.

—El sábado por la noche —repitió el señor Holman—. Mala cosa.

Los policías esperaron.

—El sábado estuve en mi despacho toda la tarde y parte de la noche. Llegué a casa sobre las once.

—¿Había alguien con usted en el despacho?

—No —respondió el señor Holman—. Estaba solo. Tengo la costumbre de ir a trabajar los sábados. Para mí, es el mejor día de la semana, sin llamadas ni visitas.

—¿Ha estado en el ejército? —quiso saber Grijpstra.

—No. Tengo un problema en la columna. ¿Por qué?

—Solo preguntaba —dijo Grijpstra—. Y acaba de decirnos que no le gustan los deportes. No quería jugar a pelota con su hijo.

El señor Holman meneó la cabeza.

—Me gusta mucho el deporte.

—¿Algún deporte en particular? —inquirió el commissaris.

—Los dardos —explicó el señor Holman—. Juego muy bien a dardos. No es un deporte muy popular en Holanda, pero me gusta. En casa tengo un cuarto especial donde podemos jugar. Soy el presidente del club, ¿saben?

—Los dardos son un deporte de lanzamiento —observó Grijpstra lentamente—. ¿Cree que sabría lanzar esto, por ejemplo?

El estilete destelló en su mano. Lo había abierto mientras lo sacaba del bolsillo.

—Sin duda —contestó el señor Holman—. ¿Dónde quiere que lo clave?

—En la caja de puros —dijo el commissaris—, pero espere un momento. Antes quiero sacar los cigarros. —El commissaris colocó la caja vacía sobre un archivador—. Aquí está bien —concluyó.

El señor Holman se levantó y se balanceó sobre sus pies. Tenía los párpados entornados y sopesaba el cuchillo en la palma abierta.

—¡Ya está! —exclamó.

El movimiento había sido rapidísimo. El estilete de Grijpstra se hundió en el mismo centro de la caja de puros, perforando la

delgada madera. La caja quedó destrozada.

Mientras Grijpstra se acercaba al archivador para recobrar su cuchillo, el señor Holman empezó a comprender.

—La mataron lanzándole el cuchillo, ¿verdad? —preguntó en un susurro.

—Así es —asintió el commissaris.

—Yo no la he matado —dijo el señor Holman, y se puso a llorar.

El despacho estaba nuevamente en silencio. El señor Holman se había marchado, sonándose ruidosamente la nariz, tras pasarse más de una hora contestando preguntas.

—¿Y bien? —preguntó el commissaris, al cabo de unos minutos.

Grijpstra y De Gier se lo quedaron mirando.

—¿Y bien? —volvió a preguntar el commissaris.

—Difícil —sentenció Grijpstra.

El commissaris seleccionó un cigarro de entre el desordenado montón que tenía sobre su escritorio.

—Debo conseguir una caja nueva —murmuró para sí, y, en voz más alta, añadió—: No debería llevar ese estilete, Grijpstra.

—No, señor.

—No tiene ningún motivo —intervino De Gier—. Ningún motivo en absoluto. ¿Por qué habría de querer matar a una mujer que le daba tazas de café e invitaba a su hijito a beber limonada? No era cliente de ella, y no es posible que le hiciera chantaje.

—¿Por qué no? —inquirió el commissaris.

—No iría a visitarla los domingos por la mañana si ella fuese su puta los días entre semana.

—Cierto —asintió Grijpstra.

—Quizá no tuviera que pagarle nada —apuntó el commissaris—. Quizás eran amantes.

—¿Esa bola de carne? —se mofó De Gier.

—Lo que las mujeres encuentran de atractivo en un hombre —empezó el commissaris con voz de conferenciante— no suele ser su

apariencia.

De Gier pareció quedar dolido, y Grijpstra sonrió.

—Tal vez le regalaba flores —sugirió Grijpstra—, y le recitaba poesía, y tenía pequeñas atenciones con ella.

—De acuerdo —admitió De Gier—. Eran amantes. Le cantaba canciones de amor. Y finalmente le hundió un puñal en la espalda.

—Tendremos que volver a hablar con él —decidió el commissaris—. Llámenlo a su oficina mañana por la mañana y díganle que se presente aquí a las tres de la tarde.

Se puso en pie y abrió la puerta.

—Este caso le está gustando —dictaminó Grijpstra mientras regresaban a su propio despacho.

—Pues a mí no —replicó De Gier—. ¿Y a ti?

—Sí —dijo Grijpstra—. Es un bonito caso, bonito y complicado. Vámonos a un café a tomar algo y empecemos otra vez por el principio. Ahora disponemos de mucha información.

—No —se rebeló De Gier.

8

LA LLUVIA ERA TORRENCIAL, fría y sumamente desagradable, pero al commissaris, un pulcro peatón con impermeable negro y sombrero flexible, no le importaba. La única preocupación que acosaba su cerebro en aquellos momentos se refería al dolor de sus piernas. La lluvia exacerbaba su reumatismo y, a pesar de todos sus esfuerzos, esa mañana su cojera era evidente. Se forzaba a respirar lentamente. Respirar lentamente aumentaba su capacidad de resistencia. También se forzaba a pensar en algo que no tenía nada que ver con el dolor. Estaba pensando en el Servicio Secreto, y sus pensamientos le divertían, de forma que su expresión era una mezcla de alegría y sufrimiento que resultaba en una extraña mueca. Se preguntó cuánta gente sabría que el Servicio Secreto tenía una sede local al margen de sus tres habitaciones en la Jefatura de policía, y se preguntó si habría alguien a quien le importara.

Aquella mañana había estado hablando con el jefe de policía para pedirle que le concertara una entrevista con el director del Servicio Secreto. La entrevista había quedado concertada en cuestión de minutos, y hacia allí se dirigía. Conocía la dirección, hacía años que la conocía, pero jamás había tenido ningún motivo para penetrar en aquel lugar de misterios.

Tropezó con un adoquín y se apoyó en la barandilla de hierro forjado de un puente. Soltó una maldición, una maldición larga y venenosa, acentuando todas las sílabas. El dolor había empeorado

un poco, y tuvo que esperar hasta que de nuevo consiguió regular su respiración.

Deseó haber podido evitar aquella visita, pero, en su fuero interno, tuvo que reconocer que era una gestión ineludible. El Servicio Secreto había alertado a la policía, hecho que no podía ser pasado por alto. Por alguna razón hasta el momento inexplicada, habían descubierto que María van Buren no era la sencilla mujer sola, inquilina de una casa flotante, que a primera vista parecía.

El commissaris meneó la cabeza y rezongó. Seguían sin saber gran cosa sobre la muerta.

Finalmente llegó a su destino y contempló la deteriorada y angosta casa con gabletes. Verificó el número y sonrió. Conocía la casa. Volvió a sonreír. Conocía bien aquella casa. La había visitado varias veces, pero mucho tiempo atrás. Treinta y cinco años atrás, antes de que estallara la guerra. En aquella época, la casa tenía un mejor aspecto. Había sido una gran casa, digna y tranquila, decorada con tupidos cortinajes de terciopelo rojo, abundancia de encajes semitransparentes y una gran profusión de muebles Victorianos. Allí se atendía a los peculiares gustos de algunos de los hombres más ricos de la capital. Su memoria, súbitamente activada, le proporcionó una serie de fotos en color razonablemente nítidas. Recordó el rostro mofletudo y aceitoso de *Madame* y el voluptuoso cuerpo de Mimí, una muchacha javanesa que solo podía alquilarse por breve plazo y a un precio exorbitante, pues era de primera categoría. La muchacha disponía de una espaciosa habitación propia en la segunda planta, una habitación llena de espejos. El commissaris se había pasado varias horas ante los espejos, enervado por el reflejo de su propio cuerpo visto desde todos los ángulos posibles. Eso sucedió el día en que el anciano señor De V. fue hallado en aquella habitación, y por cierto que el anciano señor De V. no constituía una visión muy agradable con todas las luces encendidas. Su aspecto era más bien bulboso, como un hongo blanquecino exageradamente grande. Había muerto de un ataque cardíaco, pero el médico no estaba del todo seguro y llamaron a la

policía. Por entonces, el commissaris era un inspector, y aquella noche produjo una honda impresión en su inexperta mente.

Aquella noche, *Madame* dejó caer una apenas velada insinuación, y esta insinuación le hizo regresar al cabo de quizás una semana. *Madame* se mostró muy atenta con él: le permitió elegir entre cuatro chicas deliciosas, le reservó el cuarto de los espejos y descorchó ella misma la botella de champaña con sus gordezuelas y enjoyadas manos. La segunda botella la pagó él de su bolsillo, pero solo le cobraron una cuarta parte del precio habitual.

La menuda figura enfundada en un impermeable se irguió en los peldaños del viejo edificio mientras los recuerdos inundaban su cerebro. Una velada memorable, sin duda. La chica era francesa, auténticamente francesa, y había practicado con ella sus conocimientos del idioma, y ella le había corregido los errores, se había reído maravillosamente y había hecho mucho más de lo que él esperaba que hiciera.

Aún había visitado la casa una vez más. Un cliente —un extranjero, por fortuna—, en un arretrato de cólera y frustración, había herido a una de las jóvenes con un pequeño tenedor. La herida no era grave, pero de todas maneras el cliente fue detenido. El cliente y la chica estaban comiendo pedacitos de tostada con mantequilla, generosamente cubiertos de caviar, y los minúsculos huevos negros se mezclaron con la sangre sobre el alabastrino cuerpo de la muchacha. Un espectáculo muy desagradable, pero también bastante interesante. Y en aquellos momentos iba a visitar la casa de nuevo, por cuarta vez. Hizo sonar el timbre.

¿Conocerían sus actuales ocupantes la historia del edificio? Probablemente no, pensó el commissaris. Mientras esperaba a que alguien le abriera la puerta, se sintió cada vez más seguro de que no la conocerían. Ni siquiera conocían cuando alguien llamaba a la puerta. Volvió a pulsar el timbre.

Un lento ruido de pasos arrastrados fue acercándose y la puerta se abrió con un chirrido. Un anciano con el uniforme municipal, las

solapas de su chaqueta decoradas con las tres cruces del escudo de Amsterdam, miró al commissaris cara a cara, aunque tal vez decir «cara a cara» fuera una exageración. El anciano, en realidad, no tenía cara. El commissaris se halló ante una máscara hecha de vieja masilla amarillenta, y, una vez más, pensó en el burdel de aquel pasado tan remoto que ya casi parecía pertenecer al tiempo de los sueños, pues entonces también había un portero anciano que se quedaba mirando a los clientes como si no supiera por qué se habían molestado en llamar.

—Estoy citado con su director —dijo el commissaris, y el portero dobló la espalda en una leve inclinación y se hizo a un lado.

Tal vez el anciano fuese mudo, pero su actitud reflejaba servilismo y el commissaris se sintió agradecido de que su presencia hubiera sido reconocida.

La puerta se cerró a sus espaldas y fue conducido por un tramo de escaleras hacia la habitación de los espejos. El commissaris se rio entre dientes y casi pensó que su guía iba a detenerse y pedirle una explicación, pero su lento avance no se interrumpió y otra puerta se abrió ante ellos.

Los espejos habían desaparecido.

Pero algunos de los muebles aún seguían allí y el commissaris se acomodó en una butaca tapizada de terciopelo rojo, una butaca antigua, una butaca en la que ya se había sentado antes, pero su estado de ánimo era muy distinto. No se sentía impaciente y excitado. En aquellos momentos, se dijo secamente, estaba aburrido. Sí, esa era la palabra: aburrido.

Su anfitrión le ayudó a desembarazarse del impermeable y lo colgó de una pesada percha de cobre; su sombrero fue a coronar el impermeable. Estrechó la mano de su anfitrión y ambos se mostraron de acuerdo en lo tocante al tiempo. También conocía el nombre de su anfitrión, y su graduación. Era un comandante naval. Conque eso es lo que ha ocurrido con la marina, se dijo. Los buques están amarrados en el río y aquí tenemos al último de sus hombres,

un anciano, porque el comandante ya era un viejo cercano a la jubilación, como él mismo.

Advirtió, sin la menor sorpresa, que los pies de su anfitrión estaban cubiertos por unas raídas y usadas zapatillas. Advirtió también que el rostro del comandante le recordaba la cara de una tortuga, una cara reseca con pacientes ojos enterrados bajo gruesos pliegues. Al commissaris le gustaban las tortugas y tenía una en su jardín. La llamaba «Tortuga», pero ella jamás acudía cuando la llamaba por su nombre. A él le complacía la suprema indiferencia de su tortuga y la alimentaba cuidadosamente con hojas frescas de lechuga, que cada noche, sin falta, depositaba sobre el césped en el centro de su pequeño jardín.

—Sí —estaba diciendo la tortuga—, el caso Van Buren. Tengo entendido que la pobre ha sido asesinada.

—Así es —asintió el commissaris.

—Muy triste —añadió la tortuga.

—Mucho —respondió el commissaris.

No se miraban el uno al otro. Los ojos de la tortuga se habían vuelto hacia su interior, y los del commissaris estaban cerrados. Las piernas estaban doliéndole mucho, y todas sus energías se concentraban en el ritmo de su respiración.

En la pared latía lentamente un reloj. La puerta se abrió y volvió a cerrarse. Sobre el escritorio de la tortuga aparecieron dos tazas con sus platillos, una cafetera, un azucarero y una jarrita con crema de leche, utensilios todos que se remontaban a la época del burdel. Pero al commissaris ya no le pareció divertido: había aceptado por completo la fusión del pasado y el presente.

La tortuga tomó aire, esperó y comenzó a hablar:

—Nos gustaría serle útiles.

El commissaris respiraba muy quedamente y contaba para sí; hasta cuatro al inspirar, hasta seis al exhalar.

—Pero me temo que no podemos hacer gran cosa.

El commissaris siguió contando.

—Comprenda, no es mucho lo que sabemos.

El dolor quedó controlado y el commissaris hurgó en sus bolsillos.

—¿Un cigarro?

—Por favor.

El cigarro fue encendido.

La tortuga hablaba sin ser preguntada, deseosa de compartir sus conocimientos.

—La señora Van Buren tenía amistad con varios hombres. Los servicios de inteligencia norteamericanos nos informaron de su posible importancia; al parecer, había trabado amistad con un oficial, un experto en guerra atómica. Nos solicitaron que la tuviéramos bajo observación.

—Sí —dijo el commissaris.

—Pero recibimos muchas solicitudes de este tipo, y no siempre hacemos lo que nos piden.

—No.

—Pero luego Bruselas también dio la alarma. Esta misma señora Van Buren había iniciado relaciones con uno de sus hombres, un diplomático a cargo de asuntos de seguridad. La seguridad del estado.

—Y ustedes pensaron que tal vez ahí hubiera algo, después de todo —sugirió el commissaris.

La tortuga sonrió. El commissaris no se sintió en la necesidad de decir nada.

—No pensamos mucho —apuntó la tortuga.

—No.

—No —repitió la tortuga—. No pensamos. Pero cumplimos con nuestra función.

—Y se pusieron en contacto con nosotros.

—Sí —dijo la tortuga.

El silencio se prolongaba y el commissaris se puso en pie.

—¿Eso fue todo? —inquirió, sintiendo que tenía la obligación de asegurarse.

—Sí —respondió la tortuga.

—Podría ser que la muerte de la señora Van Buren no tuviera nada que ver con ningún secreto —señaló débilmente el commissaris, sintiéndose en cierto modo atrapado.

—Podría ser —admitió la tortuga—. Tome un poco más de café antes de irse. Sigue haciendo un tiempo de perros.

El commissaris vació su segunda taza y extendió la mano. La mano de la tortuga tenía el tacto que le correspondía, seco y curtido.

El commissaris tuvo la impresión de que debía formular la pregunta:

—¿Llevan mucho tiempo aquí? En este edificio, quiero decir.

—Diez años —contestó la tortuga.

—Propiedad del estado, ¿no es eso?

—Naturalmente —asintió la tortuga—. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Me pregunto cómo lo adquiriría.

—Lo compraría, supongo —replicó amablemente la tortuga.

La tortuga estaba en lo cierto, seguía haciendo un tiempo de perros. El commissaris pulsó el timbre de nuevo y le pidió al portero que telefonara para llamar a un taxi. Se quedó esperando en el vestíbulo, pero el taxi no llegaba.

—Da igual —decidió al fin—. Supongo que están muy atareados; con esta lluvia, todo el mundo debe de querer un taxi. Dígle al taxista, si es que viene, que no he podido esperar más.

El portero le saludó y una vez más se abrió y se cerró la puerta.

«Estoy obteniendo mucha información», se dijo el commissaris mientras caminaba hacia la Jefatura, «y toda es negativa. No llegamos a ninguna parte».

Esta conclusión le animó; hacía algún tiempo que deseaba que surgiera un caso difícil.

Pensó en su plazo límite: faltaban diez días para que regresara el inspector jefe. Resultaría embarazoso tener que decirle a su

ayudante que un asesino andaba suelto. Pero se encogió de hombros y desechó este pensamiento. Procedería tal y como dictaban las reglas. Nada de prisas. La prisa es un error fundamental. ¿De dónde he sacado yo eso?, se preguntó el commissaris. Lo recordó al instante: lo había sacado de una narración china, una narración filosófica. Había comenzado a leer obras sobre la China antigua más o menos al mismo tiempo que el reumatismo empezaba a incendiar los nervios de sus piernas. «Dolor y sabiduría», pensó. «Tal vez tengan alguna relación».

Se le ocurrió la idea de que quizá debería sentirse agradecido a su dolor, pues le conducía a nuevos descubrimientos, pero, mientras doblaba lentamente la esquina y comenzaba a bordear otro canal, rechazó esta conclusión. Preferiría no tener sabiduría y tampoco dolor. Anduvo durante otro cuarto de hora, pensando en los tiempos en que carecía de sabiduría. Se vio entrar en el burdel, un anochecer de septiembre de 1938; joven, recién bañado, lleno de expectación. La noche en el cuarto de los espejos, con champaña y una chica de esbeltas caderas y bien formados senos.

—Buenos días, señor —le saludó un sargento uniformado, en la Jefatura—. ¿Cómo está usted esta mañana?

—Muy bien —respondió el commissaris—. Magnífico día.

—Para las ranas y los oficiales —dijo el sargento en voz baja.

—Póngame otra vez con la policía de Curaçao —le pidió el commissaris a la chica de la centralita—. Con el inspector jefe Da Silva, en Willemstad.

Su teléfono sonó al cabo de diez minutos.

La conexión era mala, y el commissaris tenía que hablar casi a gritos. El inspector jefe se mostró muy atento. Sí, se había interesado por el asunto. Sí, la señora Van Buren era hija del señor De Sousa, de Curaçao. Sí, el señor De Sousa era un ciudadano prominente. No, en la isla no sabían nada, nada que hubiera podido conducir a la prematura muerte de la señora Van Buren en su

domicilio de Amsterdam. El inspector jefe Da Silva lo sentía mucho, pero no podía decirle nada más.

El commissaris suspiró y marcó un número de dos cifras.

—Con el jefe de policía, por favor —solicitó educadamente.

Esperó.

—Buenos días, señor. En el Servicio Secreto no saben nada.

—Nunca saben nada —contestó el jefe de policía.

—Creo que debería ir a Curaçao.

Hubo un breve silencio, y el commissaris se encontró mirando fijamente el auricular.

—Bien, si usted lo juzga necesario.

—ABRÓCHATE LA CAMISA —dijo Grijpstra—. Se te ve la camiseta. La camiseta naranja.

Parecía asombrado.

—¿No has visto nunca una camiseta naranja? —preguntó De Gier.

—No, ni quiero verla.

De Gier se llevó las manos a la pechera.

—Se ha caído el botón —observó Grijpstra, mirando más de cerca—. ¡Ja!

—¿Qué significa ese «Ja»?

—Estás engordando —sentenció Grijpstra, con aire de triunfo.

De Gier se levantó de un salto y abandonó la habitación. Grijpstra corrió en pos de él. Encontró a De Gier contemplándose en el espejo de cuerpo entero que habían instalado en el corredor por orden de un jefe de policía que deseaba que sus hombres tuvieran un aspecto pulcro.

—Adopta una postura normal —le indicó Grijpstra—. ¡Respira! Si retienes el aire, te asfixiarás.

—Gordo —masculló De Gier.

—Un poco gordo —le corrigió Grijpstra—. Es la edad. Los músculos se reblandecen y el estómago empieza a sobresalir poco a poco. No te preocupes.

—No.

—Pero puede empeorar. Yo tenía un tío con una figura parecida a la tuya. Al final, tuvo que ponerse un corsé.

—¿Y qué le pasó a tu tío? —quiso saber De Gier.

—Oh, se murió. ¿Por qué?

—¿A qué edad?

—A los cuarenta y ocho o cuarenta y nueve, me parece.

—¿De qué?

—De vanidad —respondió Grijpstra—. De pura vanidad. De tanto mirarse al espejo. Cada vez estaba más gordo y se compraba corsés cada vez más fuertes, y un día le estallaron las venas del cuello. Pero ¿qué te importa a ti lo que le pasó a mi tío? ¿Has leído la nota del commissaris que hay sobre mi escritorio?

—Sí —contestó De Gier—. Yo siempre leo todas las notas que hay sobre tu escritorio. Se ha ido a Curaçao y no volverá hasta dentro de unos días y nosotros debemos seguir con la investigación.

Grijpstra asintió.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Sígueme.

De Gier le siguió y fueron a parar junto a la máquina de café, donde Grijpstra esperó hasta que De Gier hubo encontrado las monedas adecuadas.

—Ya te he seguido —observó De Gier—. ¿Y ahora qué?

—No sé —dijo Grijpstra—. Podríamos telefonear otra vez al señor Holman y pedirle que venga a vernos.

—Ya lo hicimos ayer.

—Y anteayer.

—Si tiene que venir hoy, volverá a llorar.

—No ha sido él —decidió De Gier.

Grijpstra se apoyó contra la pared encalada y tomó un sorbo de café.

—¿Por qué no ha sido él? Al final reconoció que había visto a la señora Van Buren a solas, ¿verdad? Al principio decía que siempre la visitaba acompañado por su hijito, pero luego admitió que había ido a verla él solo.

—Únicamente los domingos por la mañana.

—Eso es lo que él dice, pero ¿por qué no habrían podido hacer el amor los domingos por la mañana? ¿Qué tienen de malo los domingos por la mañana?

—¿Ese gordo?

—Desengáñate —replicó Grijpstra—. No está tan gordo. No más de lo que vas a estarlo tú dentro de unos años. Y tiene una cara simpática y agradable. Quizás él le proporcionaba cierta sensación de seguridad. Quizás ella lo mimaba. No creo que pudiera mimar a sus amantes de pago. Tanto el coronel como el diplomático y nuestro amigo Drachtsma son altos, de complexión robusta, guapos y dinámicos. Puede que ella se cansara de sus siluetas y sus músculos, y entonces el jovial señor Holman se convirtió en su verdadero amante. Los domingos por la mañana.

—Exacto —asintió De Gier—. Maravilloso. Muy romántico. Se tomaban una taza de café, o de cacao caliente, o de leche con miel y nuez moscada, luego hacían perezosamente el amor y luego él se iba corriendo a su casita.

—Sí. Pero al final se cansó de ella y ella le amenazó con contárselo todo a su mujer, de modo que él se pasó un par de días sudando hasta que por fin se decidió y comenzó a practicar con sus dardos. Luego, un día, encontró ese magnífico y perverso cuchillo en una tienda de segunda mano del barrio antiguo y se lo llevó a casa y estuvo practicando una o dos horas y el sábado pasado fue a verla y se lo clavó en la espalda. ¡Zas! ¡Chof!

—No —protestó De Gier.

—¿Por qué no? Es un tipo violento. Un muchachito pisa una flor de su jardín y del golpe que le da tienen que llevárselo al hospital con el cráneo roto. Además, no es de fiar. Su patrón se fio de él y el tipo le robó un par de miles de florines cuando creía que nadie estaba mirando. Ya has leído su expediente, ¿no?

—He leído su expediente.

De Gier se acercó a la ventana y miró hacia el patio, donde cuatro coches robados, encontrados por la patrulla nocturna,

esperaban a sus legítimos propietarios. Se rascó pensativamente el trasero.

—¿Y?

—Puede ser. Pero no lo creo. Tal vez tengas razón. El hombre se halla en un estado lamentable. Cada vez que le hacemos una pregunta, se enjuga la cara con ese gran pañuelo suyo y se le llenan los ojos de lágrimas y acaba echándose a llorar. No tiene coartada. Pero lanzó tu estilete contra la caja de puros del commissaris. Eso fue una tontería, ¿no crees?

—Sí —admitió Grijpstra—, fue una tontería. Pero tarde o temprano nos habríamos enterado de su afición a los dardos. Sabía que nos enteraríamos, conque quizá fue una muestra de astucia por su parte.

—Además de amante, un genio —comentó De Gier.

—Tiene un negocio de frutos secos, ¿recuerdas? Se instaló por su cuenta después de haber estado dos veces en la cárcel. Dirige él mismo su negocio, y lo hace tan bien que es propietario de una bonita casa y de un flamante Rover rojo. El Rover es un automóvil bastante lujoso. He llamado a dos de sus clientes, fingiendo que deseaba informarme sobre su crédito comercial, y los dos me han hablado muy bien de él. Se encarga personalmente de todas las compras y las ventas, y solo tiene una empleada; una vieja solterona que atiende al teléfono cuando él no está. Estoy convencido de que es un hombre inteligente: para levantar un buen negocio en pocos años hace falta cerebro. Y disciplina.

—¿Crees que deberíamos detenerle?

—No —respondió Grijpstra—. Solo podríamos retenerlo unos cuantos días. No existe ninguna prueba. Hemos de conseguir que confiese.

—¿Jugar con él al gato y el ratón? ¿Hacerle venir todos los días, darle un respiro, hacerle venir de nuevo? ¿Telefonar a su casa para hacerle preguntas extrañas?

Grijpstra no contestó.

—Es un juego sucio, ya lo sabes. La última vez que lo hicimos, el hombre tuvo un ataque de nervios y su esposa estuvo a punto de divorciarse de él, y luego resultó que era inocente.

—Sí —admitió Grijpstra—. Jamás olvidaré ese caso.

—¡A la mierda con todo! —exclamó De Gier—. El jefe se ha ido y no tenemos ningún plan concreto para hoy. Vámonos.

—¿Adónde?

—A mi piso —respondió De Gier.

Llegaron al piso al cabo de un cuarto de hora, y De Gier puso un disco para que lo escuchara Grijpstra y se encerró con Oliver en la cocina. Oliver maulló y arañó la puerta.

—Ya te meterás con él luego. Déjame preparar unas tortitas.

—Tortitas —anunció al poco rato—. Sé que te gustan las tortitas. Puedes comerlas con jamón, con miel o con mermelada. Y aquí tienes café del bueno. Puedes fumarte un buen puro, si quieres. Apoya los pies en esa silla.

—Sí —dijo Grijpstra—. Aceptadas todas las sugerencias. Ponles mermelada a las tortitas. Y vigila al gato.

Oliver estaba gruñendo en un rincón y afilándose las uñas en la alfombra, con sus claros ojos azules fijos en Grijpstra.

—¡Mierda! —comentó Grijpstra—. Algo tiene que andar mal contigo para que te guste tanto ese gato.

—Se llama Oliver. Y duerme en mis brazos.

—Runrunrún —dijo suavemente Grijpstra.

Se comió las tortitas, eructó y encendió un cigarro.

De Gier puso otro disco y ambos se dedicaron a escuchar música religiosa; un órgano que interpretaba composiciones de Bach. Oliver saltó sobre el regazo de Grijpstra, ronroneó y se quedó dormido. De Gier estaba tendido en el suelo, con la cabeza apoyada sobre las manos. El disco llegó a su fin.

—Hermoso —comentó Grijpstra, abriendo los ojos. Empezó a rascar a Oliver detrás de las orejas. El gato volvió a ronronear.

—¿Te das cuenta? —preguntó De Gier.

—Puede ser.

—Si el commissaris creyera que lo había hecho Holman, no se habría ido a Curaçao.

—No —objetó Grijpstra—. Curaçao es una isla calurosa. Al commissaris siempre le están doliendo las piernas. Ha querido calentarse las piernas. Ahora mismo estará tendido en una hamaca, en la terraza de algún hotel. Se ha presentado la ocasión y él la ha aprovechado. El caso no avanza y la señora era de Curaçao. Tiene que investigar su historial. Solo hay ocho horas de vuelo hasta Curaçao, y el estado paga el billete.

—No podemos resolver el caso antes de que vuelva —observó De Gier, rodando para ponerse de espaldas—. El commissaris quedaría como un tonto.

—Ella no le hacía chantaje al diplomático.

—¿Por qué no?

—No podía. El hombre no está casado.

De Gier se incorporó y quedó sentado en el suelo.

—Te olvidas del Servicio Secreto. Ellos también están metidos en el caso. Quizás ella conociera secretos que el diplomático no hubiera debido contarle.

—¡Ja! —se burló Grijpstra—. ¿Qué secretos? Bélgica no está en guerra. Son como nosotros. Bélgica es un país pequeño y confortable que dedica todo su tiempo a producir cosas y venderlas.

—Exactamente. Secretos comerciales o secretos que afectan a la economía. —De Gier bajó el tono de su voz—. Ciertas naciones están muy interesadas en arruinar la economía de la Comunidad Europea. Los diplomáticos siempre saben muchas cosas, y por eso les envían mujeres seductoras que los atraen hacia sus casas flotantes. Los diplomáticos se jactan.

—No —le interrumpió Grijpstra—. Nuestro diplomático, no. Él no es de los que pierden el tiempo jactándose. Iba a su bote para acostarse con ella. La hacía trabajar. Jugaba con ella, o la obligaba

a jugar con él. Y luego se vestía, subía a su Citroën negro y se iba a su casa.

—¿No sospechas del diplomático?

—No —respondió Grijpstra.

—¿Y del coronel?

Grijpstra vaciló.

—¿No?

—El coronel está lejos de su esposa. Nos dijo que vivía en algún lugar de los Estados Unidos. Ella ya debe de imaginarse que el coronel no pasa las noches solo. La señora Van Buren no habría podido chantajearlo por este motivo.

—El armamento nuclear —apuntó De Gier.

—Sí. Pero eso no es cosa nuestra. La policía militar está investigándolo. Y tiene una coartada.

—Habría podido enviar un esbirro; un paracaidista, un ranger, un hombre de los servicios especiales o como sea que llamen a sus asesinos. Los norteamericanos se matan entre sí a las primeras de cambio.

Grijpstra se echó a reír.

—A las primeras de cambio —insistió De Gier.

—El coronel, no.

Grijpstra suspiró.

—Sabes que nos estamos acercando, ¿verdad? —preguntó De Gier.

—Sí —dijo Grijpstra.

—IJsbrand Drachtsma —declaró De Gier con voz firme.

—Tiene una coartada.

—Eso dice.

—El commissaris la ha comprobado.

—Eso dice el commissaris.

—¿No le crees?

—Oh, sí, claro que le creo. Habló con los hombres de negocios alemanes que Drachtsma tuvo como invitados aquella noche y le confirmaron que habían estado allí con él. No hay manera de llegar

a Amsterdam desde Schiermonnikoog sin tomar el *ferry*, y en esta época del año el *ferry* solo hace dos viajes al día. En Schiermonnikoog no hay ningún aeropuerto. Pero Drachtsma es un hombre muy rico.

—¡Ja! —exclamó Grijpstra—. Un helicóptero lo recogió en la playa. Lo dejó en otra playa, donde estaba esperándole un veloz automóvil. Corrió con él hasta Amsterdam, se introdujo en la casa flotante con su propia llave y ¡zas! y ¡chof!

—Sí —asintió De Gier.

—Una mierda.

—Sí. En Holanda hay unos 350 habitantes por kilómetro cuadrado. El helicóptero no podría haberlo transportado sin que nadie lo viera. Cierto, cierto. O sea, que no lo hizo él. Y es una lástima —añadió De Gier—, porque no cabe duda de que es un hombre peligroso. El diplomático no me asusta, y si el coronel viniera a por mí le invitaría a tomar algo, pero IJsbrand Drachtsma...

—¿Hablas en serio?

—Y tanto —dijo De Gier—. Recuerda que huyó a Inglaterra en 1943, cuando los alemanes tenían vigilado hasta el último centímetro de la costa.

—Y el motor de su bote se estropeó.

—Imagínate lo que debieron de pasar —prosiguió De Gier—. Veinte o treinta horas de camino y todas las playas contemplándote con un millar de ojos. Malignos ojos alemanes atisbando desde debajo de sus pesados cascos, con ametralladoras y cañones por todas partes y el cielo lleno de aviones, y tú sentado ahí, en tu cascarón de nuez, peleándote con un motor fuera borda mientras los otros reman, y sueltan los remos, y maldicen.

—Sería divertido —opinó Grijpstra.

—Yo siempre había deseado hacer algo así, pero entonces era un chiquillo. ¿Y tú? ¿Dónde estabas?

—Pasé el último año de la guerra en una granja, trabajando e intentando reparar una moto vieja. Me llevó todo el invierno, y cuando se acabó la guerra aún no funcionaba.

—¿No te asusta? —quiso saber De Gier.

—No. No tengo nada que perder. Además, me resulta irritante. Un gallito, eso es lo que es. Se ha pasado la vida triunfando.

—Tú no has perdido, ¿verdad?

—No —admitió Grijpstra—. O tal vez sí. No hay mucha diferencia. Pero eso él no lo sabe. ¿Te acuerdas de la sonrisa que nos dirigió cuando el commissaris nos presentó como sus ayudantes?

—Sonrió hacia abajo.

—Justo. Parecía amistoso, pero no lo era.

—No la mató él, sin embargo, porque no estaba allí. Debió de enviar a alguien.

—Pero ¿por qué querría matarla?

—Chantaje —respondió De Gier—. ¿Qué otro motivo podía tener? Él es un hombre casado, y ella amenazaba con romper su matrimonio. Tal vez tiene todas sus propiedades a nombre de su esposa: la casa de Schiermonnikoog, la casa de Amsterdam, el yate, el avión particular, la casa flotante, las acciones.

—Tendríamos que hablar con su mujer.

—Hay otra cosa —anunció De Gier—, una cosa que aún no te he contado.

—Deberías contármelo todo —observó Grijpstra.

—Sí; es ese joven bajo, con un abrigo de piel de imitación y aire de músico.

—¿Qué le pasa?

—Le pedí que esperase en el pasillo mientras le apretábamos las tuercas a Drachtsma, o tratábamos de apretárselas, debería decir, porque esa vez ganó él. Quería saber qué haría Drachtsma cuando hubiéramos terminado con él. Cardozo esperó fuera y, cuando Drachtsma salió, echó a andar detrás suyo, fingiendo que iba a alguna parte. Bajaron por la escalera hasta el vestíbulo principal, uno tras otro. La puerta está siempre cerrada, y el agente de guardia en la entrada tiene un botoncito que abre la cerradura al

pulsarlo. Drachtsma le mostró su tarjeta, el agente pulsó el botón y la cerradura se abrió. Pero para salir hay que empujar la puerta.

—Sí, sí —asintió Grijpstra—. Ya conozco esa puerta; la cruzo al menos cien veces cada día.

—Exacto. Pero Drachtsma no empujó la puerta, sino que le dio una patada con su enorme y maloliente bota, y en el momento de cruzarla se tiró un pedo. Un hediondo y ruidoso pedo.

—¿Y Cardozo lo recibió en sus propias narices?

—Eso mismo.

—No debes confiar en esos detectives jóvenes. Te dicen siempre lo que creen que deseas oír.

—No —objetó De Gier—, Cardozo es de fiar. Me contó lo que vio, o, en este caso, lo que olió.

—Sí —dijo Grijpstra—, y Drachtsma tiene su casa en Schiermonnikoog, ¿no es eso?

Grijpstra se puso en pie sin pensar en Oliver, que despertó de pronto y clavó sus garras en la pierna del policía. Grijpstra soltó un aullido y Oliver siguió aferrado. Grijpstra retrocedió hacia la estantería y De Gier trató de ayudarlo. Un jarrón cayó al suelo y se hizo añicos, derramando su agua sobre Oliver, que ya se había soltado. Oliver maulló y mordió a De Gier en la pierna. Pasó un buen rato antes de que volviera a reinar la tranquilidad en el cuarto.

—Este gato es un desafío —observó Grijpstra—. Te obliga a estar constantemente en guardia. Todos los policías deberían tener un gato así; se lo propondré al jefe de policía. Seremos la fuerza de policía más alerta de la tierra.

—Sí. Me alegro de que empieces a apreciarlo. De modo que nos vamos a la isla. ¿Cuándo?

—Mañana —respondió Grijpstra—. En el primer barco que salga, y nos lo tomaremos con calma. Es una isla muy hermosa; ya he estado antes, e incluso conozco al jefe de la policía local. Es un brigada y le gustan los pájaros. Iremos como turistas y ya veremos qué averiguamos. El commissaris también está en una isla.

De Gier estaba enfundándose la chaqueta y mirándose en el espejo. Mascullaba para su coleteo.

—Todavía nos queda la tarde —prosiguió Grijpstra—. Aprovéchala para ir al gimnasio y practicar un poco de judo. Últimamente estás muy perezoso. Ya no eres tan bueno como antes. La otra noche vi cómo Geurts te derribaba dos veces en un par de minutos. ¡Un tipo como Geurts!

—El instructor me había pedido que le dejara practicar un poco —se defendió De Gier.

—Sí, claro.

—¿No me crees?

—Sí, claro.

—Escucha —insistió De Gier—. La mitad de la gracia del judo está en dejar que te derriben. Así es como se aprende a caer. Es muy importante saber caer bien.

—Sí, claro —repitió Grijpstra.

—Muy bien —dijo De Gier—. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer esta tarde?

—Iré a la galería de tiro a disparar treinta cartuchos y luego limpiaré la pistola. Le preguntaré al sargento si puedo tirar con la carabina y después buscaré a alguien que sepa lanzar cuchillos. Y entonces lanzaré cuchillos hasta que consiga acertarle a algo y luego me iré a casa.

—Espero que eso te lleve toda la noche —dijo De Gier, y marcó un número de teléfono—. El barco sale a las diez de la mañana —anunció, colgando el auricular—. Pasaré a buscarte a las siete.

—No —objetó Grijpstra—. No podemos llevarnos el coche. En el *ferry* no dejan subir coches, y puede que tengamos que pasarnos unos cuantos días en la isla. Será mejor que vayamos en tren. Nos encontraremos en la estación a las seis y media.

EL APARATO DE LA KLM inició el descenso hacia el aeropuerto Plesman, en Curaçao, y el commissaris despertó de su sueño. Su rostro pequeño y enjuto parecía casi anhelante, y él mismo aceptaba su propia excitación con comprensiva indulgencia. No había viajado mucho en su vida, aunque le habría gustado hacerlo, y aparte de la costa del sur de Francia, donde había pasado varias vacaciones con su familia —primero en hoteles baratos y luego en una casita de alquiler—, solo conocía el mundo por los libros que coleccionaba, comprándolos en los puestos de segunda mano de Old Man's Gate, en el barrio antiguo. Nada más llegar a su casa para decirle a su esposa que partía a la mañana siguiente, había estado hojeando unos cuantos que hablaban de Curaçao, y mientras ella se afanaba con el equipaje y buscaba su pasaporte y sus medicamentos, él volvía las páginas de un delgado volumen escrito por un poeta que había vivido en la isla. Leyó los versos en voz alta, repitiendo algunas de las palabras.

—Cunucu —dijo el commissaris.

—¿Sí, querido?

—Cunucu quiere decir los yermos, los yermos de Curaçao.

—¿Yermos? —preguntó su esposa.

—Campos en los que no vive nada —explicó el commissaris—.

Solo cactus, supongo, y tal vez algunas cabras. Antes había bosques e indios.

—Ah —dijo su esposa, doblando una camisa—. ¿Quieres muchas corbatas?

—No muchas. Me pregunto quién talaría los bosques. Espero que fuesen los españoles. Ellos estuvieron allí antes que nosotros, ya sabes.

—¿Y los indios? —preguntó su esposa.

—Ya no queda ninguno.

—¿Dónde se fueron? —inquirió ella, embutiendo unos cuantos calcetines en un rincón de la maleta.

—Supongo que los asesinamos. O quizá lo hicieron los españoles.

—Ah.

—Una tierra de saltamontes y profetas —leyó el commissaris en voz alta—. ¿Qué querrá decir eso? —Se volvió hacia su esposa, pero esta ya había dejado de escucharle.

En aquellos momentos estaba contemplando el cunucu —una reseca llanura parduzca que se extendía kilómetros y kilómetros— con la nariz aplastada contra la ventanilla. Los arbustos espinosos y los grandes cactus de color verde claro parecían haber sido arrojados al azar. Un país desolado, pensó, pero entonces vio la línea de la costa y cambió de opinión. El mar rompía contra ásperos acantilados, alzando chispeantes oleadas de rítmica espuma, frescos y transparentes telones inundados de sol. «Maravilloso», pensó el commissaris, frotándose las manos. «Tengo que llegarme hasta allí. Alquilaré un coche e iré yo solo».

Vio la carretera, una angosta franja de alquitrán que bordeaba la costa. Había unos cuantos coches. El avión volaba ya muy bajo y la vista era perfecta. Divisó un viejo negro a lomos de un borrico. También pudo ver el aeropuerto y una hilera de aviones anticuados, unos bombarderos que recordaba haber visto durante la guerra. Reconoció las insignias holandesas pintadas sobre sus grises fuselajes. Bombarderos holandeses en una isla del Caribe. Meneó la

cabeza. Pero seguía estando entusiasmado. Había mucho que ver, mucho en lo que pensar más tarde, cuando estuviera de vuelta en su jardín de Amsterdam, luchando contra el dolor de sus piernas. En ese mismo instante se dio cuenta de que el dolor había cesado. No sentía el menor dolor, ni siquiera la leve punzada en los huesos que durante los últimos cinco años le había acompañado constantemente. Esta constatación le sorprendió. No sentía dolor. Se vio instalado permanentemente en la isla, en una casita o incluso en una choza de adobe como la que acababa de ver en el cunucu. Pasaría el tiempo sentado a la sombra de un árbol, fumándose un cigarro, y no sentiría dolor. Pero entonces regresó la punzada y el commissaris se encogió de hombros.

—Silva —se presentó el hombretón de rostro bronceado mientras estrechaba cuidadosamente la mano del commissaris—. Es un honor. Hace mucho tiempo que no doy la bienvenida a ningún oficial de la policía holandesa. ¿Ha tenido un buen viaje?

El commissaris sonrió y farfulló una frase de cortesía. Estaban de pie en el bar del aeropuerto.

—¿Jenever? —preguntó Silva—. ¿O prefiere ron? Aquí, la bebida es el ron.

—¿Producen ron en Curaçao?

—Dos daiquiris —ordenó Silva al camarero—. No —contestó—, aquí no producimos nada. El ron viene de Jamaica, envasado en bidones. Jalea de ron. La diluimos con agua en una pequeña factoría, en algún lugar de la isla. ¡A su salud!

Bebieron, y el commissaris chasqueó los labios. El cóctel helado pasaba muy bien. La punzada en las piernas había desaparecido de nuevo. Se preguntó si debería comentárselo a Silva; de pronto, se sentía muy amistoso.

—Silva. Un apellido portugués, ¿verdad?

Silva asintió.

—Sí. Hay muchos apellidos portugueses en la isla, y españoles, e ingleses. Pero soy holandés. Nací aquí, pero estudié en Holanda y regresé. La mayoría de los que se van no vuelven nunca.

—Le gusta su isla —dijo el commissaris.

—Sí. Amo esta isla. Por supuesto, no es más que una roca pelada.

El commissaris tomó otro sorbo de ron y contempló a aquel hombre de saludable aspecto, tratando en vano de clasificarlo. Ninguna de las categorías generales que su cerebro almacenaba parecía corresponderle. Era como si perteneciese a una especie humana distinta, a pesar de sus ojos azules y su cabello castaño oscuro. No era la primera vez que veía un hombre sano y atezado, de ojos azules y cabello castaño oscuro. Se trataba de un policía, sin duda. Eso estaba muy claro. Lo habría identificado como un policía en cualquier lugar, pero cuando quiso decidir qué rasgo en particular era el que delataba a Silva como policía, se encontró de nuevo a tientas. Bueno, ya lo descubriría más adelante.

—¿Una roca pelada? —preguntó—. Pero deben de tener playas, ¿no? El mar lo rodea todo.

—Sí, el mar está ahí —asintió Silva—, corroyendo constantemente nuestros cimientos. La roca tiene forma de seta, sostenida por un estrecho tallo, y el mar no cesa de erosionarlo. Un día, el tallo se romperá y nos hundiremos todos. Pero la roca en sí está pelada. Hay unos cuantos hoteles y refinerías, y los turistas y petroleros se gastan aquí su dinero, mientras nosotros holgazaneamos, bebemos un poco, jugamos un poco, charlamos de esto y de aquello y mañana será otro día.

—Eso suena estupendo —dijo el commissaris.

A Silva se le iluminó la cara, y tocó ligeramente el antebrazo del commissaris.

—Creía que a ustedes, los holandeses, no les gustaban los ociosos.

—Nos gustan, cuando somos lo bastante sinceros para reconocerlo. Pero usted también es holandés, según me ha dicho.

—Holandés de la isla; es otra variedad.

Un agente de policía trajo la valija del commissaris, y este se quedó mirando su uniforme azul. Silva advirtió cómo lo miraba.

—¿Reconoce el uniforme?

—Es idéntico —respondió el commissaris, atónito—. Exactamente igual. Es nuestro uniforme. Suponía que irían ustedes de caqui, con pantalones cortos y correaes de piel.

—Tengo uno igual en casa —dijo Silva.

—Y yo también —afirmó el commissaris, todavía sorprendido.

Pero el paisaje que se veía desde el automóvil no tenía nada que ver con los verdes prados de Holanda. Las lomas desnudas ocultaban el horizonte; algunos chiquillos de raza negra cuidaban de un pequeño rebaño de cabras.

—Las llamamos chotas —explicó Silva—. Su leche sabe muy bien, y el queso, si se acostumbra, es aún mejor. La leche de vaca es cara; bebida para macambas.

—¿Macambas?

—Un macamba es un holandés, un holandés nacido en Holanda que no conoce la lengua local, el papiamiento, una mezcla de muchos idiomas.

—Con que soy un macamba —comentó el commissaris—. No lo sabía.

El agente se echó a reír.

—Macamba es una palabra fea, señor.

—¿Un insulto?

—Sí —contestó Silva—. Los auténticos holandeses no son muy apreciados. Ellos ganan todo el dinero.

—Pero a usted lo aceptan.

—Yo soy de la isla —adujo Silva—. Aquí nací y aquí me crie, con ron y leche de chota. Hablo el idioma. Entiendo a los pobres de la isla. Si no fuera así, jamás conseguiría resolver ni un solo caso.

—¿Le dan mucho trabajo?

—No, en realidad no. La isla es pequeña: ciento cuarenta mil habitantes en menos de ochocientos kilómetros cuadrados. Todo el

mundo lo sabe todo. Alguna que otra riña, algún que otro robo, y nada más. Pero la isla es peligrosa; siempre existe el peligro de una explosión. Demasiada miseria, demasiado poca seguridad y una gran mezcla de razas. En otros tiempos, esta isla fue el centro de la trata de esclavos, y nadie lo ha olvidado.

—Comprendo —dijo el commissaris. Estaba tratando de imaginar cómo debió de ser la isla cuando las primeras naves españolas divisaron sus costas. Según sus libros, tenía que estar cubierta de árboles. «Somos nosotros», reflexionó el commissaris. «Somos la maldición del planeta; la tierra aún sería hermosísima si no hubiera existido el hombre».

Llegaron a la capital, acercándose a Willemstad desde el norte. La ciudad parecía limpia, hecha de villas y jardines. Algunas de las casas eran de estilo holandés del siglo XVII, pero no así sus colores. Era la primera vez que el commissaris veía una casa de gabletes pintada de rosa, de amarillo o de verde pálido.

—Una ciudad encantadora —observó, y resultó claro que decía lo que pensaba. Silva sonrió y le tocó de nuevo el antebrazo. «Menos mal que De Gier no está aquí», pensó el commissaris. «Es la clase de gesto que imitaría al instante». Pero no le molestaba. Aún seguía sintiéndose amigable.

—Lo llevo a un hotel cercano a mi oficina, en Punda, al otro lado del puerto. Podrá tomar un baño, descansar un poco y quizá comer alguna cosa. Nos encontraremos más tarde, si quiere, o mañana por la mañana.

El commissaris cerró la puerta del cuarto tras el sonriente y rollizo negro que había cargado su maleta y subido una bandeja con un gran vaso de zumo de naranja y una cafetera llena. El mundo era todo suyo hasta la mañana siguiente, cuando debía reunirse con Silva en la comisaría de policía. No hacía falta que se preocupara por el caso esa misma noche. De todas formas, iba a quedarse varios días en aquella isla misteriosa, que sería la culminación de

todos sus viajes imaginarios a través de los libros. Estaba —pensó mientras miraba por la ventana hacia el muelle iluminado por farolas, donde veía, por entre los coches que pasaban, las siluetas de las goletas atracadas en una ordenada fila— muy alejado de su rutina ordinaria. Aun preguntándose si la idea no sería excesivamente descabellada, se dijo que había muerto y vuelto a renacer. Aquella isla, aquella roca pelada, en palabras de Silva, aquella roca rodeada por un mar tropical, no admitía comparación alguna con el fértil humus cubierto y protegido por las bajas nubes grises que habían frustrado pero también resguardado su mente durante más de sesenta años. Mientras bebía el zumo de naranja, se sintió muy próximo al origen de todo lo que había confundido sus anhelos de saber, muy próximo al terrible secreto. Sonrió y se frotó las piernas, que seguían sin dolerle. Terrible, desde luego. El secreto de la vida, que jamás había resuelto, tenía que ser terrible. Pero no sentía ningún temor. El zumbido del potente acondicionador de aire que regulaba la temperatura del cuarto comenzó a irritarle, de modo que lo desconectó y abrió las ventanas. En el muelle ya no había tantos coches como antes, y las voces de los tripulantes de las goletas llegaban hasta el hotel. Voces resonantes que hablaban en español. Parecían estar disputando. «¡La vaina! ¡No joda, hombre! ¡Santa Purísima!». Obscenidades, sin duda, pero le gustaba su sonido. Las dos últimas palabras, pronunciadas por una voz aguda y entrecortada, debían de referirse a la Virgen. Un hombre, aturdido por el ron y por la fatiga de un día de trabajo en alta mar, invocaba a la madre. La madre de todos nosotros, asintió para sí el commissaris; también mi madre, madre del pantano, madre de la roca. Madre sagrada, que se cuida del marinero y de mí, la vieja comadreja que ha jurado atrapar al conejo asesino. Porque el asesino sería atrapado, de eso no le cabía la menor duda. María van Buren, la exquisita prostituta de Amsterdam, la víctima cuya muerte debía ser vengada. El orden había sido alterado, y el orden sería restaurado. No podemos consentir que nadie lance un puñal contra la espalda viviente de un conciudadano. Suspiró y

removió el café, palpándose mecánicamente los bolsillos en busca de su latita de cigarros. ¿Realmente le importaba? Quizá sí; quizás a alguna parte de su mente le importaba.

Las voces se apagaron y percibió el sonido de las suaves olitas que lamían la madera de las goletas. El suave oleaje que erosionaba los cimientos de la isla. En su país, el mar lamía sin cesar los diques, esperando pacientemente la llegada del día en que podría inundar las marismas y acabar con la vida de sus moradores, creando un nuevo espacio vital para sus propios habitantes; para los tiburones y las tortugas, para los delfines y los innumerables animalillos que se convertirían en los nuevos pobladores de Amsterdam, que cubrirían sus calles, sus edificios y sus puentes de conchas y de algas ondulantes, que entrarían y saldrían a placer por sus rotos ventanales.

Cerró de nuevo las ventanas, conectó el aire acondicionado y abrió el grifo de la bañera. Al poco rato se hallaba placenteramente sumergido, aspirando con satisfacción el humo de su cigarro. Y, cuando la ceremonia del baño hubo terminado y la colilla del cigarro quedó apagada en el cenicero, el commissaris se deslizó entre las sábanas, apagó la luz y suspiró, y antes de que concluyera el suspiro ya se había sumido en la nada, hundiéndose por un agujero en su conciencia, y había dejado de existir.

Tuvo la impresión de que despertaba en el mismo instante, pero habían transcurrido ocho horas, de modo que se afeitó, se vistió y salió de la habitación enfundado en un traje nuevo de shantung que su mujer le había comprado delante suyo y que pensaba estrenar durante sus próximas vacaciones en Francia, unas vacaciones varias veces pospuestas a causa de su vacilante salud.

Desayunó a solas, ingiriendo una abundante comida a base de tomates y huevos fritos con salchichas y bacon, y luego consultó su reloj. Aún disponía de varias horas antes de reunirse con Silva en la comisaría de policía. En el patio del hotel, el rollizo camarero del servicio de habitaciones jugaba con un perrito y le hablaba en papiamiento. Los muros del patio estaban cubiertos de enredaderas

con una amplia profusión de flores multicolores entre las que el commissaris reconoció a las buganvillas, que mezclaban el sutil violeta de sus pétalos con los chillones rojos y amarillos y los chispeantes azules de sus compañeras. Cruzó el muelle, contempló las goletas y se detuvo a examinar sus cargamentos de verduras, atractivamente expuestos bajo toldos de lona a rayas. Un indio se dirigió a él a gritos para recomendarle la calidad de sus coles.

—No, gracias —respondió el commissaris en inglés—. Me alojo en el hotel, ya me entiende. ¿De dónde es usted?

El indio señaló hacia el mar.

—De Colombia.

—Comprendo —asintió el commissaris con una inclinación de cabeza. El hombre le devolvió la sonrisa—. Tiene una embarcación muy hermosa.

—Espere —dijo el indio de repente, y corrió hacia el camarote. Regresó al poco con un paquete de cigarrillos, que entregó al commissaris—. Cigarrillos de mi país. Muy buenos. Tabaco negro con azúcar. Le gustan.

El commissaris cogió el paquete y le dio vueltas entre sus manos. Mostraba la cabeza de un indio, crudamente dibujada. El commissaris leyó la marca «Pielroja».

—¿Cuánto vale?

—No. Regalo. Para usted.

El commissaris se guardó el paquete en el bolsillo, estrechó la mano del indio y se alejó lentamente. Santa Purísima, pensó el commissaris, madre sagrada. Dos de tus hijos acaban de encontrarse. Cruzó el puente que unía las dos partes de Willemstad y, a su derecha, vio el puerto donde atracaban los blancos cruceros, los petroleros de las refinerías y los mugrientos cargueros de servicio irregular, tan a salvo como si estuvieran amarrados en un lago interior. Al otro lado se veían los escaparates de las tiendas. Era temprano, aún no habían dado las nueve, pero los comerciantes judíos ya habían abierto y estaban esperando a sus clientes, sudando tras los mostradores, con las axilas empapadas, o de pie

en la calle, delante de la puerta. El commissaris examinó un escaparate de alimentos en conserva. Todo parecía proceder de los Estados Unidos.

—Buenos días —le saludó el vendedor—. ¿Puedo servirle en algo? Tengo unas excelentes fresas al natural, y latas de nata holandesa. Su esposa quedará muy complacida si le lleva alguna.

—Mi esposa está en Holanda —explicó el commissaris—. Solo he venido a pasar unos días.

—Holanda —dijo el vendedor—. En Holanda hay fresas frescas. Mi sugerencia no ha estado muy acertada. ¿Qué talla usa su esposa? Tengo algunos vestidos de batik de Singapur.

El commissaris compró un vestido de batik. Era caro, y el vendedor le rebajó un diez por ciento aunque el commissaris no había dicho nada.

—¿De dónde es usted? —le preguntó al vendedor.

—De Polonia. Llegué durante la guerra.

—Antes de la guerra —le corrigió el commissaris—. Querrá usted decir antes de la guerra.

—No —insistió el vendedor—, durante la guerra. En 1941. Vine en un buque que tuvo que navegar durante mucho tiempo porque en ninguna parte nos querían. Todos éramos judíos. Al final, nos admitieron en Curaçao. Ya no nos quedaba combustible ni dinero, y no podíamos ir a ningún otro sitio.

El commissaris meneó la cabeza.

—¿Es feliz aquí?

El vendedor estaba envolviendo el vestido y tardó en responder.

—Sí. Soy feliz. Estoy vivo. Me gano la vida. ¿Y usted? —preguntó a continuación—. ¿A qué se dedica usted?

—Trabajo para el gobierno —contestó el commissaris.

—Eso es bueno —aprobó el vendedor—. Siempre es bueno trabajar para el gobierno y, por lo que he oído, Holanda tiene un buen gobierno. Doblemente bueno, pues. Es usted afortunado.

—Sí —admitió el commissaris, y se guardó el paquete bajo el brazo—. Gracias. Buenos días.

—Shalom —dijo el vendedor.

—Shalom significa «paz», ¿no es eso? —inquirió el commissaris.

—Paz —asintió el vendedor—. Paz para usted.

«Madre Santa», se dijo el commissaris, «no te pases. Si hoy vuelvo a encontrarme con otro de tus hijos, me echaré a llorar».

Pasó ante una iglesia y decidió entrar. Un sacerdote de raza negra estaba haciendo algo frente al altar. Una empalagosa estatua de María dominaba el pequeño recinto, con un vestido de yeso rosado, azul celeste y morado bajo una faz ridícula e inane.

«Así es cómo te vemos, Madre Santa», pensó el commissaris, y salió de la iglesia. Pero había permanecido cinco largos minutos en contemplación, y el sacerdote se había vuelto y había visto al anciano que miraba la estatua, vestido de shantung y con un paquete bajo el brazo, y se había persignado al reconocer una fe que él mismo sentía a menudo, y era un buen sacerdote a pesar de que se hubiera emborrachado la noche anterior y perdido parte de su menguado salario en una partida de póker.

Una mujer obesa abordó al commissaris en la calle.

—¿Números? —preguntó, agitando una libreta ante su rostro.

—No, gracias, señora —contestó el commissaris.

—¿No juega a los números? Así no tendrá suerte, macamba. Los números de hoy son buenos, ganará un montón de dinero y podrá irse a Campo a buscar una mujer hermosa como yo.

—¿Campo? —repitió el commissaris.

La mujer rompió en una franca carcajada.

—¿No conoce usted Campo Alegre, el barrio de las putas, el paraíso de Curaçao? ¿Cuánto tiempo lleva en la ciudad?

—Llegué ayer.

—Aún tiene tiempo —comentó la mujer.

Le dio un par de florines y juntos pensaron en un número y la mujer lo anotó en su libreta con un pequeño cacho de lápiz. El commissaris se descubrió y ella le dio un apretón en el antebrazo. La mano de la mujer obesa era robusta, y el apretón le dolió. «Todo

el mundo hace lo mismo», pensó él. «Pronto voy a tener el brazo lleno de moretones».

Siguió paseando lentamente, cargado con su paquete marrón, y se detuvo a tomar más café y zumo de naranja. Se fumó un cigarro sentado en una silla de mimbre en plena acera, frotándose las piernas que no le dolían, y se preguntó qué diría su mujer si le anunciara que se iban a vivir allí. Finalmente, se encontró de nuevo en el hotel, donde se desnudó, se duchó y volvió a vestirse.

—Buenos días —dijo Silva, tocándole el antebrazo con gentileza y dándole unas palmaditas en el hombro—. ¿Ha dormido usted bien? Es la primera vez que visita los trópicos, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el commissaris—. He dormido muy bien. Incluso he salido a dar un paseo esta mañana.

—Debe de resultar muy interesante ver la isla por vez primera. ¿Qué ha estado haciendo?

El commissaris le narró algunas de sus aventuras y Silva le escuchó con una sonrisa, animándolo a continuar.

—Lo ha hecho muy bien —dijo al fin—, y el indio le ha regalado un paquete de cigarrillos. Asombroso. Solo vienen aquí para estafarnos con sus verduras, que nos venden a precios escandalosos porque saben que no podemos comprarlas en ninguna otra parte, y luego se van a su casa riéndose de nosotros. Pero uno de ellos le ha hecho un regalo. Permítame ver los cigarrillos, por favor.

El commissaris le entregó el paquete y Silva lo sostuvo en la palma de su mano.

—«Pielroja» —observó—, unos cigarrillos excelentes. A menudo les digo a los comerciantes que deberían tenerlos en stock, pero prefieren importar esas marcas norteamericanas que saben todas igual.

—Puede quedárselo. Yo solo fumo cigarros.

—No —rehusó Silva, devolviéndole el paquete—. Debe usted llevárselo a casa para enseñarlo a sus amigos. Yo voy de vez en cuando a Colombia y los compro allí. Pero es usted muy amable. Se lo agradezco. Ahora —prosiguió Silva—, querrá usted hablar de María van Buren, antes llamada María de Sousa y actualmente muerta.

—Sí.

—Me alegro de que haya venido —comentó Silva—. Resulta difícil hablar con la gente por teléfono, especialmente cuando uno no sabe con quién está hablando. Esta islita nuestra es un laberinto, y ¿cómo puede explicarse un laberinto cuando se habla ante un pedazo de plástico?

—Es difícil —reconoció el commissaris.

—Pero ahora está usted aquí y puedo verle la cara. Ahora es más fácil.

—Hábleme de ella, se lo ruego —le urgió el commissaris.

—Sí —dijo el inspector jefe Silva—. Le contaré todo lo que sé. Hay cosas que las he averiguado hace poco y hay cosas que las he sabido desde hace tiempo, pero aun sumándolo todo puede que no signifique nada.

El commissaris se estremeció y Silva manifestó de inmediato su preocupación.

—No se habrá resfriado, ¿verdad? Es este maldito aire acondicionado. Es un alivio, desde luego, pero no deja de ser también un peligro. No estamos en la mejor temporada y afuera el calor llega a ser agobiante, pero aquí en la oficina hace demasiado frío. Bajaré un poco la potencia.

—No, no —se apresuró a protestar el commissaris—. Me encuentro perfectamente; mejor, en realidad, de lo que me he encontrado desde hace tiempo. Aunque es probable que me haya estremecido por el cambio de temperatura, en efecto.

—Muy bien. María de Sousa. Pero la cosa es complicada. ¿Cómo podría empezar a explicarle lo que ocurre aquí en la isla? La llamamos «isla», es una palabra española. Aquí se cruzan y entrecruzan tantas influencias que el clima, el clima mental quiero decir, posee un peculiar carácter propio. Un carácter muy extraño.

Hizo una pausa, y el commissaris esperó.

—Para empezar, todo el mundo conoce a todo el mundo. Yo conozco personalmente a María, pero aunque nadie nos hubiera presentado, aunque no hubiéramos asistido a las mismas fiestas ni

nos hubiésemos encontrado en la playa, igualmente la conocería de nombre. Y ella habría oído hablar de mí. Si le hubiera mencionado mi nombre, en Amsterdam, ella habría podido contarle una larga historia sobre mi vida, probablemente cierta en lo fundamental aunque algunos de los detalles resultaran muy exagerados. Aquí tenemos tendencia a la exageración.

—Sí —dijo el commissaris.

—María proviene de una buena familia. Su padre se dedica a los negocios, negocios legales. Es propietario de una firma mayorista. También se dedica al contrabando, pero aquí el contrabando no es ilegal, siempre y cuando no se trate de armas ni de drogas. Los colombianos traen mucho café sin pagar tasas de aduana, y nosotros estampamos en los sacos «Producto de Curaçao». Aquí no se cultiva café, por supuesto. Aquí no crece nada, excepto espinos, cactus y alguna que otra higuera en las viejas plantaciones donde hace muchos años que no se labra la tierra. El café de Curaçao se vende a precios muy competitivos, pero aun así los comerciantes obtienen un beneficio porque pueden ofrecerlo más barato que el café legalmente exportado del continente sudamericano. Los contrabandistas que traen el café también salen ganando, porque no pagan impuestos y el precio que nosotros les damos es más elevado que el que les ofrecen sus propios gobiernos. Pero nuestros comerciantes son muy astutos: no les pagan en dinero, sino en especies; en *whisky* y cigarrillos que los contrabandistas se llevan con ellos al regresar a su país.

—Ambas partes obtienen un beneficio —observó el commissaris — y no se quebranta ninguna ley local.

—Exactamente. Algunos de los comerciantes llegan a hacerse riquísimos.

—¿Tiene muchos hijos el anciano señor De Sousa?
Silva sonrió.

—Su esposa le ha dado tres hijas.

—¿Tiene otros hijos?

—Sí —respondió Silva—. Hay otros. Un comerciante rico siempre tiene amantes. Algunas de ellas viven en chozas de adobe en el cunucu, y otras viven en Miami en apartamentos de lujo.

—Continúe, por favor —le invitó el commissaris—. Lamento haberle interrumpido.

—Las hijas del señor De Sousa son muy hermosas y les resultó fácil encontrar maridos, maridos aceptables para el anciano. María fue la última en casarse, y se casó con un ingeniero, un auténtico holandés que durante uno o dos años se esforzó por fundar una pequeña fábrica en la isla hasta que al final se rindió. Tenía problemas laborales, es posible que nuestra mano de obra no sea muy eficiente, y aquí se pueden importar productos textiles de cualquier país del mundo. Los accionistas de la empresa para la que trabajaba le dijeron que lo dejara correr. El señor De Sousa no quedó muy complacido con el fracaso, pero no pudo hacer nada. María y su esposo se fueron a Holanda. Luego se divorció de él y no volvió a casarse. Nos llegaron algunos rumores. Al parecer llevaba una vida inmoral, pero como la llevaba muy lejos de aquí, a nadie le preocupaba. Solía venir un par de veces al año, y su padre acudía a esperarla al aeropuerto y la llevaba a casa. Su padre sí que se preocupaba. Apenas le dirigía la palabra. Al cabo de algún tiempo, dejó de ir a esperarla al aeropuerto. Hubo una pelea, él la llamó puta y dejó de acogerla en su casa, pero ella siguió viniendo. Se hospedaba en el mismo hotel en que se aloja usted ahora.

El commissaris se estremeció de nuevo y Silva abandonó su silla de un salto.

—Un momento —se excusó—. Le traeré un té muy caliente con un chorrito de ron y unas gotas de zumo de limón.

Silva permaneció unos minutos fuera del despacho, mientras el commissaris disfrutaba del panorama del puerto. Un sucio mercante de bandera venezolana estaba amarrado prácticamente bajo la ventana, separado de la comisaría solo por la anchura del muelle. Un viejo con una barba amarillenta y una raída gorra alzó la mirada desde el puente. Cuando vio al commissaris, le gritó algo y blandió

el puño; acto seguido, desapareció en la cabina y casi inmediatamente la chimenea del buque escupió una densa nube de humo y carbonilla que se esparció poco a poco hasta oscurecer la vista desde la ventana.

—Aquí está el té —anunció Silva.

—Alguien me ha amenazado con el puño —comentó el commissaris—. Un anciano de barba amarilla.

Silva se echó a reír y miró por la ventana.

—El viejo cabrón ha vuelto a las andadas. Probablemente ha creído que era yo el que estaba ante la ventana. Lo detuve una vez; estaba alborotando en un bar de postín y le hice arrestar. El tipo rompió una botella en la cabeza del sargento, conque tuvo que pasarse una temporada encerrado. Desde entonces, siempre procura atracar justo enfrente de la comisaría para asfixiarnos con sus humos, pero tenemos aire acondicionado y no nos importa. Cuando no está borracho, es un tipo muy agradable.

—¿No le molesta el hollín?

—No —dijo Silva—. El hombre es feliz así. A veces, me planto delante de su barco y le amenazo yo con mi puño.

El commissaris sorbió un poco de té y se rio entre dientes.

—¿Le ha gustado la historia? —quiso saber Silva.

—Sí. Muchísimo.

—Bien. De modo que María siguió volviendo a la isla a pesar de que ya no era bien recibida en la casa de sus padres. Yo entendía la actitud de su padre. Las mujeres que se van de la isla se vuelven más libres y nos parece que sientan un mal ejemplo para las que se quedan. Aquí, una mujer o es respetable o es una puta. Las madres son veneradas y los padres hacen lo que les da la gana. Al divorciarse de su marido, María se convirtió en objeto de críticas. Y no volvió a casarse, lo cual empeoró la situación. Era una mujer hermosa y educada, conque ¿por qué no se casaba otra vez?

—Sí —dijo el commissaris.

—Pensé que quizá tuviera un amante por aquí, pero parece ser que no lo tenía. Estuve indagando en el hotel y me aseguraron que

jamás compartió su habitación con nadie. No lo habrían consentido, supongo. No es esa clase de hotel; ahí se alojan huéspedes importantes, como usted mismo.

—Gracias —contestó el commissaris.

Silva le dirigió una radiante sonrisa.

—¿Le ha gustado el té?

—Mucho.

—¿Quiere otro?

—Si no es molestia.

Cuando Silva abandonó el despacho, el commissaris se acercó de nuevo a la ventana y vio al capitán de la barba chillona paseando por su puente. Le saludó con la mano. El capitán corrió a su cabina y el commissaris se preparó a recibir otra descarga de hollín, pero el hombre regresó con unos gemelos. Dos grandes ojos de cristal se clavaron en el commissaris, que permaneció a la expectativa. El capitán bajó los gemelos y movió torpemente la mano, que, cuando apareció Silva en la ventana junto al commissaris, se convirtió de inmediato en un puño.

—Dejémosle un rato en paz —sugirió Silva—. Al pobre le dará un ataque al corazón o algo así. El año pasado entró corriendo en la comisaría, gritando que le perseguían todos los cangrejos de la isla con sus malignas y cortantes pinzas.

—Pobre hombre —musitó el commissaris, y volvió a tomar asiento.

—Oh, no se apiade de él. Es bastante viejo y ha llevado una buena vida en el Caribe. Se niega a reconocer que ya es viejo; por eso se tiñe la barba. Me gusta. Lo lamentaré cuando falte. También María le conocía. Alguna vez les vi hablando juntos. Seguramente le ofrecería un viaje gratis en su barco, pero no creo que ella llegara jamás a poner un pie en él. Su tripulación es una banda de locos.

—Con que María no tenía ningún amante.

—No aquí. Cuando supe que iba usted a venir, avisé a mis detectives, y supongo que ellos avisarían a todos sus contactos en la isla. La información que me proporcionaron parece concordar.

María tenía dos motivos para seguir viniendo a la isla: la añoranza y sus relaciones con Shon Wancho.

—Ah —dijo el commissaris.

—No es lo que usted piensa. Shon Wancho es viejo, de unos setenta años quizá, y es negro. Tampoco María es completamente blanca. Aquí, casi nadie lo es. Yo mismo no soy del todo blanco.

—¿No? —se extrañó el commissaris.

—Tengo aspecto de blanco, ya lo sé, pero mi cabello es un poco demasiado crespo. Mi hermana es mucho más oscura que yo. Todo depende de las leyes de Mendel y de cómo se combinan los cromosomas. María es más oscura que sus hermanas. Shon Wancho es negro como el carbón. Es un hombre importante, un temido y respetado personaje local. Por eso no le llaman Wancho, sino Shon Wancho, un título de respeto, como el Don en español.

—Es un hechicero —afirmó el commissaris.

Silva golpeó su escritorio con cierta violencia.

—¿Lo sabía?

El commissaris no contestó, pero sacó un objeto envuelto en un pañuelo de papel. Deshizo cuidadosamente el envoltorio y depositó su contenido sobre la mesa de Silva.

—¿Sabe qué es esto?

Silva se puso unas gafas y examinó las raíces de mandrágora.

—No, nunca había visto nada parecido. Son raíces, eso está claro, y tienen un aspecto maligno. Es asombroso, ¿verdad?, lo mucho que se parecen a unos minúsculos hombrecitos. Esa ramita de ahí es muy parecida a un pene, y las piernas están perfectamente formadas, y tienen brazos y cabeza. ¡Y esos cuerpos velludos! Incluso tienen pelo en la cabeza, y esos puntos más oscuros son como ojos.

Se persignó.

—Sí —asintió el commissaris—, a mí también me asustan. Las encontramos en la casa flotante de María van Buren. También encontramos plantas, plantas de brujería. Las cultivaba en macetas,

en los alféizares de sus ventanas. Las raíces son de mandrágora, y se dice que tienen un gran poder.

—De modo que la tenía por sospechosa de hechicería.

—Eso no es ningún delito —objetó el commissaris—, o sea que no podíamos tenerla por sospechosa. La magia negra sigue practicándose y ya hemos tropezado con ella antes: figuritas con agujas clavadas, gente que recoge las uñas y el pelo que otra gente se ha cortado. Quizá sea más frecuente aquí, pero puede que en Europa vuelva a ponerse en boga. Los *hippies* parecen fascinados por ella, y el culto de las drogas, al parecer, está relacionado con la magia negra.

—¿Y estas son raíces de mandrágora? Nunca había oído hablar de la mandrágora.

El commissaris le contó a Silva lo que sabía de esta planta y Silva escuchó con atención.

—Es grotesco. Y estaba usted en lo cierto: Shon Wancho es un hechicero. Vive él solo en una choza de adobe en el extremo norte de la isla, cerca de Westpoint. No sale de allí casi nunca, pero la gente va a verle.

—¿Lo conoce usted? —inquirió el commissaris.

—Sí. No es que le conozca bien, pero he hablado con él. Hace algún tiempo hubo una muerte y fui a su choza para preguntarle si había visto algo. Resultó que no tenía ninguna relación con el caso. Fue una riña de borrachos, y el homicida se presentó voluntariamente al día siguiente.

—¿Y qué opinión se formó del señor Wancho?

Silva se pasó una mano por la cara.

—Me gustó. Sí, de veras me gustó. Tiene una cara hermosa, muy serena y pacífica. A decir verdad, quedé sumamente impresionado y muchas veces he vuelto a pensar en él.

—¿No cree que sea un hombre malvado?

—No. En absoluto. Me dio la impresión de ser una persona que se conoce a sí misma, y por consiguiente conoce a los demás. Creo

que Sócrates dijo algo así. La mayor hazaña consiste en conocerse a uno mismo. Yo diría que Shon Wancho es un sabio.

—¿Y María iba a visitarlo?

—Así es, según mis informes. Cada vez que venía a la isla, alquilaba un automóvil y todos los días iba hasta su choza. Salía del hotel después de desayunar y regresaba antes del anochecer. Pero no sé qué iba a hacer allí. Eso solo lo sabe Shon Wancho. Su vivienda está cerca del mar, oculta tras unos acantilados, y no creo que nadie se atreviera a espiar al viejo.

—Hmmm —musitó el commissaris—. Tendré que acercarme hasta allí.

—Quizá sea conveniente.

—Y tendré que ir a ver a su padre. Supongo que ya estará enterado de que ha muerto.

—Nosotros se lo dijimos —le aseguró Silva.

—¿Sabe que fue asesinada?

—Lo sabe. Quedó muy afectado, aunque intentó disimularlo.

—Tendré que alquilar un coche.

—No —protestó Silva—. Le proporcionaré un coche de la policía y un chófer.

—Preferiría un mapa de la isla. Veré más cosas si debo orientarme yo solo.

—Como guste —asintió Silva—. Bajaré al garaje con usted y le daremos un coche sin distintivos.

12

GRIJPSTRA SE HABÍA REÍDO MUCHO en la estación central de Amsterdam, cuando vio a De Gier enfundado en un grueso chaquetón azul marino y provisto de un estuche de binoculares que oscilaba al extremo de su correa de cuero, pero en aquellos momentos envidiaba al sargento, que se erguía junto a la borda del *ferry*, bien calentito bajo su carga de ropas, mientras Grijpstra sentía filtrarse el cortante viento a través de su impermeable y tenía que sujetarse constantemente el sombrero.

—Es magnífico —comentó De Gier, que estaba asomado contemplando el mar. Las olas eran pequeñas, agitadas y grises, reflejando los densos nubarrones que las cubrían.

—¿Qué? —preguntó Grijpstra.

—El mar —respondió De Gier—, y el cielo, y la isla que se ve por allí.

Schiermonnikoog se mostraba ya como una línea verde oscuro en el horizonte. Los diques cubiertos de hierba, una barrera artificial que protegía los ricos pastos del sur de la isla, interrumpieron el vasto espacio líquido del poco profundo mar de Wadden, por el que navegaban. Por encima y por detrás del buque flotaban sin esfuerzo las gaviotas, manteniendo el equilibrio con leves movimientos de la punta de sus alas.

—Hace frío —protestó Grijpstra—. En la ciudad, la primavera es más cálida.

—Pero no estamos en la ciudad; estamos aquí. Mira los pájaros. Vamos a ver muchos pájaros en la isla, es un paraíso para las aves.

—Ya lo sé —gruñó Grijpstra—. Ya he estado aquí antes. Pero entonces hacía más calor, porque era a finales de julio. Fui de acampada con los niños.

Su voz había sido áspera. De Gier dejó de contemplar el mar.

—¿No te gustó?

—Los chicos se lo pasaron muy bien.

—¿Te gustó a ti?

—No.

—¿Por qué no?

—Demasiado lleno. Había tantas tiendas y casetas de playa y gente con carritos y bicicletas que llegué a pensar que la maldita isla se hundiría. Todo estaba lleno; en los restaurantes te hacían esperar media hora antes de servirte. Y arena, arena por todas partes. Tuvimos un horrible ventarrón casi todo el tiempo y estuvimos a punto de perder la tienda: los vientos se rompieron y se nos iba volando hacia el mar. Me entraba arena en la nariz. Tenía que estar limpiándomela constantemente.

—Ahora no habrá problema; las vacaciones todavía no han empezado.

Grijpstra contempló con suspicacia la franja de tierra cada vez más próxima. Había comenzado a llover.

—No tienes aspecto de ir a observar los pájaros —comentó De Gier—. Más bien tienes aspecto de policía. ¿No llevas ninguna gorra en la maleta? Aquí nadie usa sombrero.

—No —respondió Grijpstra con expresión culpable—, pero me guardaré el sombrero en la bolsa. De todos modos, tengo que sujetarlo todo el tiempo para que no salga volando. Y puede que encuentre un chaquetón como el tuyo en alguna tienda.

—Creía que mi chaquetón de tres cuartos era ridículo. En el tren no has dejado de hacer comentarios sarcásticos a costa suya.

—Parece ridículo, pero había olvidado que íbamos a ser observadores de pájaros.

—No importa —dijo De Gier con aire magnánimo—. ¿Sabes algo sobre pájaros?

—Gaviotas.

—Ya es algo. ¿Qué más?

—Cisnes.

—No encontraremos ninguno.

—Gorriones —añadió Grijpstra con impaciencia—. ¿Y qué más da? Si tropezamos con algún experto, no dejará de lucir sus conocimientos y me bastará con decir que tiene razón. ¿Sabes tú algo sobre pájaros?

—Claro —contestó De Gier—. Incluso tengo un libro sobre aves. Anoche estuve estudiándolo. Ostreros de pico rojo, y negretas, dos clases de negretas, con una mancha blanca en la cabeza y con una mancha roja en la cabeza, y ánsares, y...

—Sí —dijo Grijpstra en voz bien alta.

—¿Sí, qué?

—Ya lo sé. No trates de impresionarme. Ya sé qué son los ánsares. Un ánsar no es más que uno de esos estúpidos patos de Amsterdam que flotan en los canales. Cada día veo cien ánsares, doscientos ánsares, trescientos...

Su voz era cada vez más fuerte.

—De acuerdo —asintió De Gier—. Sabes qué es un ánsar. Pero ¿sabes qué es un cormorán?

—No me importa —replicó Grijpstra, y estornudó.

—Aún sigues resfriado.

—No me importa el resfriado.

De Gier estudió el rostro de su amigo. Grijpstra no tenía buen aspecto. La piel de su cara parecía haber perdido toda la elasticidad; y los ojos, ligeramente hundidos en sus cuencas.

—Espera —dijo De Gier, y se metió en el salón de pasajeros. Al poco tiempo regresó con dos vasos de papel llenos de caliente y espumoso café y cuatro gruesas salchichas envueltas en una piel de plástico.

—Toma un poco de café —le invitó, ofreciéndole uno de los vasos con gran cuidado—. Atento, que está quemando. No has desayunado. Deberías haber tomado algo en el tren.

Grijpstra contempló el café que daba vueltas en el vaso de papel. En su superficie se habían formado pequeñas burbujas que giraban describiendo círculos irregulares.

De Gier engulló su café de un sorbo y extrajo una salchicha del bolsillo.

—Estas salchichas son buenas —comentó—. He traído dos para ti, pero antes has de tomarte el café.

Comenzó a arrancar la piel de plástico que recubría el compacto cilindro de grasosa carne.

Grijpstra miró la salchicha, arrojó el café por la borda y se inclinó sobre la barandilla. El viento le arrebató el sombrero, pero esta vez ni siquiera trató de sujetarlo.

De Gier contempló tristemente su salchicha. Abrió la mano y la dejó caer al agua. Se hundió. Vio el sombrero de Grijpstra danzando sobre las vigorosas olas cubiertas de blanca espuma.

—Ahí va tu sombrero —observó De Gier—. Y has vomitado encima de mi salchicha.

Grijpstra vomitó de nuevo y De Gier se apartó hasta el otro costado del buque, donde consumió las tres salchichas restantes. El *ferry* se acercaba ya a la embocadura del pequeño puerto de Schiermonnikoog, y De Gier recogió su maleta y la de Grijpstra. Ambos se reunieron de nuevo en la pasarela.

—¿Estás mejor?

Grijpstra asintió y apoyó su pie derecho en el firme suelo de la isla.

—Lo has conseguido —dijo De Gier.

Grijpstra se volvió y echó lentamente hacia atrás su robusto brazo derecho. Su gruesa mano se cerró para formar un puño y su vista se fijó en el mentón de De Gier.

—Lo siento —añadió De Gier—. No he comprado las salchichas para que te marearas. Creía sinceramente que debías de tener

hambre.

—No me he mareado. Solo estaba un poco indispuesto.

—No se ha mareado —le dijo De Gier a un hombre que caminaba a su lado—. Solo ha vomitado un poco.

—Eso puede pasarle al mejor de nosotros —replicó el hombre—, pero siempre ha de haber alguien dispuesto a burlarse de los demás. En cuanto ven que alguien tiene un problema, se echan a reír. Hoy en día se encuentra gente muy desagradable.

—Tienes un amigo —le anunció De Gier a Grijpstra.

No se dijeron nada más hasta que el autobús que los había recogido los dejó en el centro de la población y el conductor les indicó cómo llegar a un hotel.

Tomaron una habitación doble y Grijpstra abrió de inmediato la maleta y comenzó a hurgar en su interior. Se puso unos gruesos pantalones de pana y un pesado jersey de obrero. Sus pies se hundieron en un viejo par de botas. Encontró una bufanda y se la envolvió en torno al cuello.

—Ya está —anunció.

—Así vas mucho mejor —asintió De Gier—, pero te hará falta un chaquetón.

—Sal tú y cómprame alguna cosa.

—Podría equivocarme.

—No —insistió Grijpstra—. Se supone que eres un hombre de gusto. Sabes qué talla gasto. Yo bajaré a jugar al billar y telefonearé al brigada de la policía estatal. Vendrá a jugar conmigo y podremos hablar y hacer algunos planes. Por la tarde, empezaremos a husmear por la isla. Quiero ver la casa de IJsbrand Drachtsma y hablar con gente que le conozca. Más adelante, nos daremos a conocer. Quizá le inquiete saber que estamos investigando por aquí.

—Muy bien —dijo De Gier, y salió a la calle. Encontró tres tiendas en las que vendían ropa, pero en ninguna de ellas tenían chaquetones de tres cuartos. Finalmente, compró una chaqueta

impermeable de color amarillo con unos inmensos pantalones a juego y un sueste, todo ello del mismo género. El vendedor le prometió que se lo cambiaría por cualquier otra cosa si el cliente no quedaba satisfecho. Al regreso, encontró a Grijpstra en el bar del hotel, un salón de techo bajo, cargado de humo, donde su amigo jugaba al billar en compañía de un individuo de aspecto fornido enfundado en un traje azul con los codos raídos, camisa blanca y corbata.

—Brigada Buisman —se presentó el individuo fornido—. Mucho gusto en conocerle, sargento. Cuando Grijpstra estuvo de vacaciones por aquí me contó muchas cosas de usted.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas buenas —dijo Grijpstra—. Puedes jugar con nosotros si nos prometes que no vas a rasgar el tapete, y debes darle yeso al taco antes de cada jugada.

—De acuerdo —asintió De Gier—. ¿Me toca ya?

—Adelante.

De Gier estudió la posición de las dos bolas blancas y la solitaria bola roja.

—¿Cuál es la mía?

—La que tienes más cerca.

Era una jugada fácil y los dos brigadas suponían que De Gier la estropearía. De Gier untó con tiza la punta del taco y su bola salió disparada, golpeando a la roja en un lado y a la blanca de pleno. Un tiro poco elegante, pero marcó un punto.

Buisman miró a Grijpstra.

—Muy bien —aprobó Grijpstra—, pero la próxima vas a fallarla.

Las bolas habían quedado muy separadas y De Gier comenzó a usar de nuevo la tiza. Tendría que calcular el ángulo adecuado y utilizar las bandas de la mesa. Trató de recordar lo que había aprendido en la academia de policía, donde uno de sus amigos le obligaba a jugar al billar so pena de no invitarle a cerveza. De Gier se había visto en la necesidad de jugar con más frecuencia de la

que hubiera deseado, pues su amigo recibía una generosa asignación de su familia.

Jugó y ganó otro punto. Buisman demostró su aprobación golpeando el suelo con el extremo de su taco, y pidió tres vasos de jenever bien fría. De Gier consiguió un tercer punto, y un cuarto, y Grijpstra empezaba a sudar cuando por fin falló.

—No ha estado mal —reconoció Grijpstra—. Creía que detestabas todos los deportes menos el judo.

—Bueno —respondió De Gier con aire modesto—, todo es cuestión de concentración, ¿no? —Pero no habría debido decirlo: después de eso, solo consiguió los tiros más fáciles, y Grijpstra le dio unas palmaditas en el hombro.

—La suerte del principiante, muchacho.

El brigada Buisman meneó la cabeza.

—No sé —comentó—. El sargento ha jugado bien; le falta práctica, eso es todo. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—No mucho —contestó Grijpstra, y le explicó el motivo de su visita.

—IJsbrand Drachtsma —dijo el brigada con voz queda—. Esta sí que... Le conozco bien, ya lo sabes. He salido a navegar en su yate y a veces él viene aquí a jugar al billar y ha estado con nosotros en la lancha de la policía. Aquí en la isla es un personaje importante. Podría ser el alcalde si quisiera, pero tiene otras cosas que hacer. ¿Y vosotros creéis que ha tenido algo que ver con vuestra señora asesinada?

—Era su amante —adujo De Gier.

—Sí, sí —asintió el brigada—. En Amsterdam debía de ir tras las faldas, por supuesto; allí es otro mundo. Aquí sale a pasear por la playa y se sienta delante del fuego con su esposa. Ella hace calceta. Tengo una bufanda que me tejó ella. Su chimenea es espléndida; he estado muchas veces en su casa.

Permaneció unos instantes en silencio.

—Pero ¿no me has dicho que tiene una coartada? —le preguntó a Grijpstra.

—Sí.

—¿Por qué os tomáis tanta molestia, entonces?

Grijpstra se lo explicó.

El brigada volvió a menear la cabeza.

—No tenéis ninguna prueba. Ni una brizna de prueba, pero sospecháis de él. ¡Dios Todopoderoso! ¿De veras creéis que le pagó a alguien para que liquidara a una mujer hermosa?

—Cabe la posibilidad de que lo hiciera.

—Sí, claro, y también cabe la posibilidad de que no lo hiciera. Vosotros sois detectives y debéis saberlo mejor. Yo no sé nada, nunca hemos tenido un asesinato en la isla, ni siquiera en la temporada de los turistas, y cada año vienen más. Pululan por toda la isla como ratas sobre un cadáver. Si no se lo impedimos, un día se llevarán toda la arena dentro de sus zapatos. Pero nunca ha habido ningún crimen. Vagabundean por todas partes como lunáticos. Cuando hay luna llena, son peores que nunca. Les organizamos juegos, paseos, competiciones y cosas así. Debemos tenerlos ocupados en algo.

De Gier sonreía abiertamente.

—Sí, tú te ríes, pero antes esta isla era un lugar tranquilo y encantador, una hermosa isla llena de pájaros y de focas. Todavía los hay, pero a costa de grandes esfuerzos. Tenemos que poner cercas y carteles, y patrullar las reservas durante la noche. La gente no lleva mala intención y, cuando se les dicen las cosas con educación, son bastante dóciles, pero si no los vigiláramos a todas horas acabarían pisoteando el último huevo y arrancando la última flor, y entonces mirarían a su alrededor y se preguntarían por qué está tan pelada la isla.

—Sí —asintió De Gier—, ya lo sé. Amsterdam también se nos llena de turistas todos los veranos.

—Pero no pueden arrancar los edificios. ¿No tenéis ningún otro sospechoso que no pueda presentar una coartada?

—Los tenemos —respondió Grijpstra, y procedió a exponerle la situación, pero el brigada siguió meneando la cabeza.

—Ya veo qué quieres decir —comentó al fin—. Nuestro IJsbrand es un hombre poderoso, y podría ser implacable si alguien fuera contra él. Dicen que durante la guerra se portó como un héroe, que llegó hasta Inglaterra a remo y regresó combatiendo, y seguro que en los negocios debe de ser duro como el hierro, pero aquí es completamente distinto, muy suave y relajado. Su padre nació en la isla y me parece que considera a Schiermonnikoog como su verdadero hogar. Suele pasar aquí los fines de semana en vez de irse al extranjero, como hacen otros. Cuando esto se llena demasiado, sale en su yate, y tiene un jardín enorme con un muro de piedra alrededor.

—Su coartada no acaba de convencernos —dijo De Gier—. Solo tenemos la palabra de dos hombres de negocios alemanes, y el commissaris habló con ellos por teléfono.

—La guerra terminó hace tiempo —observó el brigada.

—Desde luego.

—Hoy en día podemos fiarnos de los alemanes.

—Desde luego.

—¿Cuándo decís que asesinaron a la señora?

—El sábado de la semana pasada.

—Hoy es domingo —dijo el brigada—. IJsbrand estará en su casa. El último fin de semana también estuvo aquí, lo recuerdo porque le vi en el pueblo por la tarde, después de que saliera el último *ferry*. Es imposible que estuviera en Amsterdam aquella noche. No hay forma de salir de la isla, ni aeropuerto ni nada.

—¿Y su yate? —sugirió Grijpstra—. Debe de ser un yate veloz, capaz de llegar a la costa tan de prisa como el *ferry*, y desde allí un coche rápido podría llevarle a Amsterdam en cuestión de un par de horas. Y él tiene un coche rápido, un Citroën. Habría podido estar de vuelta esa misma noche.

—Sí —reconoció el brigada—, pero me parece que el yate no se movió de aquí. Tendré que preguntárselo a mi colega, que salió con la lancha. Recuerdo que fue una noche muy agradable, y muchas veces sale a navegar solo por divertirse. Claro que Drachtsma

habría podido utilizar otra embarcación. En el puerto hay muchas, y cualquiera le prestaría la suya si él se lo pidiese.

—Quizá no la pidió —apuntó De Gier—. Si conoce las embarcaciones, quizá tomó una sin que su propietario llegara a saberlo.

El brigada Buisman reflexionó unos instantes.

—Es posible. Pero esos alemanes dicen que pasaron la velada en su casa y que él estaba con ellos. Vuestro commissaris tiene sus nombres y sus direcciones, y probablemente ya habrá pedido a la policía alemana que verifique su declaración. Según me han dicho, hoy en día las relaciones con las policías extranjeras son muy buenas.

—Sí —asintió Grijpstra.

Buisman pidió otra ronda y permanecieron un rato bebiendo, chasqueando los labios y mirándose el uno al otro.

—Suponiendo que hubiera enviado a alguien para que hiciese el trabajo por él, ¿cómo pensáis demostrarlo? Tendrías que encontrar a ese alguien, ¿no es eso?

—Podría ser alguien de la isla, quizás un viejo amigo del tiempo de la guerra, alguien que necesitara una buena suma de dinero o que sintiera una gran admiración por él.

—¡Ah! —exclamó Buisman—. ¡El puñal! Era un cuchillo de combate, un puñal militar, y el asesino lo lanzó. Podría averiguar quién sabe lanzar un cuchillo; ahora mismo, no sabría decirlo. Los guardas de las reservas llevan cuchillos, pero no los lanzan, y nosotros también llevamos cuchillos. Salimos al mar con frecuencia, y un cuchillo siempre resulta útil a bordo.

—¿«Nosotros, los policías», quieres decir? —inquirió De Gier.

—No. —Buisman sonrió—. «Nosotros, los que navegamos». Tengo un velero propio, ¿sabéis?

—Tal vez valdría la pena que lo averiguaras —intervino Grijpstra—. Reconozco que no tenemos nada concreto en que basarnos. Quizá solo estamos aquí porque el commissaris se ha ido a Curaçao y no sabemos qué otra cosa podemos hacer. No tardará en

regresar, y seguramente nos dirá que volvamos a Amsterdam en cuanto vea la nota que dejamos sobre su escritorio.

—Eso está mejor —dijo el brigada—. Podéis convertir vuestra visita en unas breves vacaciones. Veré si logro encontrar por ahí algún lanzador de cuchillos, y entre tanto vosotros descansáis y os dais algún paseo. Habéis venido como observadores de pájaros, y esta es la mejor época del año para eso. ¿Qué tal si os acostáis temprano y paso a buscaros mañana a primera hora? Estamos en pleno período de celo y podré mostraros espectáculos maravillosos, espectáculos que jamás veréis en la ciudad. ¿Qué os parece?

El rostro de Buisman era todo sonrisas y a Grijpstra le faltó valor para rehusar su ofrecimiento, aunque lo intentó.

—A mi amigo le interesan mucho los pájaros. Cuando veníamos en el *ferry*, no ha dejado de hablar de ellos. ¿Por qué no salís los dos juntos y nos reunimos mañana por la tarde? Yo estoy un poco resfriado.

—No —se apresuró a protestar De Gier—. Tú también vienes. Puede que veamos algunos ánsares.

—Sí, tú también has de venir —insistió Buisman, poniéndose en pie—. Puedes ver ánsares en cualquier parte, pero aquí te mostraré seis o siete clases distintas de patos, y hay algunas especies de pájaros que quiero que veas, pájaros verdaderamente raros. Hasta mañana, entonces.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó Grijpstra, haciendo todo lo posible por poner algún entusiasmo en su voz.

—Temprano —respondió Buisman—. Tenemos que salir temprano o no veremos nada. Estaré aquí a las tres y media en punto; os esperaré en la calle. Llevad ropa de abrigo. ¿Tenéis unos gemelos?

De Gier asintió.

—¿Y tú, Grijpstra?

—No —contestó Grijpstra—. Yo no tengo gemelos.

—No importa. Te prestaré unos de la policía. Son pesados, pero mucho mejores que los míos. Tendrás que ir con mucho cuidado,

porque valen una fortuna. Ya veréis qué bien nos lo vamos a pasar.

—¡Mierda! —exclamó Grijpstra en cuanto se hubo cerrado la puerta a espaldas del brigada—. Mierda, mierda y mierda. ¿Porqué has tenido que meterme a mí en el asunto? Ya me hiciste marear en el barco, pelando tu asquerosa salchicha como si fuera una polla de mono hervida, y ahora quieres hacerme chapotear por el barro en mitad de la noche para ver revolotear un montón de pájaros asquerosos. Una broma es una broma, pero esto ya es ridículo. A veces te pasas, ¿sabes?

Tenía el rostro congestionado y golpeaba la mesa con el puño.

—¿Te has creído que a mí me gusta? —replicó De Gier, con la cara igual de encendida—. ¿Quién le ha dicho al brigada que a mí me gustaban los pájaros? Ya sabes que en el *ferry* solo estaba bromeando. ¿Qué sé yo de negretas, cormoranes y lo que sea? Apenas unos cuantos nombres que se han quedado por casualidad en la memoria. Necesitamos a este hombre, ¿verdad? Y no podemos ofenderle rechazando su invitación, ¿verdad? Tampoco me gusta beber jenever tan temprano, pero he aceptado para no ofenderle. Y no me gusta jugar al billar. Y te aseguro que no tengo la menor intención de ir a meterme en el barro mientras tú estás roncando en tu hedionda cama.

Grijpstra había comenzado a reír antes de que De Gier terminara su parrafada, y este, tras tratar infructuosamente de intimidarlo con la mirada, acabó haciendo lo mismo. A los pocos instantes, ambos hipaban y daban palmadas en la mesa entre incontenibles carcajadas.

Grijpstra pidió a gritos otra ronda de jenever y terminaron jugando al billar, riéndose entre dientes cada vez que se miraban.

—A las tres y media de la madrugada —dijo De Gier.

—Prométeme que no se lo dirás nunca a nadie.

—Prometido —respondió De Gier.

Se estrecharon la mano y pasaron al comedor para tomar un tardío almuerzo.

A las nueve de la noche dormían profundamente, agotados tras treinta partidas de billar y unos siete u ocho vasos de jenever fría por cabeza.

—DISCULPE —dijo una voz agradable y bien modulada—. ¿Le importa que me siente un momento a su mesa?

El commissaris levantó la vista de su plato de tallarines fritos con gambas. Estaba comiendo y estudiando al mismo tiempo el mapa, extendido sobre la mesa al lado del plato. La intromisión no dejó de perturbarle un poco; había rechazado la invitación de Silva a fin de almorzar él solo y, tras pasear durante unos minutos, había encontrado un restaurante chino de apariencia limpia donde podría disfrutar de su comida favorita. Y entonces había aparecido aquel desconocido que esperaba pacientemente ante él para pedirle algo.

—Se lo ruego —respondió el commissaris—. Tome asiento, por favor. —Le ofreció su mano.

—Van der Linden —se presentó el pulcramente ataviado caballero—. Le vi ayer en el aeropuerto, le vi anoche en el vestíbulo del hotel y ahora vuelvo a verle por tercera vez en dos días. En Curaçao resulta insólito ver a una misma persona por tres veces en dos días y no saber cómo se llama, de modo que me he tomado la libertad de abordarle.

El commissaris sonrió y examinó el rostro del anciano caballero. El señor Van der Linden no debía de andar muy lejos de los setenta años, pero un par de ojos muy despiertos chispeaban en su cara, que parecía recubierta de un viejo cuero blanco amarillento.

—Soy un turista —dijo el commissaris—. Estoy seguro de que debe usted ver miles de turistas vagando por las calles de su

ciudad.

El señor Van der Linden sonrió, haciendo vibrar los encerados extremos de su bigote.

—No, señor. Perdona que le lleve la contraria, pero no es usted un turista.

—¿No? —preguntó el commissaris.

—No. Un turista carece de objetivo. Se pasea por las calles mirando los escaparates. Viste una camisa abierta con un estampado de flores o de rayas, y habla en voz alta. Debe hacerlo así, pues de lo contrario perdería su identidad.

—Ah.

—Un turista no lleva un traje de shantung con chaleco. Su chaleco me intriga. Hace años que no veo a nadie que use chaleco.

El commissaris bajó la vista hacia su chaleco.

—Venía con el traje —explicó, con aire culpable—, y no da mucho calor. No está forrado, vea. Y tiene unos bolsillos muy convenientes. Yo siempre llevo chaleco. Guardo el encendedor en el bolsillo izquierdo y el reloj en el derecho. Una vieja costumbre.

El señor Van der Linden emitió una carcajada atronadora.

—No me debe usted ninguna explicación —dijo al fin—. Soy yo quien se la debe a usted. Soy abogado y he ejercido en esta isla durante muchos años, más de los que puedo recordar. Al jubilarme, no quise irme. Me había acostumbrado a este lugar. Usted es un oficial de la policía, ¿verdad?

—Sí —reconoció el commissaris.

—Ha venido para investigar la muerte de María van Buren.

—Sí.

—Ya suponía que vendría algún oficial de la policía holandesa. Normalmente, cuando uno de nosotros se mete en líos por allí, las causas deben buscarse aquí.

—¿Tiene alguna idea que pueda ayudarme en algo? —inquirió el commissaris, abriendo su latita de cigarros y tendiéndola hacia su interlocutor.

—No, gracias. Ya no me dejan fumar. Es una lástima. Aquí siempre tenemos puros cubanos, y fumarse uno al atardecer, sentado bajo el tamarindo del jardín, es un auténtico placer. Era un auténtico placer. Sí, es posible que tenga una idea. Ya habrá averiguado qué estaba haciendo María por allí, en Amsterdam, quiero decir. Para mí, se ha convertido en «por allí». Curioso, ¿no cree? Y eso que soy un verdadero holandés.

—Un macamba —dijo el commissaris.

—Veo que ya ha aprendido algo. María era una joven muy valiente. Tenía ideales, extraños ideales. Algunas jóvenes tienen ideales, aunque, quizá por fortuna, no son demasiadas. De otro modo, quizás algún día decidieran no tener más hijos y este sería nuestro fin.

—Quizás este fuera el mejor ideal de todos —comentó el commissaris, tratando de formar un anillo de humo.

—Sí. Cierto. Interesante teoría. ¿Se quedará mucho tiempo?

El commissaris negó con la cabeza.

—Lástima. Todavía me queda una botella de *brandy* añejo, y habríamos podido bebérnosla debajo de mi árbol y comentar la posibilidad de un mundo sin gente. Es una hermosa idea. No estaríamos ahí para lamentar el hecho de que no estuviéramos ahí.

—María era la amante de al menos tres hombres ricos —dijo el commissaris.

—Sí. Estaba divagando. Últimamente suelo hacerlo a menudo. Pero María no era una prostituta. La conocía de pequeña y creo que tenía la mentalidad de una descubridora o una exploradora. Quería saber. Le gustaban los hombres, desde luego; a toda mujer hermosa le gustan. Los hombres confirman el hecho de que una mujer es hermosa. Creo que hacía experimentos sobre cómo manipular a la gente.

—Y a alguien no le gustó la idea y la mató.

—Esa es una posibilidad —admitió el señor Van der Linden—. Otra idea que se me había ocurrido es que a alguien no le gustaba su forma de vida en general.

—Tenemos motivos para creer que ella sentía cierto interés por la hechicería.

—Hechicería —repitió el señor Van der Linden, y se echó a reír.

—¿Acaso no cree usted en la hechicería?

—Desde luego que creo en ella. He vivido mucho tiempo, y buena parte de él lo he pasado en esta isla y en otras islas parecidas. La magia negra da resultados, estoy convencido de ello. Es una charlatanería absurda, por supuesto, pero también lo es la publicidad y nadie puede negar que la publicidad da resultados. La magia negra, empero, es estúpida, igual que la publicidad.

—¿La magia es estúpida? —preguntó el commissaris.

—La magia negra, sí. No la auténtica. La magia negra es una perversión de la auténtica, y todas las persiones son estúpidas. El deseo de perjudicar a los demás es infantil.

—¿Cree usted que María practicaba la magia negra?

El señor Van der Linden apoyó las manos en sus rodillas y se las quedó mirando durante unos instantes. Su cuerpo se inmovilizó, y su rostro se relajó.

—Sí —respondió al fin.

—¿Cree usted que fue eso lo que la mató?

De nuevo el commissaris tuvo que esperar a que le respondiera.

—Sí —dijo el señor Van der Linden.

El coche se bamboleó un poco sobre un tramo de asfalto en mal estado y el commissaris perdió el hilo de sus pensamientos. Había modificado su teoría de forma que pudiera incluir las observaciones del señor Van der Linden, pero en aquel momento recordó que Silva le había recomendado que no dejara de ver el bosque de Curaçao. El bosque medía unos doscientos metros, según sus informes, y justo enfrente había una hondonada en la carretera. Si llegaba a la hondonada, debía detener el coche y salir al exterior. Silva le había dicho que dedicara al menos cinco minutos a visitar el bosque para tratar de captar la antigua atmósfera de la isla, la atmósfera que

tenía a comienzos del siglo XV, cuando en Curaçao aún vivían tribus de indios dedicados a la pesca y a la caza; indios que recibían cordialmente a los forasteros y cuidaban de ellos, que construían grandes cabañas que no desentonaban con el paisaje, cuya religión estaba centrada en torno a la magia.

El automóvil llegó a la hondonada y el commissaris aparcó en el arcén, paró el motor y salió afuera. Se sentó en una roca y cerró los ojos.

—Lo auténtico —dijo en voz alta—, no la perversión.

La perversión es hacer daño, pensó. Por lo tanto, lo auténtico ha de ser el curar, el restaurar.

Procuró no pensar, sino sentir los árboles que le rodeaban, pero su mente se negó a dejarse tranquilizar. Encendió un cigarro y se metió de nuevo en el coche.

Conducía a lo largo de la costa, y podía oír el rugido del mar contra los acantilados. Los bosques habían vuelto a ceder su lugar al cunucu, la llanura reseca con arbustos espinosos. De vez en cuando, algún que otro automóvil le adelantaba o se cruzaba con él, pero no había nada más que se moviera salvo unas pocas chotas que mordisqueaban las agostadas plantas. Una vez tuvo que frenar bruscamente ante un enorme lagarto que se deslizó a través de la carretera y le dirigió una colérica mirada con sus ojos de pesados párpados. No podía estar ya muy lejos de la vivienda de Shon Wancho, y se detuvo junto a una choza. La mujer negra que salió a la puerta le indicó el camino en un puro y lento holandés. El commissaris le dio las gracias y se descubrió, y la mujer respondió con una sonrisa afable e intrigada.

La carretera no llegaba hasta la casa, de modo que tuvo que andar casi un kilómetro hasta llegar a los acantilados.

Cuando por fin halló al delgado negro, el commissaris estaba muy acalorado y el traje se le pegaba al cuerpo.

—Buenas tardes, Shon Wancho —le saludó, quitándose el sombrero.

Más tarde, cada vez que trataba de recordar, de reconstruir su entrevista, la tarea le resultaba imposible. Lo intentaba a menudo, y siempre fracasaba.

En realidad —y esta parecía ser la principal dificultad que se burlaba de su memoria—, no había existido una verdadera conversación. Shon Wancho no había contestado ni a una sola pregunta, y al cabo de un rato el commissaris había dejado de formulárselas. Fue una desconcertante experiencia. En tanto que oficial de policía, estaba entrenado para crear situaciones. Su interlocutor, ya fuera un sospechoso o un testigo, se hallaba en considerable desventaja. Siempre conseguía burlar a sus oponentes, aprovechándose de su miedo o de su sensación de importancia. Y ellos hablaban. El commissaris no había fracasado nunca. Arrinconaba a sus oponentes, les amenazaba y les halagaba. Y ellos hablaban. El commissaris no había fracasado nunca. Arrinconaba a sus oponentes con tranquilidad, mostrándose cortés con ellos, haciendo alguna observación insignificante o formulando alguna pregunta irrelevante. Y ellos temían ir a la cárcel o perder su reputación. Eran celosos y querían incriminar a otros. Les importaba algo.

Pero a Shon Wancho no le importaba nada. Cuando el commissaris llegó junto a él, lo halló trabajando en su jardín, atendiendo a una planta trepadora con delicadas flores amarillas. El jardín estaba al lado de una casa pequeña, un bien construido edificio con dos habitaciones y un porche cubierto, sostenido por unas resistentes vigas que daban la impresión de haber sido encontradas en la playa, blanqueadas por cien años de sol. Shon Wancho recibió a su huésped y lo trató como si fuese un niño pequeño, cansado y sudoroso. Le indicó dónde podía lavarse la cara y las manos, le ofreció fresco zumo de fruta para beber y lo instaló en una mecedora a la sombra del porche, desde donde podía ver las flores del jardín. No había tenido necesidad de explicarle el

motivo de su visita. El commissaris lo había intentado, pero sus frases se interrumpían a la mitad. Los serenos ojos entornados del delgado y elegante negro expresaban un pacífico desinterés por los parloteos de una mente distraída. No respondía a las preguntas del commissaris, ni tan solo daba muestras de oírlas, sino que permanecía silenciosamente en pie, apoyado contra una viga blanqueada. El commissaris se sintió irritado y comenzó a repetirse; sus palabras tropezaban unas con otras; tuvo la impresión de estar empujando un obstáculo que no existía, pero al mismo tiempo empezó a percibir cierta respuesta en su propia mente, como si aquel negro de elevada estatura tuviera la razón. No había ocurrido nada, conque ¿porqué se inquietaba tanto el oficial de policía? Comenzó a prestar atención al silencio de su anfitrión. Vio el rostro de Shon Wancho, su pequeña y puntiaguda barba, los altos pómulos, los gruesos y curvados labios que enmarcaban la amplia boca, su nariz aquilina. Era el rostro de un jefe, de un noble.

«Este hombre no necesita nada», se dijo el commissaris, y una tenue sensación de aprobación cruzó por entre sus pensamientos.

«No, no es un jefe», pensó a continuación. «Un jefe necesita una tribu; y un noble necesita su rango».

Sus intentos de encasillar a aquel hombre fueron vanos. Y, de pronto, el commissaris descubrió que a él tampoco le importaba. La serenidad de Shon Wancho era demasiado fuerte, y se rindió a ella. Shon Wancho había dejado de mirar al commissaris. Tomó asiento en un taburete bajo, cerca de la mecedora. Su espalda estaba erguida y su mirada era firme; mantenía la vista al frente, dirigida hacia el jardín y el distante mar.

Juntos experimentaron el repentino y explosivo crepúsculo tropical; los vivos colores, la amplia extensión de aquel panorama sin límites y el fresco y poderoso sonido del mar se combinaron para arrasar los últimos baluartes de la inquieta mente del commissaris, que alcanzó un estado de conciencia que no era vigilia ni sueño.

Al cabo de algún tiempo, encontró su sombrero, se lo puso y se fue. Y antes de irse, Shon Wancho le tocó suavemente el antebrazo

y sonrió.

«Entonces, ¿qué has averiguado?», se repetía una y otra vez el commissaris mientras recorría el camino de regreso a Willemstad. «¿Qué has averiguado?».

Quedaba una última visita por hacer. Se detuvo ante una cabina telefónica y marcó el número del señor De Sousa.

Le respondió el propio señor De Sousa.

—Sí, commissaris —comenzó—. El inspector jefe Da Silva ya me ha dicho que iba usted a llamarme.

—Me gustaría ir a verle —dijo el commissaris.

—¿Mañana?

—No. Mañana debería emprender el regreso a Holanda. Desgraciadamente, ando bastante justo de tiempo. Si no le representa ninguna molestia, me gustaría ir a visitarle ahora mismo. Según veo en mi mapa, estoy muy cerca de su casa. Creo que podría llegar en unos minutos.

—Será usted bienvenido —respondió el señor De Sousa antes de colgar.

El commissaris no tardó en encontrar la casa, una mansión palaciega edificada sobre una pequeña colina, a la que se accedía por un camino bordeado de palmeras. El señor De Sousa le abrió la puerta y le hizo pasar.

La casa respiraba riqueza. El pasillo era amplio y de techo alto, con plantas en macetas, esculturas y retratos al óleo de hombres con aspecto de propietarios de plantaciones, ataviados con pantalones de montar y provistos de látigos, y de mujeres con elaborados peinados y rígidos trajes de encaje.

Mientras se dirigían al despacho del señor De Sousa, un criado se deslizó tras ellos portando una bandeja de plata con vasos y

botellas. Frases corteses llenaron diez minutos antes de que el commissaris pudiera mencionar el nombre de María.

—Sí —dijo el señor De Sousa, y los pliegues de su cara temblaron—. Mi hija. Muerta.

El commissaris descubrió que le resultaba imposible formular ninguna pregunta. Esperó.

—Rechacé su presencia —prosiguió el señor De Sousa, mientras comenzaba a enjugarse la humedad del rostro—. Mi propia hija, la más inteligente, la más hermosa de todas. No quise admitirla en mi propia casa. Desaprobaba su forma de vida. Tenía que desaprobala, commissaris, ¿lo comprende?

El commissaris tomó un sorbo de su *whisky*. El silencio de Shon Wancho aún seguía envolviéndole, y parte de él alcanzó al rico y obeso hombre de negocios y lo calmó un poco.

—Quizá lo comprenda. Quizá tenga usted hijos propios. Pero Europa es distinta. He estado muchas veces en Europa. Soy un hombre rico y tengo grandes negocios. Conozco a las hermosas mujeres de Europa. Les he pagado dinero, y ellas me han dado experiencias que jamás olvidaré. Estoy agradecido a estas mujeres. Pero mi propia hija se convirtió en una de ellas, y eso no pude aceptarlo.

El señor De Sousa volvió a llenar el vaso del commissaris y se afanó con los cubitos de hielo y el agua y la cucharilla de plata para agitar la mezcla.

—Pero soy su padre, y quizás habría debido aceptarlo. De pequeña, siempre acudía a mí, hablábamos, estábamos unidos. Era una niña inteligente y aprendí muchas cosas de ella durante nuestros paseos por la isla. La llevé a las otras islas, a las islas holandesas, a las inglesas, a algunas de las francesas. Incluso la llevé a Haití, porque deseaba ir a Haití. Parte de su sangre era negra y a ella le interesaba mucho esta raza y Haití es un país negro. Siempre había creído que los padres enseñan a los hijos, pero María me enseñaba a mí. Tenía una voz muy suave, y cuando hablaba yo siempre la escuchaba.

»Y ahora está muerta —añadió el señor De Sousa tras una pausa—. Querrá usted saber quién le lanzó el cuchillo, pero yo lo ignoro.

El commissaris regresó a su hotel y tomó un baño. Bebió su café y su zumo de naranja, se fumó un cigarro y el agua caliente desprendió el sudor y la suciedad de su cuerpo. Luego, se puso un traje limpio, salió del hotel y vagó frente a las embarcaciones atracadas en el muelle. La goleta del indio que le había regalado los cigarrillos ya no estaba allí. Se detuvo a contemplar el viejo carguero.

—¿Qué está usted mirando? —gritó una voz desde el puente.

—¡Hola! —respondió el commissaris.

—¡Usted! —exclamó el capitán de la barba amarilla—. ¿Usted? ¡Venga aquí!

El commissaris cruzó la pasarela, con la preocupación de no ensuciarse el traje. El capitán lo recibió en la cubierta inferior.

—Tómese un vaso de ron conmigo, policía —le invitó el capitán, extendiendo su mano. El commissaris la tocó ligeramente pero estaba limpia, limpia como su propietario, que le sonreía por entre la barba mostrando unos dientes rotos y separados por amplios huecos.

—Le he visto esta mañana en la ventana de Silva —comentó el capitán, y emitió una risita—. Finge que no le importa que le eche carbonilla, pero el otro día se delató. Salió al muelle y me amenazó con el puño. Esa comisaría estará muy sucia cuando termine con ella, pero lo único que pueden hacer al respecto es ponerse a toser. No quebranto ninguna ley. Tengo que mantener en marcha mi viejo motor, ¿verdad?

Llegaron al camarote del capitán, y un jorobado enfundado en una chaqueta rasgada les trajo vasos, una botella de ron verde y plana, y un abollado cubilete de plata lleno de hielo.

—Hermoso cubilete —comentó el capitán, cogiéndolo entre sus manos—. Lo escamoteé en un club nocturno de Barranquilla, pero al siguiente viaje me lo hicieron pagar. Al final, siempre ganan ellos.

Escanció ron hasta la mitad del vaso y terminó de llenarlo con hielo.

—Gracias —dijo el commissaris.

—Carta Blanca —observó el capitán—. El mejor ron de la isla. ¿Sabe usted por qué?

—No.

—Por la etiqueta.

El capitán dio la vuelta a la botella y el commissaris pudo ver una hermosa mujer negra de abundantes y bien formados senos, inclinada sobre una carta que obviamente acababa de recibir y que le producía una intensa emoción.

—Todos los hombres que beben este ron piensan que la carta la han escrito ellos —explicó el capitán— y se olvidan del sabor de la bebida. Pero de todas maneras es un buen ron.

El commissaris se arrellanó en el asiento y probó un sorbo del crudo licor, diciéndose que debía ser cauteloso, que su cuerpo no resistiría una gran cantidad de aquella fuerte bebida.

—Hoy ha ganado usted algo de dinero —prosiguió el capitán vaciando su vaso, llenándolo de nuevo y mirando de soslayo al commissaris—. He hablado con la mujer que le vendió un número. Mañana debería ir a Otrabanda a recoger su premio; le cayó usted bien a la vendedora. Ha tenido un día muy ocupado, ¿verdad? Uno de mis hombres le vio hablando con el señor Van der Linden. ¿Qué tal le ha parecido el viejo buitre?

—Un hombre muy agradable —respondió el commissaris.

—No es mala persona. Una vez me hizo ganar un caso; también perdimos otro, pero eso fue por culpa mía. Me advirtió, pero entonces yo aún era joven. Aún creía en el bien y en el mal.

—¿Y ya no cree?

—Je, je. —El capitán se acomodó cautelosamente en una silla de caña de aspecto desvencijado—. Hay que ir con cuidado. Esta

silla está haciéndose vieja, igual que el barco. Un día se desprenderá el fondo, pero ya no me importa. Todos nos hacemos viejos: yo, la tripulación, la máquina. El bien y el mal. No sé qué decirle. Cuanto más viejo me vuelvo, menos sé.

El commissaris olvidó sus buenas intenciones y apuró el ron, depositando el vaso vacío sobre la mesa con un fuerte golpe. El capitán se lo llenó de nuevo. Su mano no era muy firme, y tuvo problemas con los cubitos de hielo. El commissaris le ayudó.

—También ha ido a ver a nuestro curandero, ¿eh? ¿Qué impresión le ha causado?

—Shon Wancho —dijo el commissaris.

—Shon Wancho —repitió el capitán, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

—¿Le conoce?

—Desde luego —respondió el capitán—. Yo mismo le traje aquí hace mucho tiempo; quizá treinta años, quizá más. Es un brujo y un curandero. Su padre lo fue antes que él. Ese hombre sabe.

—¿Qué sabe?

El capitán gesticuló.

—Lo que sea. Ese hombre se sabe todo el lote.

—¿Lo ve usted con frecuencia?

—Con frecuencia, no —contestó el capitán—. A veces. Fui a verle el otro día.

—¿Por qué?

—Por los cangrejos. Me perseguían los cangrejos, ¿comprende? El ron los atrae. Miles de cangrejos. Los veía todo el tiempo, con ron o sin él.

—¿Le aconsejó que dejara de beber?

El capitán pareció sorprenderse de la pregunta.

—No —respondió—, pero expulsó a los cangrejos.

—¿Y no han vuelto?

—Si vuelven, iré a verle otra vez.

El capitán hablaba farfullando, y el commissaris creyó que iba a caer dormido o inconsciente en cualquier momento, pero había

subestimado la capacidad de resistencia del anciano.

—¿Le gusta Curaçao? —inquirió este.

El commissaris recordó de pronto el dolor de sus piernas. La punzada había vuelto a dejarse sentir por la mañana, pero había desaparecido cuando estaba en la mecedora, en casa de Shon Wancho, y no había vuelto a notarla.

—Es una buena isla —le dijo al capitán—. Incluso he pensado en venirme a vivir aquí algún día.

El capitán asintió con aire solemne.

—Sí, buena idea. Y cuando se aburra de ver siempre la misma gente y las mismas cabras, puede venir a navegar un poco conmigo. Tengo un camarote para pasajeros, y el cocinero es chino.

—Eso estaría muy bien.

—Y gratis —añadió el capitán—, siempre y cuando no me haya muerto. No espere demasiado.

El capitán dio dos patadas en el suelo y un chino de avanzada edad apareció en el umbral.

—Usted es holandés —comentó el capitán—, y los holandeses siempre comen algo cuando beben. He estado tantas veces en Curaçao que ya he adquirido sus costumbres. En Venezuela, cuando bebemos, bebemos. ¿Qué tienes, cocinero?

—Sopa de tallarines, patrón.

—¿No hay rollos de primavera?

—También hay rollos.

—Sí, por favor —dijo el commissaris.

La comida llegó en cuestión de minutos, y el jorobado preparó la mesa y se llevó la botella de ron, a pesar de las protestas del capitán.

El commissaris aún se quedó una hora más, escuchando los relatos del capitán. Le oyó hablar de los puertos de Venezuela y de Colombia, y hubo una larga historia sobre Guajira, la península entre ambas naciones donde mandan los contrabandistas y los indios siguen viviendo como indios. Oyó hablar de muchas islas, de revoluciones, de huracanes inesperados.

—Aquella vez estuve a punto de perder a mi primer oficial —dijo el capitán—. El hermano de María. ¿Qué tal está, ahora que hablamos de él?

—¿Su hermano? —se extrañó el commissaris—. Pero si solo tiene hermanas.

El capitán trató de encender un cigarro saturado de humedad y, tras varios intentos infructuosos, lo arrojó por el ojo de buey y eligió uno nuevo de la lata que el commissaris había dejado sobre la mesa.

—Distinta madre —explicó—, pero el mismo padre. El padre de María tiene muchos hijos, pero a este le tenía un afecto especial. Su madre había venido de Holanda para hacer de maestra en la isla. De Sousa cuidó de ella cuando se quedó embarazada y le construyó una casita en el sur. María conocía a su hermano; a veces, venían los dos a jugar en mi barco. El chico hizo sus estudios secundarios en Amsterdam y luego se graduó en la escuela de la marina mercante. Después volvió aquí.

—¿Lo conocía usted bien? —quiso saber el commissaris.

—Pues claro. Navegó a mis órdenes durante varios años. Pobre tipo.

—¿Pobre tipo?

—Sí. —El capitán dio tres patadas en el suelo.

—¿Capitán? —preguntó el jorobado desde la cubierta inferior.

—¿Puedes traerme otra vez la botella?

—No —gritó el jorobado—, pero puedo subirle una cerveza.

—¡Cerveza! —rugió el capitán.

Llegaron dos latas, y el capitán empujó una hacia el commissaris. Cada uno abrió la suya.

—Salud.

—El pobre tipo —le recordó el commissaris.

—Sí. Era un hijo natural, ya sabe. Recibió el apellido de su madre. Su madre se casó y no tenía mucho tiempo para su primer hijo. El chico odiaba a su padre. Y es un hombre bajito; los hombres bajitos lo pasan mal en la vida. Además, parece bajo. Hay gente

baja que no lo parece, pero él lo parecía. Se volvió muy cristiano, con su Biblia y todo. Y entonces ya no quiso seguir conmigo. No podía aprobar la bebida y las cosas que pasaban, y a veces solía encerrarse en su camarote. No pude ayudarlo. Pero era un buen marino, y me gustaba.

—Entonces, ¿dónde está ahora?

—Se volvió a Holanda. Seguro que ya lo sabe. ¿No habló con él cuando mataron a María?

—No.

—Vive en Schiermonnikoog, «El ojo del monje gris». Es un extraño nombre para una isla, por eso lo recuerdo. Dejó de navegar, pero no podía alejarse del mar y se instaló en una isla. Se hizo guarda de una reserva natural. Siempre le gustaron las plantas y las aves.

—¿Cómo se llama? —inquirió el commissaris.

—Lleva el nombre de su padre y el apellido de su madre: Ramón Scheffer.

—Muchas gracias —dijo el commissaris.

ERAN CERCA DE LAS CUATRO y aún no había amanecido. El brigada Buisman acababa de encallar su pequeño bote en la fangosa playa.

—No podemos acercarnos más —explicó en voz baja—. Será mejor que os quitéis las botas, porque se atascan en el fango. Vale más ir descalzos.

Grijpstra se quedó mirando el agua, negra como tinta. De Gier empezó a quitarse sus botas de caña corta.

—Oh, bueno —masculló Grijpstra, más para sí que para los otros dos. Le resultaba difícil moverse dentro de su traje impermeable, y el sueste le caía sobre los ojos. Con un gruñido, consiguió quitarse las botas y extendió un pie cautelosamente. Se veía muy blanco bajo la tenue claridad de antes del alba.

El agua estaba fría, más o menos tan fría como había temido.

—Arrrgh —exclamó en voz alta cuando el pie se hundió en el espeso lodo.

—Sssh —siseó el brigada—. Los pájaros. No debemos asustar a los pájaros.

—Pájaros —murmuró Grijpstra. Sintió cómo el fango se deslizaba entre sus dedos—. Bah —le susurró a De Gier—. ¿Estás seguro de que esto es fango?

—¿Qué puede ser, si no?

—Mierda de perro —replicó Grijpstra.

De Gier se rio cortésmente. También él tenía sus problemas con el lodo que tiraba de sus piernas.

—Cuidado con los gemelos —le advirtió a Grijpstra el brigada—. Si no los devolvemos en buen estado, el sargento se enfadará mucho. Acaba de recibirlos.

—Sí, sí —contestó Grijpstra, y comenzó a vadear hacia la orilla. El bote parecía reposar sobre un pequeño banco de arena, pues el agua se extendía otros cincuenta metros.

Grijpstra procuró no pensar en nada mientras andaba; solamente deseaba llegar a la orilla. Su pie chocó contra una lata vacía. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero logró mantenerse erguido. Fue el último en llegar.

—Límpiate el fango de los pies —dijo el brigada, tendiéndole un puñado de hierba—. ¿Qué te has hecho en el pie? Está sangrando.

De Gier se puso en cuclillas y examinó el pie de Grijpstra.

—Un corte —anunció.

Grijpstra bajó la mirada, pero únicamente consiguió ver sus holgados pantalones impermeables.

—Vayamos un poco más adentro —propuso De Gier—. Por allí hay algo de arena seca. Tengo una linterna.

El corte era bastante profundo y De Gier lo limpió y lo vendó.

—Mala suerte. A ver, prueba a andar.

Grijpstra aún podía caminar. Se pusieron de nuevo los calcetines y las botas.

—¡Ajá! —observó el brigada—. Ya empieza a haber luz. Este es el mejor momento. ¡Mirad!

Grijpstra miró y vio un pájaro, seguido casi inmediatamente por otro.

—Frailecillos —anunció el brigada, enfocando sus gemelos.

Grijpstra siguió dócilmente sus indicaciones y alzó los pesados binoculares. Vio una forma borrosa, pero tenía demasiado frío y estaba demasiado cansado para tratar de enfocar los gemelos. De Gier no vio nada, porque se había olvidado de retirar las tapas que protegían las lentes. El brigada le llamó la atención hacia este detalle.

—Ah, sí —dijo De Gier.

Vio dos pájaros pequeños.

—Frailecillos —repitió el brigada—. Hay bastantes por aquí; más que el año pasado. Son unos pájaros preciosos. ¡Qué elegantes! ¡Mirad cómo corren! No están asustados; si lo estuvieran, se irían volando. Estamos en una reserva y saben que no vamos a hacerles ningún daño.

Grijpstra se movió y sus pantalones crujieron.

—Mala cosa —dictaminó el brigada—. ¿No podrías quitártelos? El crujido irritará a los pájaros. ¡Mirad! ¡Una agachadiza!

—¿Dónde? —preguntó Grijpstra, bajo la impresión de que debía dar alguna muestra de interés.

—No sé —contestó De Gier—. El único pájaro que veo es uno gordo y completamente amarillo.

El brigada se había apartado de ellos. Grijpstra se volvió bruscamente y De Gier, sobresaltado por la amenazadora figura de Grijpstra, dio un vacilante paso atrás.

—Corta el rollo, ¿quieres? Fuiste tú el que compró estas monstruosidades amarillas.

—Pero son cómodas ¿no? Son impermeables. Está empezando a llover.

—Ya me he dado cuenta —rezongó Grijpstra.

Lloviznaba, pero el entusiasmo de Buisman iba en aumento. Estaban rodeados de pájaros por todas partes y el brigada recitaba constantemente sus nombres e informaba a sus invitados de las costumbres de cada especie.

—¡Ostreros! Con ese fuerte pico rojo son capaces de abrir hasta las ostras más grandes. ¡Mirad!

Grijpstra y De Gier miraron.

Se pasaron varias horas mirando, avanzando a trompicones de un lado a otro, demasiado fatigados para sostener sus gemelos, observando obedientemente las afanosas siluetas de las gaviotas y las en apariencia interminables variedades de patos.

—Huevos —susurraba Buisman de vez en cuando—. ¡Con cuidado! Todo esto está lleno de nidos.

—Huevos fritos —le susurró Grijpstra a De Gier, que se había escondido detrás de un árbol para fumar un poco y resguardaba su cigarrillo de la lluvia—. Huevos fritos, bacon, tomates y tostadas.

—Café —añadió De Gier—. Habríamos debido traer un termo lleno. Siempre me olvido de lo más importante. ¡Café caliente!

—Dime —inquirió Grijpstra, con aire confidencial—. ¿Por qué hemos venido? Dímelo, De Gier; yo no me acuerdo.

—No sé. Somos observadores de pájaros.

—Pero ¿por qué? —insistió Grijpstra—. A mí no me gustan los pájaros. ¿Y a ti?

—Sí. Pero no tantos a la vez. Esta isla debe de ser su casa. Viven aquí. ¿Qué es eso?

Un pájaro se lanzó hacia ellos y De Gier se agazapó. Hubo un rumor de alas y un airado y agresivo chirrido.

—Un avefría —dijo de pronto el brigada, que había estado buscándolos, surgiendo junto al codo de Grijpstra—. Es un pájaro muy listo. Seguramente debe de tener el nido por aquí cerca. Mirad lo que hace.

El avefría corría de un lado a otro sobre la hierba, arrastrando un ala por el suelo.

—Se la habrá roto contra la cabeza de De Gier —opinó Grijpstra, en tono de admiración.

—No —negó el brigada Buisman—, solo lo hace ver. Quiere que lo persigamos. Quiere hacernos creer que está herido y que es una presa fácil, pero en cuanto nos acerquemos demasiado se echará a volar. Su nido tiene que estar hacia el otro lado.

—Un pájaro astuto, ¿eh? —observó De Gier.

Grijpstra no estuvo de acuerdo. Si el pájaro corre hacia la izquierda, su nido está hacia la derecha. Fácil de recordar. Empezaba a sentirse sumamente hambriento.

—Dicen que los huevos de avefría son exquisitos —le comentó a Buisman.

—Ahora no, ya está muy adelantada la temporada. Habrías debido venir hace un mes. Él primer huevo de avefría lo

encontramos aquí; se lo enviamos a la reina.

Siguieron adelante. La mente de Grijpstra se había hundido en un pantano gris. Ya no captaba nada. Se movía mecánicamente, sin advertir que tenía los pies mojados y que la herida en el dedo gordo de su pie derecho estaba inflamándose. Había olvidado su dolor de cabeza, e incluso la sensación de hambre había desaparecido. Ya no fingía ningún interés y había quedado rezagado. Había perdido el sueste; la rama de un árbol se lo había arrancado de la cabeza y en aquellos momentos pendía sobre el sendero, casi un kilómetro por detrás de él, como una alegre banderola sobre un interminable laberinto de verdor y humedad.

—Este es un buen sitio —decidió Buisman, y se sentó en un tronco. A continuación, abrió la bolsa de lona gris que llevaba colgando de la espalda y extrajo un termo de café y algunos panecillos con queso. El termo no era grande, y apenas pudieron tomar un sorbo cada uno. Grijpstra masticó su panecillo. Sus intestinos se agitaron.

—¿No habría ningún retrete por ahí? —preguntó.

—No —respondió jovialmente Buisman—. Estamos en plena naturaleza, a bastantes kilómetros de la civilización. Pero no es problema, puedes irte detrás de esos árboles de allí.

—Papel —masculló Grijpstra—. No tengo papel.

—Usa un poco de hierba. El mejor papel higiénico que existe.

—Hierba —repitió Grijpstra, echando a andar hacia los árboles.

Cuando regresó, De Gier estaba sonriendo.

—¿Todo bien? —inquirió.

—Magnífico —declaró Grijpstra—. Hay un montón de pájaros detrás de ese árbol. Parecen pollos. Se habrán escapado de alguna granja, diría yo. Casi me he sentado encima de ellos, pero no ha parecido importarles. No paraban de dar vueltas los unos alrededor de los otros.

Buisman profirió un grito de alegría y salió hacia los árboles como una exhalación. Regresó de inmediato, agitando ambos brazos.

—¡Es fantástico! —les gritó—. ¡Venid a ver! Un grupo de becasas macho danzando en torno a la hembra. Solo lo había visto una vez antes.

—Yo ya los he visto —masculló Grijpstra, y se negó a mover su cuerpo. De Gier, en cambio, fue a ver el espectáculo.

—¿Te das cuenta de cómo bailan? —preguntó el brigada—. Es medio agresión y medio espanto, igual que cuando nosotros nos pavoneamos ante una mujer. Están actuando, fíjate, para impresionar a la hembra, pero ella no levanta la mirada y se limita a escarbar el suelo. Si levanta la vista es que ya ha hecho su elección, y el macho al que mire será su compañero. Los otros se marcharán.

De Gier, a pesar del frío y la humedad y de su sensación general de incomodidad, quedó impresionado. Los machos habían erizado las plumas de sus cuellos y sus pequeñas colas estaban erguidas, hinchadas de color.

«Una ostentación ridícula» se dijo, «pero en cierto modo, buena. Como las fiestas en la academia de la policía. Todos engalanados con el mejor uniforme y una, dos y tres, vueltas y más vueltas por la pista, y si ella te mira puedes darle un beso ante su puerta».

Grijpstra estaba solo en el claro cuando apareció el hombrecillo.

—Buenos días —le saludó este.

—Buenos días.

—Observando a los pájaros, ¿eh?

—Eso hacía —asintió Grijpstra.

—Estamos en una reserva, ya lo sabe. Me temo que voy a tener que pedirle que se vaya. No se debe molestar a las aves, y menos en esta época del año.

Grijpstra advirtió que el hombrecillo vestía alguna clase de uniforme. Llevaba una escopeta y lucía una pluma en la cinta de su sombrero verde.

—Somos invitados del brigada Buisman —anunció con aire afable.

—¿Buisman? ¿Está por aquí?

—Detrás de esos árboles, contemplando unos pollos.

El hombrecillo desapareció tras los árboles y regresó en compañía de Buisman y De Gier.

—Os presento a mi amigo Rammy Scheffer —dijo Buisman—. Es uno de los guardas de la isla.

Se estrecharon las manos y Scheffer tomó asiento. También él iba provisto de un termo de café, aproximadamente el doble de grande que el de Buisman, y Grijpstra comenzó a tener pensamientos amables en cuanto el caliente líquido hubo activado su estómago, que ya no sentía como una nuez reseca y arrugada.

Buisman y Scheffer iniciaron una conversación que parecía consistir casi exclusivamente en nombres de pájaros, y De Gier se sentó junto a Grijpstra en el húmedo tronco.

—Las siete en punto —observó—. Podríamos invitarles a desayunar con nosotros.

—Sí —dijo Grijpstra en voz alta—, el desayuno. Buisman, ¿por qué no te vienes con tu amigo a nuestro hotel? Nos gustaría que desayunaraís con nosotros.

Scheffer alzó la vista.

—Muy amable por su parte —respondió—, pero estoy de servicio. Además, acabamos de tomar café. Llevo encima algo de pan y queso, y también una salchicha. Podemos compartirlo todo, si le apetece.

—Bueno... —comenzó Grijpstra, pero demasiado tarde. Scheffer había abierto su zurrón y estaba cortando el pan. Utilizaba un cuchillo de hoja larga y fina.

Buisman miró el cuchillo y, de pronto, se puso en pie, echó a andar hacia Grijpstra y le dio un golpecito en el hombro al pasar por su lado. Siguió andando sin detenerse, y Grijpstra se levantó y fue en pos de él. Cuando estuvieron lo bastante apartados para no ser oídos, Buisman carraspeó.

—Lo siento —comenzó—, pero me había olvidado por completo de lo de ayer. Estuve haciendo indagaciones acerca de quién sería capaz de lanzar un cuchillo, pero no llegué a sacar nada en claro. Sin embargo, ahora, mientras miraba a Rammy Scheffer y ese

impresionante cuchillo que tiene, he vuelto a acordarme. Me consta que él sabe lanzar un puñal. Estábamos navegando en mi bote, hace años ya, y lanzó un cuchillo contra la puerta de mi camarote. Lo recuerdo porque en aquel momento me molestó mucho que lo hiciera. Quería lucirse, pero fue mi puerta la que salió perjudicada.

—Sí —dijo Grijpstra—. ¿Quién es este tipo? ¿Sabes algo de él?

—Naturalmente. Aquí, en la isla, nos conocemos todos. Lleva varios años viviendo por aquí; tres años, me parece. Era oficial de la marina mercante y se instaló aquí. Es un hombre tranquilo. Vive él solo en una casita. La compró. También tiene una embarcación y a veces sale a navegar alrededor de la isla. De vez en cuando llega hasta la otra orilla y se pasa algunos días fuera. No habla mucho. Nació en Curaçao y no tiene antecedentes policiales.

—¿Amigos? ¿Parientes?

—Ninguno que yo conozca. La gente de la isla lo aprecia y todo el mundo lo saluda, pero no tiene ningún amigo en particular. Le gusta estar a solas y leer la Biblia, me parece. Un poco fanático. Cultiva sus propias verduras y él mismo se hace el pan. Es uno de esos naturistas. No bebe, no fuma, está en contra de las blasfemias y las expresiones malsonantes. Los chicos se burlaban de él, le seguían por todas partes repitiendo palabras soeces, pero en seguida nos ocupamos de acabar con eso.

—Curaçao —musitó Grijpstra.

—¿Cómo dices?

—Curaçao —repitió Grijpstra—. La señora que asesinaron procedía de Curaçao.

—Podríamos pedirle que viniera a la comisaría para interrogarle —apuntó Buisman—, pero preferiría no hacerlo. Es una isla muy pequeña, ya sabes, y seguramente me retiraría la palabra para siempre.

—Sí —admitió Grijpstra—. Podríamos pedirle al commissaris que lo invitara por carta o enviara un coche a buscarlo. Si lo hacemos nosotros, nos relacionará contigo igualmente.

El gemido de una sirena despedazó el silencio que los envolvía. Parecía estar muy cercana.

El brigada se detuvo.

—Una sirena —exclamó—. Es la lancha de la policía. Deben de estar buscándome.

Echó a correr, y Grijpstra le siguió. No estaban lejos de la playa y llegaron a ella en cuestión de unos minutos. Buisman comenzó a saltar y a agitar los brazos, y alguien respondió del mismo modo en la embarcación. Los de la lancha lanzaron un bote de goma y un policía de uniforme remó hacia la costa.

Buisman se quitó las botas y comenzó a vadear. Grijpstra suspiró y siguió su ejemplo. De nuevo sufrió la desagradable sensación del fango entre los dedos.

—Buenos días, mi brigada —saludó a Buisman el sargento del bote.

A continuación, se volvió hacia Grijpstra y le estrechó la mano.

—Grijpstra, de la policía de Amsterdam.

—Muy bien —dijo el sargento—. Tengo un télex para usted. Un télex urgente. Sabía que el brigada había venido por aquí con ustedes esta mañana. Aquí lo tiene.

Grijpstra leyó el télex.

«Vayan de inmediato a Schiermonnikoog y localicen a Ramón Scheffer. Scheffer es medio hermano de María van Buren. Precaución importante. Scheffer descrito como fanático religioso».

El télex estaba fechado el día anterior, procedía de Curaçao, iba dirigido a la jefatura de policía de Amsterdam y estaba firmado por el commissaris.

—AQUÍ TIENE —dijo Rammy Scheffer, y De Gier le dio las gracias y hundió los dientes en la gruesa rebanada de pan. Estuvo un rato masticando en silencio.

—¿Le gusta el queso? —preguntó Rammy.

—Sí —respondió De Gier, titubeante, y siguió mascando—. ¿Qué clase de queso es?

—Queso de cabra. Tengo dos cabras y las ordeño yo mismo.

De Gier masticó durante unos instantes más.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Mire! ¡Allí! ¿Qué pájaro es ese?

Rammy volvió la cabeza y De Gier aprovechó para retirar el queso de entre el pan y arrojarlo a los arbustos. En seguida, se apresuró a meterse el pan en la boca.

—Es un ostrero —explicó Rammy, volviéndose hacia De Gier—. ¿No lo sabía? Hay miles de ellos en la isla. Después de las gaviotas y los patos, son los pájaros más corrientes que hay por aquí.

—Lo había olvidado —dijo De Gier.

—¿Le interesan los pájaros?

—Desde luego —contestó De Gier. Terminó de engullir el último pedazo de pan y alzó esperanzado la taza para que se la llenara de nuevo, pero en el termo de Rammy ya no quedaba café.

—Eso está bien —aprobo Rammy—. Si hubiera más gente que se interesara por los pájaros, tal vez lograríamos conservar unos cuantos. Tal y como van las cosas, pronto tendremos que despedirnos del último. He oído decir que están instalando nuevos

colectores, como si el mar no estuviera ya lo bastante sucio. Todos los días trato de limpiar las playas de la reserva, pero es increíble la cantidad de botellas de plástico y tarrinas de helado que arroja la gente, y ahora, encima, tendremos los residuos industriales.

—Sí —admitió De Gier—. Es tremendo.

—Su amigo, ¿también se interesa por los pájaros?

—Claro —respondió De Gier.

—No ha ido a ver la danza de las becasas. Es un espectáculo muy poco frecuente; ni siquiera yo, que vengo aquí todos los días, puedo contemplarlo a menudo.

—Se ha herido en un pie —explicó De Gier—. Se ha cortado con una lata o con una botella rota. Creo que quería sentarse a descansar un poco.

—Ya comprendo —dijo Rammy, cogiendo la escopeta que llevaba en bandolera y dejándola en equilibrio sobre sus rodillas.

Sonó el chillido de la sirena y De Gier se levantó de un salto.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Qué ha sido eso?

Rammy también se había levantado y estaba mirando hacia el mar.

—Un barco —respondió—; puede que un barco en apuros. Quizás haya encallado en la arena. Vamos a verlo.

Apuntó hacia la playa y De Gier echó a correr.

De Gier llegó a la playa.

—¡Tú! —gritó Grijpstra cuando vio surgir a De Gier de la espesura—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Rammy?

De Gier jadeaba.

—Viene detrás mío. ¿Dónde está la barca?

—Allí. —Grijpstra señaló hacia la lancha de la policía, que flotaba silenciosamente a medio kilómetro de la orilla.

—¿Qué le pasa?

—Nada —respondió Grijpstra—. ¿Dónde está Rammy?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Lo has perdido?

De Gier contempló boquiabierto a Grijpstra y el brigada. Para entonces, también el sargento había llegado junto a ellos.

—¡Burro! —dijo Grijpstra con tristeza—. Es el hombre que buscábamos, y lo tenías en tus manos.

—¿Cómo...? —comenzó De Gier, pero lo dejó estar.

—Él no sabe nada, Grijpstra —observó el brigada Buisman.

—¿Qué es lo que no sé? —inquirió De Gier.

—Da igual —dijo Grijpstra—, sigues siendo un burro. Habrías debido darte cuenta. ¿Intentamos seguirlo, Buisman?

—No. Rammy conoce la reserva mucho mejor que nosotros. Más vale que nos sentemos por aquí y tratemos de pensar en algo.

—¿Qué...? —comenzó nuevamente De Gier.

—De acuerdo —intervino Buisman—. Enséñale el télex, Grijpstra.

De Gier leyó el télex y al instante montó en cólera.

—Conque habría debido darme cuenta de que él era el hombre que estamos buscando, ¿eh? ¡Yo estaba con un hombrecito de sombrero verde que me había dado de comer! Además... —Se interrumpió—. ¡Tenía una escopeta!

—¿Y qué? —preguntó Grijpstra.

—Habría podido matarme —respondió De Gier—. Se la quitó del hombro mientras charlábamos. Sospechaba algo.

—Tonterías —protestó Grijpstra—. Él creía que estábamos observando a los pájaros.

De Gier miró fijamente a Grijpstra.

—¡Observando pájaros! Tú no observabas ningún pájaro. Tú estabas sentado en un tronco, gruñendo y rezongando, mientras las extraordinarias becasas realizaban su sublime danza. Eso es lo que le ha hecho sospechar.

—Ya las había visto —se defendió Grijpstra—. Estaba descansando. Los observadores de pájaros también descansan.

—Sí. Y luego te escabulliste con Buisman.

—Estaba diciéndole a Grijpstra que tal vez Rammy fuera vuestro hombre —explicó Buisman—. Acababa de acordarme de que Rammy sabe lanzar cuchillos.

—¿Lo ves? —gritó De Gier—. ¡Y no me has avisado! ¡Me has dejado en compañía de un peligroso asesino armado con una escopeta y ahora dices que soy un burro!

—Sí —admitió Grijpstra en tono conciliador—, es verdad. A estas horas podrías ser un burro muerto. Deberías estar agradecido.

De Gier respiró hondo. El brigada le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vamos, vamos —dijo Buisman.

—¡Bah! No le hagas caso —dijo Grijpstra—. Siempre está exagerando.

—¿Que yo exagero? —aulló De Gier.

—Desde luego —respondió Buisman—. Hace años que conozco a Rammy Scheffer. No es un hombre violento, y lo ha demostrado, ¿verdad? Se ha escapado. Habría podido pegarte un tiro, pero no lo ha hecho. Ni siquiera te ha amenazado.

—Le clavó un puñal en la espalda a su propia hermana —adujo De Gier.

—Es posible. Aún está por demostrar.

—Tal vez deberíamos intentar capturarlo —apuntó Grijpstra—. ¿Dónde puede haber ido? No creo que trate de esconderse en este pantano, ¿o sí?

—No —intervino el sargento de policía, que hasta entonces se había limitado a ser testigo de la escena mientras liaba un cigarrillo—. Ni siquiera tratará de esconderse en la isla. Es un marino y tiene una embarcación.

—Una embarcación —comenzó Grijpstra, pero el resto de la frase quedó ahogado por un repentino y ensordecedor rugido. El ruido sonaba sobre sus cabezas y seguía aumentando de volumen. Los cuatro hombres se agazaparon instintivamente.

—Ya están otra vez con lo mismo —se quejó el sargento en cuanto el ruido hubo disminuido. El reactor de combate ya solo era

una manchita en el horizonte.

—¡Uff! —exclamó Grijpstra—. ¡Vaya escándalo! Tenéis una isleta muy tranquila, desde luego.

—Ahora solo lo hacen dos veces por semana —explicó Buisman—. Aviones de combate. Practican durante todo el día, disparando contra los blancos que les preparan en la isla de al lado. A veces, también bombardean un poco. Siempre pasan sobre esta parte de la isla. Antes era mucho peor, pero nuestro alcalde presentó una protesta ante las Fuerzas Aéreas.

—¿Qué estabas diciendo? —inquirió De Gier.

—Ah, sí —respondió Grijpstra—. El sargento dice que Rammy tiene una embarcación, pero nosotros tenemos otra. Ahí está. Una hermosa lancha rápida de la policía. ¡Subamos a bordo!

—¿Y hacia dónde quiere que vayamos? —preguntó el sargento.

—Hacia donde tiene amarrada su embarcación, por supuesto.

El sargento meneó la cabeza.

—No sé dónde está su barca. No está en el puerto, en su lugar de costumbre. Se la llevó la semana pasada. Podría estar en muchos sitios, y si ha subido ya a bordo, podría estar navegando en cualquier dirección. Necesitaríamos muchísima suerte para dar con él.

—Un avión —sugirió el brigada—. Un avión de observación. Tenemos aviones de la policía, ¿verdad?

—Podríamos solicitar que enviaran alguno de esos reactores —propuso De Gier.

—No —objetó el brigada—, son unos locos. Vuelan a un millón de kilómetros por hora y solo saben dar pasadas para ametrallar y bombardear. Si les pedimos que nos ayuden, se lanzarán contra todos los yates de recreo y todas las barcas de pesca, y la gente se arrojará por la borda. Solo serviría para crearnos problemas. Lo que necesitamos es una avioneta de observación. Vamos a la lancha y llamemos por radio al aeropuerto.

La cosa no resultó tan sencilla como creía el brigada. De las dos avionetas de la policía de que podían disponer, una estaba en reparación. De los cuatro pilotos de que podían disponer, uno se había tomado el día libre, otro estaba enfermo y los dos restantes no aparecían por ninguna parte. Hubo de pasar una hora antes de que despegara la avioneta. El brigada se consumía de inquietud. El sargento empezó a preparar café. Grijpstra se afanaba con su pistola, que se había encasquillado. Únicamente De Gier parecía satisfecho, sentado sobre el techo de la cabina de la lancha para contemplar el panorama. Eran las nueve de la mañana y el firmamento estaba despejado, con alguna nubecilla aislada flotando sobre la isla. Los reactores habían desaparecido, pues la policía del aeropuerto les había solicitado que se mantuvieran apartados durante algún tiempo para no estorbar al avión de observación.

—Creía que estabas enfadado —comentó Grijpstra. Había conseguido dejar en buenas condiciones la pistola y se sentía algo mejor.

—Ya te he perdonado —dijo De Gier.

—Gracias. Quizás habría debido avisarte, pero estoy seguro de que el guarda no te habría hecho nada. Tenías un aspecto la mar de inocente, sentado en aquel tronco con tu chaquetón de tres cuartos.

—Me dio un pedazo de queso de cabra —anunció De Gier.

—¿Era bueno?

—Delicioso —respondió De Gier—. Tenía un sabor exquisito. Lo había elaborado él mismo con la leche de sus propias cabras.

—¡Puá! —exclamó Grijpstra, y se estremeció.

—No, en serio, era delicioso. Los de la ciudad estamos muy mal acostumbrados, ya sabes.

Grijpstra se encaramó al techo de la cabina y se sentó a su lado. Estaba mascullando algo.

—Queso de cabra —dijo al fin—. Supongo que debe de comer ortigas hervidas. Tengo una sobrina que hace sopa con ellas. Una

naturista de esas, que se va de vacaciones a Francia para corretear por ahí desnuda.

—¿Es guapa? —se interesó De Gier.

—No está mal —contestó Grijpstra—. Mira, ahí viene nuestro avión.

La avioneta de observación, una pequeña Piper Cub, estaba ganando altura.

—Me hubiera gustado ser piloto —comentó De Gier.

—No —protestó Grijpstra—. Déjate de fantasías por hoy. Quizá no te gustara, ya sabes, ahí arriba dentro de una mosca mecánica. Una vez volé en avioneta.

—¿Sí? ¿Qué tal fue?

—Primero me asusté, y luego me quedé dormido. No se ve gran cosa. Demasiada altitud. Ves mucha tierra verde y muchos cochecitos.

—Sí —dijo De Gier—. Yo he viajado en avión, como todo el mundo. Pero no en una avioneta. No me digas que no fue toda una aventura.

—No lo fue. Además, no se podía cerrar bien la ventanilla y había corriente.

—Había corriente —repitió De Gier, meneando la cabeza.

Grijpstra alzó las piernas y se sujetó ambas rodillas con los brazos. El sol comenzaba a calentarlos.

—No está mal —comentó, satisfecho—; mucho mejor que todo ese fango. Y los pájaros ya empezaban a ponerme nervioso. No me importa verlos en el zoo, porque siempre puedes irte si te cansas. Dicen que en otro tiempo Holanda estaba llena de pájaros, millones y millones de ellos. Todo el país era un pantano. Gracias a Dios que construimos los diques y desecamos las marismas. Imagínate, vivir en un fangal con millones y millones de pájaros aleteando a tu alrededor y lanzándose contra tu cabeza como ese avechucho que te ha atacado antes.

—Un avefría.

—Un avefría. Qué pájaro más extraño. Algunos son bastante bonitos, pero te aseguro que no me gustaría vivir justo en medio de una bandada de ellos, en una choza miserable. Las antiguas tribus debían de vivir en chozas, y seguramente se les inundaban dos veces por semana.

—Y tenían resfriados —apuntó De Gier—. Y diarrea.

—Sí. Lo mismo que yo. Y estos malditos pantalones impermeables. No conseguía bajármelos correctamente.

De Gier se echó a reír, y Grijpstra lo miró con aspecto dolido.

—Escucha —dijo De Gier.

El brigada Buisman estaba hablando por radio con el piloto.

—Un yate pequeño —decía—, con la vela mayor y el foque de color blanco, solo un foque. El foque tiene dos remiendos, dos remiendos bastante grandes. Deberían resultar bien visibles.

—Solo veo una barca de pesca —respondió el piloto.

—No hay ningún distintivo en las velas del yate. La embarcación que nos interesa mide unos diez metros de eslora y está hecha de roble.

—Gracias —contestó el piloto—. De roble, dice. ¿Y cómo puedo reconocer el roble desde aquí?

—Es una madera marrón.

La radio crepitó durante algún tiempo.

—Me voy hacia el este —anunció el piloto—. Por aquí solo hay una barca de pesca y un yate azul que parece carísimo. Veo una chica en el timón. Una chica guapa, quizá.

—¿Cuál es su graduación? —quiso saber Buisman.

—Sargento, ¿y la suya?

—Brigada.

—Brigada es superior.

—Vaya hacia el este —le ordenó Buisman.

—Sí, señor.

—Ya lo tengo —dijo el piloto al cabo de unos minutos—. Un yate pequeño, de unos diez metros. Solo lleva un ocupante, a menos que haya alguien más en la cabina.

—Nuestro hombre va vestido de verde, con un uniforme de guarda.

—Traje verde —confirmó el piloto—. Estoy volando muy bajo. ¿Quiere que lo asuste?

—Dé unas cuantas vueltas —respondió Buisman—. ¿Puede comunicarnos su posición?

—Un momento —dijo el piloto—. Saque su mapa. Yo estoy buscando el mío.

El sargento de la policía náutica accionó una palanca y la lancha cobró bruscamente velocidad. Grijpstra comenzó a deslizarse hacia De Gier, que no pudo sostenerlo, y ambos cayeron sobre la reducida cubierta de popa, junto al sargento.

—La próxima vez nos avisa, ¿de acuerdo? —rezongó Grijpstra, incorporándose penosamente.

—Lo siento —se disculpó el sargento—. Estoy un poco excitado. Puede que tengamos una bonita persecución.

La lancha dio un ceñido viraje y el rugido del motor fue en aumento.

—No se le acerque demasiado —le advirtió De Gier—. Tiene una escopeta.

—¿Qué tenemos nosotros? —inquirió Grijpstra.

—Yo voy desarmado —dijo Buisman—. ¿Lleva alguna cosa en la lancha, sargento?

—Una carabina, y yo tengo una pistola.

—Tres pistolas y una carabina contra una escopeta —calculó De Gier—. Debería ser suficiente.

Desde hacía unos instantes sonaba una voz por la radio, pero nadie la escuchaba.

—¡Hola! —gritó al fin.

—¿Sí, piloto? —preguntó Buisman.

—¿Quiere la posición o no la quiere?

—Por favor.

Localizaron la posición sobre el mapa y el sargento adoptó una expresión ceñuda. La lancha avanzaba a toda velocidad, rasgando

la serena superficie del mar; sus hélices gemelas batían el agua formando profundos remolinos, y el motor mantenía un rugido grave y constante. De Gier, sujeto a la cabina, trataba de verlo todo al mismo tiempo y se sentía tan excitado que le costaba respirar. Buisman preparaba la carabina, con los ojos convertidos en meras ranuras, e incluso Grijpstra estaba poseído por la sensación de la caza y comenzaba a olvidar el dolor de sus pulmones y el ardor de sus intestinos.

—Hola —gritó la radio.

—Adelante —dijo Buisman.

—Se dirige al Banco del Inglés —anunció el piloto—. Los estoy viendo a los dos, y no podrán impedir que llegue. Está muy cerca, tiene el motor en marcha y ha recogido la vela mayor. Voy a darle una pasada.

—No —gritó Buisman—. Tiene una escopeta.

—Conque es una escopeta, ¿eh? Ahora mismo me está apuntando con algo.

—Aléjese.

—Ya me he alejado. ¿Qué quiere que haga?

La lancha estaba rodeando el extremo meridional de la isla, y de pronto vieron ante ellos el yate del fugitivo y la Piper Cub.

—Váyase a casa —respondió el brigada—. Ahora ya lo vemos. No creo que pueda usted hacer nada más.

—De acuerdo —asintió el piloto.

—Muchas gracias, sargento, nos ha prestado una gran ayuda.

—No se merecen —dijo la radio—. Corto.

—No podemos ir más deprisa —observó el sargento—, y él ya casi ha llegado.

Buisman y Grijpstra contemplaban a la diminuta figura verde a través de sus gemelos. Rammy estaba de pie en la proa de su embarcación. Le vieron saltar al banco de arena. Seguía cubierto

con su sombrero y armado con la escopeta. El sargento fue reduciendo las revoluciones del motor hasta dejarlo al ralentí.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí? —preguntó el sargento—. Ese banco de arena tiene quizá unos cinco kilómetros cuadrados y no crece nada en él, ni siquiera una hoja de hierba. Dentro de cuatro horas estará casi completamente cubierto por las aguas. Solo le quedarán unos cuantos metros cuadrados para corretear de un lado a otro.

—Piensa ir a la cabaña —dijo Buisman.

Vieron la cabaña, una pequeña construcción sostenida sobre postes de unos diez metros de altura. Era una bonita cabaña, con el techo inclinado, un estrecho balcón que la rodeaba por los cuatro costados y varias ventanas.

—¿Qué es eso? —inquirió De Gier.

—Algo que está ahí, nada más —explicó Buisman—. Lo construyeron los de obras acuáticas. Supongo que tendrían la intención de poner algún vigía, pero hasta donde alcanza mi memoria no lo ha habido nunca. De todas formas, tampoco hay nada que vigilar. A veces vienen unas cuantas focas a tomar el sol en la arena, y están los pájaros, por supuesto.

—Tiene una utilidad —añadió el sargento—. Si alguien se queda aislado en el banco de arena, puede instalarse en la cabaña a esperar que le llegue ayuda. Cuando el mar está muy alto, la arena queda completamente sumergida, pero la cabaña permanece siempre en seco. Dentro hay agua y comida, raciones de emergencia, y también una pistola de señales. Una vez recogí a una tripulación embarrancada que llevaba ahí medio día.

—Está subiendo por la escalerilla —anunció De Gier.

Buisman suspiró.

—Ya sabes qué pretende hacer, ¿verdad?

—Sí —contestó Grijpstra.

El sargento comenzó a bajar el ancla.

—Puedes parar el motor —le indicó el brigada—. Es posible que tengamos que quedarnos aquí un buen rato.

Los cuatro policías se miraron entre sí.

—Tú —le dijo Grijpstra a De Gier—. Tú a veces tienes ideas geniales. ¿Qué hacemos ahora?

De Gier le dedicó una radiante sonrisa.

—Esperar —respondió—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Tiene comida, tiene agua y está armado. Si nos acercamos demasiado, gastará un par de cartuchos. Probablemente podríamos responder con la carabina, pero él estará a cubierto y nosotros no. Además, no me gusta tener que dispararle. Tendremos que ir haciendo turnos hasta que se rinda por hambre. Supongo que desde tierra firme podrán enviarnos unos cuantos hombres para que nos releven. —Se volvió hacia el sargento—. Tendrá que regresar a la isla. ¿Tiene algún hombre más?

—Riekers —respondió el sargento—. En estos momentos, es el único policía que queda en la isla, y no puede estar en todos los sitios al mismo tiempo. Se supone que debemos recibir a los ferrys y patrullar los campamentos. Hay unos cuantos centenares de turistas por ahí y algún que otro *hippy*, además de los novecientos isleños. No podemos pasarnos todo el día aquí.

—Podemos tratar de razonar con él —sugirió Grijpstra, mirando a Buisman.

—¿Lo conoce usted bien, sargento?

El sargento de la lancha se rascó el cuello.

—Bueno, he hablado con él, desde luego, pero no somos íntimos. Es un tipo difícil de tratar. No bebe.

—No —dijo Buisman—. Y cuando habla, es siempre de la Biblia. Del Antiguo Testamento.

—El Dios de la venganza —comentó De Gier—. Jehováh.

—Jehováh tampoco era muy fácil de tratar —asintió Grijpstra—. Bueno, como ha dicho el sargento, no podemos quedarnos aquí todo el día. Si arría ese bote, sargento, remaré hasta el banco y trataré de acercarme a nuestro hombre. No disparará contra mí a sangre fría.

—No —objetó De Gier—, iré yo. Soy capaz de sacar la pistola más deprisa que tú. La semana pasada, gané el segundo premio en la competición de tiro con rifle. Si veo que coge su escopeta, quizá pueda meterle una bala en el brazo.

—Arríe el bote, sargento —dijo Buisman con voz queda—. Iré yo. Después de todo, yo le conozco.

Grijpstra protestó y el sargento se ofreció para ir él, pero Buisman no quiso ceder.

Los tres hombres contemplaron cómo se acercaba el bote a la orilla.

—Mira —dijo De Gier, señalando hacia la cabaña elevada. Rammy Scheffer había salido al balcón.

Buisman estaba bajando del bote, con cuidado para no volcarlo. Le vieron caminar hacia la cabaña y vieron que Rammy se echaba la escopeta al hombro. Buisman se detuvo y comenzó a gritar algo, haciendo bocina con las manos. De Gier vio que Rammy meneaba lentamente la cabeza. Todos oyeron la sorda detonación de la escopeta.

Buisman seguía en pie. Le vieron girar en redondo. Se apretaba el pecho con una mano y avanzaba tambaleándose.

—¡El muy cabrón! —exclamó el sargento, arriando furiosamente un segundo bote. De Gier tomó la carabina y ambos descendieron cautelosamente al pequeño bote de goma.

El sargento era un hábil remero y el bote surcó velozmente las olillas que una leve brisa comenzaba a formar. Llegaron al banco de arena en pocos minutos y De Gier apuntó con la carabina. El disparo, deliberadamente fallido, no acertó a Rammy Scheffer, pero la bala dio en la pared de la cabaña muy cerca de su cabeza, y Rammy desapareció en el interior.

—¡Corra! —le gritó De Gier al sargento mientras volvía a abrir fuego contra la cabaña, acertando justo debajo del tejado. El brigada aún seguía en pie, pero se movía muy lentamente. El sargento echó a correr y sujetó al vacilante Buisman, hablándole con suavidad.

—Se pondrá bien, Buisman. Agárrese de mi cuello.

De Gier disparó una vez más, pero no se veía ni rastro de Rammy ni de su arma.

—No se preocupe —le gritó el sargento—. Aquí no puede darnos. Yo iré con Buisman y usted puede volver en el otro bote. ¿Sabe remar?

—Sí —respondió De Gier.

Los dos botes llegaron a la lancha al mismo tiempo y Grijpstra ayudó al sargento a izar a Buisman a bordo. Entre los dos, le abrieron la chaqueta. La carga de perdigones había hecho manar mucha sangre, pero las heridas no eran profundas. La chaqueta de Buisman le había protegido bastante. No había sufrido daños en la cara.

—Ocúpese usted de él —dijo el sargento—. Voy a ver si puedo conseguir ayuda.

La radio de la isla no respondía. El sargento siguió intentándolo.

—Riekers debe de haber salido de la comisaría —masculló el sargento—. Seguramente estará buscándonos. Habría podido llamar, el muy idiota.

—Estábamos en otra frecuencia —le recordó De Gier—, hablando con la avioneta.

—Es verdad —reconoció el sargento—. ¿Y ahora qué? No podemos dejar sola a esa rata asesina. Huiría en su embarcación.

—Podríamos llevarnos su yate con nosotros, ¿no?

—No —contestó el sargento—. Escaparía a nado. Es un buen nadador.

Un reactor pasó aullando sobre sus cabezas, cubriéndolos con su sombra y anegándolos en un mar de ruido.

—Lo único que nos faltaba... —protestó De Gier cuando el avión se hubo alejado.

—¡Los reactores! —gritó de repente Grijpstra—. ¡Ahora sí que pueden ayudarnos!

De Gier y el sargento se lo quedaron mirando.

—¿No lo entiende? —bramó Grijpstra—. Llámelos por radio y pídeles que den unas cuantas pasadas sobre esa cabaña. Eso le

hará salir a toda prisa.

—¡Genial! —exclamó De Gier.

El sargento conectó de nuevo la radio.

—¿Puede llamar de mi parte a la base de reactores, señor?

—¿Por qué? —inquirió una voz adusta.

El sargento le explicó lo que deseaba. Tuvo que explicárselo varias veces.

—Muy irregular —objetó la voz adusta.

—La situación es bastante irregular, señor —adujo el sargento.

—¿Cómo está el brigada?

—Necesita asistencia médica.

—De acuerdo —asintió la voz—. Les enviaremos una lancha con un médico. Tardará una hora, o quizá dos, de modo que telefonearé también a la isla y les diré que envíen a su médico en el yate de alguien. Y hablaré con la base aérea como me ha pedido. Seguramente tendré problemas, pero eso será más tarde. Corto.

El primer reactor apareció a los cinco minutos. Tras describir un amplio círculo para asegurarse de cuál era su blanco, ganó altura y descendió bruscamente en picado. Los hombres de la embarcación se cubrieron los oídos y se agacharon todo lo que pudieron. De Gier pronto cesó de lamentar no haber tomado parte en la guerra. El sobrecogedor aullido del caza le paralizó todo el cuerpo y le hizo saltar las lágrimas. Obligándose a mantener los ojos abiertos, vio cómo el aparato aumentaba de tamaño hasta oscurecer todo el firmamento. A continuación, volvió la cabeza y lo vio pasar rozando el techo de la cabaña, en apariencia a escasos palmos del mismo. Cuando volvió otra vez la vista, el segundo aparato iniciaba su picado mientras el primero ascendía y se ladeaba para recobrar la posición original. El segundo caza pasó aún más cerca del techo de la cabaña.

La radio murmuraba algo, y el sargento subió su volumen.

—¿Están ahí? —preguntaba el oficial de policía desde tierra firme.

—Óigalo usted mismo, señor —respondió el sargento, alzando el micrófono sobre su cabeza mientras el primer reactor volvía a descender con un bramido.

—No estarán utilizando sus armas, ¿verdad? —inquirió la voz.

—No, señor; solamente dan pasadas.

—Pues suena como el fin del mundo.

—Ahí viene el otro —anunció el sargento.

—¡Ya está! —exclamó De Gier.

La verde figura de Rammy apareció en el balcón. Estaba agitando los brazos y no llevaba la escopeta.

—¡Baje de ahí! —le gritó De Gier, olvidando que Rammy no podía oírle.

Rammy empezó a bajar, con tanta prisa por llegar al suelo que casi se cayó de la escalerilla. Le vieron correr hacia ellos. Los pilotos de los reactores también lo habían visto y dejaron de dar pasadas, para empezar a volar en círculo.

De Gier cogió la carabina y descendió a uno de los botes.

—¡Espera! —dijo Grijpstra, y pasó una pierna sobre la borda de la lancha.

Grijpstra remó mientras De Gier cubría a Rammy con la carabina. Rammy los esperaba en la orilla, silencioso, con los brazos colgando junto al cuerpo. Cuando llegaron a su lado, vieron que tenía la boca abierta y un hilillo de saliva en la comisura de los labios.

—¡Levante las manos! —le ordenó De Gier en voz alta, pensando en el largo cuchillo que debía de estar oculto bajo su chaqueta verde, pero Rammy no le oyó.

Grijpstra se situó a espaldas del prisionero y tentó su chaqueta. No tardó en encontrar el cuchillo, y se lo quitó. Las esposas se cerraron con un chasquido. Rammy comenzó a farfullar.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó De Gier a Grijpstra.

La voz de Rammy era muy baja y Grijpstra inclinó la cabeza para tratar de captar el sentido de sus palabras.

—No sé —contestó al fin—. Algo acerca de Satanás.

—Venga con nosotros, Rammy —le dijo De Gier suavemente—. Nadie va a hacerle daño. Suba al bote y le llevaremos a la lancha. Pronto podrá echar un buen sueño.

Rammy alzó la vista.

—Estará usted bien —le aseguró Grijpstra.

16

—NO ESTÁ USTED muy malherido —dijo el doctor—, pero está herido. ¿Le duele mucho?

—No mucho —respondió Buisman con voz quejumbrosa.

—Tendré que quitarle los perdigones del pecho. Se han quedado casi todos en la ropa, pero también tiene unos cuantos en la piel. Podemos llevarlo al continente y dejarlo unos días ingresado en un hospital.

—No.

—¿Prefiere quedarse en casa?

—Se lo ruego —respondió Buisman—. La comida es mucho mejor.

El doctor asintió y se volvió hacia la figura de Rammy, sentado en la cubierta de la lancha. Estaba temblando y le castañeteaban los dientes.

—¿Qué tal se encuentra, Rammy? —inquirió.

El doctor le tocó muy levemente la cabeza, pero el guarda no pareció darse cuenta.

—Conmoción —le explicó el doctor a De Gier—. Tiene una fuerte conmoción. Tendrá que ir al continente. ¿Quiere venir con nosotros?

En vez de contestar, De Gier contempló a Rammy Scheffer.

—¿Está muy mal, doctor?

—Está mal.

—¿Adónde va a llevarlo?

—A un hospital mental.

—¿Sí? —preguntó De Gier, sorprendido—. ¿Tan mal?

Se habían dirigido al otro lado de la lancha y estaban apoyados en la barandilla, de cara al mar, mientras la embarcación regresaba al puerto de la isla. El pequeño yate particular en que había llegado el médico los seguía a unos cien metros de distancia.

—Sí —contestó el doctor—. Su mente está muy perturbada. Conozco a Rammy desde que se instaló en la isla. Siempre ha vivido bajo una gran tensión. Es uno de mis pacientes habituales.

—¿Qué es lo que tiene?

—Úlceras, y otras enfermedades de origen nervioso. Problemas respiratorios. A menudo creía que iba a asfixiarse. Una vez se presentó en mitad de la noche, cogiéndose el cuello con las manos. Me dijo que debía operarle de urgencia.

—¿Y qué tenía? —quiso saber De Gier—. ¿Asma?

—No padecía nada que yo pudiera diagnosticarle —respondió el doctor.

—¿Entonces?

—Le recomendé que visitara a un psiquiatra.

—¿Lo hizo?

—No.

—¿Qué cree usted que le pasa?

—No —objetó el doctor—, no voy a decirle nada más. Tal vez el psiquiatra de la institución a la que pienso llevarle pueda darle más explicaciones. Pero no pueden detenerle, eso es evidente. Tendrá que quitarle las esposas. Le administraré algo para tenerle calmado mientras la lancha nos conduce a tierra firme. Iré con él. ¿Quiere acompañarnos?

—No, a menos que usted me lo pida.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Podría hacerme un favor? —preguntó súbitamente De Gier.

—Desde luego.

—Échele un vistazo a mi compañero —le pidió De Gier—. Me parece que está enfermo.

Encontraron a Grijpstra en la proa de la lancha.

—Hermoso día —observó el doctor.

Grijpstra volvió la cabeza y trató de sonreír. Su cara estaba cubierta de sudor.

—Estoy un poco mareado —explicó—. Ya pasará. Ayer también me mareé en el *ferry*.

—Sí —dijo el doctor—, cuenta usted con todas mis simpatías. Yo también suelo marearme, pero no en las embarcaciones pequeñas. Una vez hice un crucero con mi esposa, dos semanas por el Mediterráneo, y estuve mareado casi todo el tiempo.

Grijpstra sonrió. El doctor tenía una forma de expresarse que resultaba agradable.

—¿Me permite que le tome el pulso?

Grijpstra extendió el brazo y comenzó a toser.

—Tiene la gripe, doctor —dijo De Gier—, y también diarrea.

Grijpstra dejó de toser y lanzó una furibunda mirada a De Gier.

—Debería estar en la cama —añadió De Gier.

Grijpstra estornudó.

—Su amigo tiene razón —decidió el doctor—. No es solo un mareo lo que tiene. Habrá de meterse inmediatamente en la cama.

—¿En la cama? —gruñó Grijpstra—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió De Gier—. Míralo. Probablemente tienes neumonía y disentería.

—¿Por qué no me llevas al cementerio, pues? —replicó Grijpstra—. ¿Y por qué no te ocupas de tus cosas?

—No —intervino el doctor—, no se altere. Soy médico y le digo que está usted enfermo. No muy enfermo, pero enfermo. Y tendrá que guardar cama.

—Volveré a Amsterdam —afirmó Grijpstra—, y me pondré bien. No estoy acostumbrado a tanta naturaleza.

—No puedes volver a Amsterdam —dijo De Gier, y se alejó. Encontró a Buisman en el camarote, tendido sobre un banco. El sargento había hecho todo lo posible para que estuviera cómodo, colocándolo sobre una colchoneta y cubriéndolo con una manta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó De Gier.

—Fatal —contestó Buisman—, pero estaré mucho mejor cuando vea a mi mujer. Antes trabajaba de enfermera, y cocina muy bien. No me irán mal unos cuantos días de cama.

—Grijpstra está enfermo —le anunció De Gier.

—Perfecto.

—¿Cómo que perfecto? —preguntó De Gier, alzando la voz.

—Así tendré compañía —explicó Buisman—. Podremos jugar a cartas y pasar el rato charlando.

—¿Y a tu mujer no le importará?

—No —dijo Buisman—. Le gusta hacer de enfermera.

—No creo que quiera jugar a cartas contigo —comentó De Gier—. Tiene gripe y disentería.

—¿Eso es lo que dice el médico?

—El médico dice que está enfermo.

—Se pondrá bien —le aseguró Buisman—. Tú no conoces a mi mujer.

—Ya está todo arreglado —dijo De Gier—. Te quedarás en casa de Buisman. Su mujer es enfermera y cocina muy bien.

—Es cierto —asintió el doctor.

Grijpstra fue a decir algo, pero soltó un estornudo.

En el puerto de la isla les esperaba una multitud, y De Gier la examinó con sus gemelos. Vio al commissaris junto a IJsbrand Drachtsma. Saludó con el brazo al commissaris, que levantó una mano. El commissaris seguía enfundado en su traje de shantung. No había pasado por su domicilio: un automóvil de la policía lo había llevado desde el aeropuerto de Amsterdam al *ferry* de Schiermonnikoog, y acababa de llegar a la isla. Estaba hablando con el señor Drachtsma, y De Gier, aunque comprendía que era descortés observar así a los dos hombres, no bajó sus gemelos. Drachtsma comenzó a decirle algo al commissaris. Estuvo un buen rato hablando.

La lancha rozó el muelle y se detuvo. Justo al lado había amarrada otra lancha similar. Algunos policías llegados del continente ayudaron a De Gier a transportar a Rammy Scheffer. Las esposas fueron retiradas y Rammy tuvo que tragarse una píldora. El pequeño guarda ya no temblaba como antes, pero sus ojos seguían desprovistos de expresión.

El médico de la isla habló con el médico que había llegado en la lancha. De Gier presentó ambos médicos al commissaris. Buisman fue desembarcado en una camilla y De Gier sostuvo a Grijpstra, que había dejado de fingir y se mostraba dispuesto a aceptar su ayuda. Un coche local se ofreció para llevar a ambos policías a casa de Buisman. La esposa de Buisman, una mujer rolliza y de afable aspecto, se fue con ellos.

De Gier notó una mano en el hombro y dio media vuelta.

—Bueno —comenzó el commissaris—, vamos a algún sitio donde podamos tomar café. Veo que han recibido mi mensaje.

TOMARON CAFÉ, almorzaron, volvieron a tomar café y a continuación pidieron una copa de *brandy*.

—Bueno —dijo finalmente el commissaris, cuando De Gier, muy relajado y sonriente, hubo terminado de hablar—, veo que de todas formas lo habrían encontrado ustedes solos.

—Tal vez no —contestó De Gier.

—Sí, estoy seguro de que lo habrían encontrado.

—No, señor. Yo no estoy tan seguro. La sirena de la lancha de la policía le hizo perder la cabeza. Y fue usted quien envió la lancha, porque venía a traernos su télex.

—Sí, es posible. —El commissaris sonrió—. Pero no me habría importado que lo descubrieran ustedes por su cuenta. El viaje a Curaçao ha sido muy bueno.

—¿Qué le ocurrió? —quiso saber De Gier.

Tomaron más *brandy*. La tarde fue pasando mientras el commissaris hablaba.

—Pero ¿por qué? —inquirió el commissaris—. ¿Por qué pensaron en Drachtsma?

Iban andando hacia la casa de Buisman y había empezado a llover de nuevo. El commissaris no tenía impermeable y caminaban a paso vivo.

—Vamos al hotel, señor. Podemos ir a verles luego, o telefonear. Quizá sea mejor que lo dejemos para mañana.

—De acuerdo, me inscribiré en el hotel. ¿Por qué Drachtsma?

—Es un hombre poderoso —dijo De Gier, quitándose con esfuerzo su chaquetón de tres cuartos.

—Sí —admitió el commissaris.

Tomaron asiento en el cuarto de De Gier y el commissaris se frotó las piernas.

—¿Qué tal van sus piernas, señor?

—Vuelven a dolerme. En Curaçao no me dolían. Luego tomaré un baño caliente.

El commissaris se tendió sobre la cama en que De Gier había dormido.

—IJsbrand Drachtsma es un hombre poderoso.

—Sí —prosiguió De Gier—, y María van Buren era una mujer poderosa.

—Entiendo —dijo el commissaris—. Él pretendía ser su dueño y ella lo manipulaba. Un conflicto de intereses. Podría ser un motivo.

—Ella era una hechicera, una bruja —añadió De Gier—. Usted conoció a su maestro. ¿Cómo era?

—Ya se lo he dicho —respondió el commissaris—. Nunca llegué a descubrir cómo era. Me quedé dormido en su porche y, al despertar, me marché. Se mostró muy amable conmigo.

—Tal vez fuese un *bruj* bueno —opinó De Gier—. La magia funciona en ambos sentidos, ¿no es cierto?

—Sí. Yo también lo había pensado. Ella era discípula suya. Aprendía de él. Tenía cierto poder.

—Y lo utilizaba en sentido contrario.

—De acuerdo, de acuerdo —concedió el commissaris—. Digamos que tenía hechizado a Drachtsma. El gran magnate, el presidente de varias empresas, el héroe de la guerra, el deportista, el intelectual, el jefe. Y ella lo tenía en sus manos. De modo que la mató.

—Sí —dijo De Gier.

—Pero eso no es posible —objetó el commissaris—. Tiene una coartada. Yo mismo la he verificado. Hablé con la policía alemana. Los dos invitados confirmaron que habían pasado el sábado con él, todo el día y toda la noche, y son personas respetables. Cuando el puñal se clavó en la espalda de María, Drachtsma estaba en Schiermonnikoog.

De Gier encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana.

—Tal vez Drachtsma también había aprendido algo de hechicería —observó.

El commissaris se incorporó en la cama y miró hacia la espalda de De Gier.

—Quiere usted decir que utilizó a Rammy Scheffer.

De Gier no respondió.

—Podría ser —admitió el commissaris, con voz lenta—. Rammy Scheffer es un perturbado mental. Abandonó la marina mercante. Odia a su padre. Su padre no se casó con su madre. Y quería a su hermana.

—Jehováh —musitó De Gier.

—La Biblia —añadió el commissaris—. ¿Ha leído usted la Biblia, De Gier?

—Sí. En la escuela dominical. Algunas partes del Antiguo Testamento me las sé de memoria.

—La Biblia es un libro muy interesante —dijo el commissaris.

De Gier se volvió con rapidez.

—Un libro muy peligroso, señor.

—Cuando se interpreta mal.

—Una vez vi un cinturón del ejército alemán —comentó De Gier—. Alguien lo conservaba como recuerdo de la guerra. En la hebilla había grabadas unas palabras: GOTTE MIT UNS.

—Dios con nosotros —tradujo el commissaris.

—También los soldados de la SS llevaban esos cinturones —añadió De Gier—. Asesinaron a seis millones de judíos.

—Sí —concedió el commissaris—. De forma que Drachtsma jugó con los sentimientos del hermanastro de María. Le dijo que Satanás

se había apoderado de ella y que la utilizaba como agente suyo.

—Será difícil demostrarlo —dijo De Gier.

—Será imposible demostrarlo. Pero podríamos satisfacer nuestra curiosidad. Podríamos ir a ver a Drachtsma.

—Estuvieron conversando en el muelle, ¿verdad, señor?

—Sí —respondió el commissaris—, y lo encontré muy nervioso. No dejaba de hablar. En cuanto se desató, ya no me dejó meter baza.

—¿Dijo algo?

—No. Me preguntó qué pensaba. Si yo creía que la había asesinado ese pobre diablo. Me dijo que conocía bien a Rammy y que es un desequilibrado.

—¿Le dijo usted que Rammy Scheffer era medio hermano de María van Buren?

—Sí.

—¿Y?

—Me contestó que no lo sabía.

ERAN LAS CINCO DE LA TARDE y el commissaris estaba a punto de sumergirse en la bañera cuando empezó a sonar el teléfono de su habitación.

—Soy Drachtsma.

El commissaris masculloó algo y trató de sujetar la toalla, que se deslizaba de sus delgadas caderas.

—He pensado que seguramente se quedaría en la isla hasta mañana, y me preguntaba si querría cenar con nosotros. También vendrá el alcalde y algunos notables de la isla, y me ha parecido que quizá le gustaría conocerlos.

—Gracias —respondió el commissaris, empeñado en encender un cigarro y sostener la toalla al mismo tiempo—. ¿Le importaría que trajera a mi ayudante, el sargento De Gier? No creo que le apetezca cenar a solas, y el brigada Grijpstra está enfermo, en casa de los Buisman.

Hubo un breve silencio.

—No sé si el sargento se sentirá a sus anchas entre la compañía de esta noche.

El commissaris mordió el extremo del cigarro, lo rompió y lo escupió al suelo.

—Estoy seguro de que se sentirá muy a gusto.

—De acuerdo —asintió Drachtsma—. El sargento también está invitado. ¿Les iría bien llegar sobre las siete o siete y media? ¿Quiere que envíe un coche a buscarlos?

—Conozco su casa, ya me la han mostrado. No creo que haya más de unos kilómetros desde el hotel. Me parece que iremos paseando.

—Hasta la noche, entonces —dijo Drachtsma.

—¡Bah! —exclamó el commissaris. Encendió un cigarro nuevo, recogió la toalla y pasó al cuarto de baño.

De Gier estaba telefoneando a la jefatura de policía, en Amsterdam.

—Ya lo tenemos —le decía al brigada Geurts—. Es un hermanastro de la víctima. Un drama familiar, muy trágico.

—¿Ha confesado?

—No. Se ha vuelto loco.

—¿Pero estáis seguros de que ha sido él?

—Él arrojó el cuchillo.

—Felicidades. ¿Qué hacemos con el señor Holman, el tipo del chaleco rojo? Tiene que volver esta noche. Ayer también le hicimos venir.

—No, ese no tiene nada que ver —respondió De Gier.

—Yo no estaría tan seguro. Está muy nervioso, ya sabes, y me parece que esconde algo.

—Lo más probable es que no haya pagado suficientes impuestos —respondió De Gier—. Llámale y dile que ya hemos encontrado a nuestro hombre.

—Muy bien —asintió el brigada Geurts—. Telefonéame cuando llegues a Amsterdam. Podemos ir por ahí a tomar algo. A Sietsema y a mí nos gustaría que nos lo contaras todo.

—No; esta noche, no. Aún no hemos terminado, y Grijpstra está enfermo. Quizá dentro de unos días.

—¿Qué quiere decir eso de que aún no habéis terminado? Habéis capturado a vuestro hombre, ¿no?

—Sí, sí —admitió De Gier—, pero es un caso bastante extraño.

—¿Y Grijpstra? ¿Qué le pasa?

—Tiene la gripe. Ahora voy a visitarle, está en casa de unos amigos.

—Estáis de vacaciones —protestó Geurts—, ya lo sé. Sentados en la playa.

—Sí —dijo De Gier—, y nos dejan utilizar la lancha de la policía. También hay un yate, además. Y he conocido a unas chicas. Esta noche iremos a una fiesta. Una orgía. Esta isla está llena de naturistas. Nos perseguiremos por la playa, todos desnudos. Es luna llena, ya sabes. Estas islas son distintas a lo que conocemos en el continente. La gente es muy desinhibida. Las chicas se acercan y te preguntan «¿te gustaría acostarte conmigo?», y a nadie le molesta. Ni siquiera a sus novios o sus maridos. Además, tienen unos magníficos bailes populares.

—¿En serio?

—Sí —dijo De Gier.

—¿Todavía siguen cortando cabezas?

—Beben cerveza en los cráneos de sus enemigos y se cubren con pieles de conejo. Y ahora lo siento, pero tengo que colgar.

—¡Bah! —le dijo Geurts a Sietsema, que había estado escuchando—. ¿Te das cuenta de que siempre les toca a ellos? A nosotros nunca nos pasa nada.

—No te preocupes —respondió Sietsema—. Todavía tenemos a esa ancianita que fue golpeada en la cabeza por dos árabes, y el tipo que tiene la casa llena de bicicletas robadas. Y esta tarde, mientras estabas en la cantina, nos ha llegado otro caso. Parece interesante.

—¿De qué se trata?

—Esta mañana han llevado un hombre al hospital en ambulancia. Tiene una fisura en el cráneo y el brazo roto, y no sé qué lesión en la pierna. La historia que le ha contado al doctor resulta muy inverosímil, de modo que el doctor no le ha creído y nos ha telefoneado.

—¿Qué historia es esa?

—Bueno —comenzó Sietsema, repasando sus notas—, espero haberlo entendido bien. El tipo es un estudiante que vive en un apartamento con jardín, una especie de sótano reformado, según

creo. Suele dormir hasta muy tarde, y esta mañana se ha levantado a las once únicamente porque llamaban al timbre con insistencia. Estaba un poco turbio por la bebida de anoche y no se ha molestado en vestirse, o sea que ha salido al pasillo sin ropa. Como el timbre seguía sonando, ha echado a correr, y su gato, un animalito joven y juguetón, le ha tirado un zarpazo a las pelotas. Pero tenía las uñas extendidas, o sea que le ha hecho daño de veras.

—Ja.

—Sí —prosiguió Sietsema—. Entonces el hombre ha pegado un salto y se ha roto la cabeza contra un tubo, una tubería del gas que pasa cerca del cielo raso. Alguien lo ha visto tendido en el pasillo. Ha venido la ambulancia y los enfermeros lo han atado a la camilla. Todavía estaba consciente, de modo que le han preguntado qué le había pasado, y él se lo ha dicho. Entonces se han reído tanto que han dejado caer la camilla y se ha roto el brazo.

Geurts se quedó mirando al sargento Sietsema.

—Te estás volviendo como De Gier —comentó.

—No. Aquí está el número. Llama al hospital. Los médicos opinan que su historia no puede ser cierta y que alguien debe de haberle pegado una paliza.

Geurts descolgó el auricular.

De Gier iba caminando por el dique principal de la isla. La marea estaba baja y el mar de fango se extendía kilómetros y kilómetros. Millares de pájaros se alimentaban en el lodo, y sus cuerpos blancos contrastaban con las oscuras nubes que cubrían el horizonte. Los habitantes de la isla permanecían encerrados en sus casas, tomando el té, y alrededor del sargento el mundo estaba en silencio; ni siquiera los pájaros producían ruido alguno, pues estaban demasiado atareados buscando su comida. De Gier se detuvo a mirar. Al otro lado del dique, atado a un poste en una pradera, relinchaba un caballo. De Gier contempló el caballo. El sol, que brillaba por una abertura entre las nubes, parecía concentrarse en el

cuadrúpedo y le daba el aspecto de estar envuelto en fuego; un llameante caballo blanco corveteando en el prado verde oscuro. De Gier suspiró.

Alzó la vista hacia las nubes. La abertura se cerraba poco a poco y ya solo dejaba pasar un haz de luz anaranjada, pero este seguía enfocando al caballo, que, como sintiendo que formaba parte de lo inexpresable, se encabritó y agitó las patas delanteras.

—Buenas tardes, señora Buisman —dijo De Gier—. ¿Cómo están sus pacientes?

—Pase y tome una taza de té —le invitó la obesa mujer, cuyo delantal blanco le confería un aspecto muy eficiente—. Su amigo se ha dormido. Pero está enfermo. Tenía usted razón. Tiene neumonía, y le ha subido la fiebre. Seguramente deberá quedarse aquí algún tiempo, pero pronto se encontrará mejor. Quizá mañana mismo.

—Bien. ¿Y su esposo?

—Le han quitado los perdigones del pecho. Ha resultado fácil, por fortuna, pero tiene la piel perforada por muchos sitios.

—Menos mal que no le dio en la cara.

—Rammy no le habría disparado a la cara —adujo la señora Buisman—. Solo pretendía impedir que mi marido lo arrestara, el pobre hombre.

—Pobre hombre —murmuró De Gier—. Mató a su hermana, ya lo sabe.

La señora Buisman llenó una taza de té y cortó una porción de pastel.

—Ya lo sé —asintió.

—¿Aprecia usted a Rammy?

—Sí. Hace tiempo que nos conocemos. Solía venir con frecuencia a tomar el té, y se sentaba en el mismo sitio en que está usted sentado. Tenía que sobrellevar una gran carga; espero que lo traten bien en el hospital mental. Le asustaba la gente, ya me entiende, y lamentaba mucho haber dejado el mar. A menudo me hablaba de su capitán de Curaçao; un viejo borracho, por lo que decía, pero mejor padre para él que el verdadero.

—Su padre ya estaba casado —explicó De Gier.

—Sí. Son cosas que pasan. Pero es terrible para los hijos. Quedan perdidos, y el mundo está vacío para ellos.

Un gato entró en la cocina, miró a la señora Buisman y ronroneó. Ella lo subió a su regazo y le acarició el lomo.

—Todos los seres vivientes necesitan amor. También este. Tengo que cogerlo veinte veces al día y decirle que no está solo.

—¡Mi gato! —exclamó De Gier, levantándose de un salto—. Debo telefonar. ¿Le importa que utilice su teléfono?

—¿Qué tal está? —preguntó la señora Buisman cuando De Gier hubo colgado el auricular.

—Está bien. Cuando salgo de la ciudad lo cuida el vecino, pero mi gato es un animal difícil. No come gran cosa si no estoy yo, y ataca a cualquiera que trate de entrar en casa. Al vecino no le importa, porque está acostumbrado a los animales. Trabaja en el zoológico y sabe cómo tratar a Oliver. Así se llama, Oliver. El vecino es cariñoso con él, y Oliver no sabe defenderse del cariño.

—Ya lo ve —comentó la señora Buisman—. Rammy es igual. Quiere cariño, pero tiene una forma muy agresiva de pedirlo.

De Gier revolvió el té.

—¿Conoce usted al señor Drachtsma, señora Buisman? —inquirió.

La señora Buisman entornó los párpados.

—Le conozco.

—¿Lo conocía Rammy?

—Rammy lo conocía bien.

—¿Qué opinión le merece el señor Drachtsma?

La señora Buisman ya no mostraba un aspecto tan afable como antes. Su rostro reflejaba resolución, y su tez parecía más tensa. De Gier se fijó de pronto en el rígido moño que coronaba su cabeza.

—Puede decírmelo —insistió De Gier con suavidad—. No se trata de simple curiosidad.

—Ya tienen a su asesino, ¿no? —preguntó la señora Buisman.

De Gier comenzó a comer su ración de pastel.

—Eso parece —respondió con la boca llena.

—He estado pensando —dijo la señora Buisman—. ¿Conocía el señor Drachtsma a la mujer que asesinaron en Amsterdam?

—Sí. Era su amiguita, su amante.

—Pobre señora Drachtsma.

—¿Ignoraba ella que su esposo le era infiel?

—Oh, no —contestó hoscamente la señora Buisman—. Estaba enterada. También suele venir a tomar el té conmigo y a veces me hablaba del asunto. Intentaba comprenderlo, me dijo. Los hombres importantes viajan mucho y tienen muchísima energía. Para ellos, una mujer no es bastante. Me dijo que en realidad no le importaba demasiado, siempre y cuando no trajera sus queridas a la isla.

—¿Lo hizo alguna vez?

—Es posible. Muchas veces llevaba invitados a su yate. Su esposa no sube nunca al yate, porque le da miedo el mar.

—Sí, sí —dijo De Gier.

—No es un buen hombre —declaró la señora Buisman después de respirar hondo.

—¿Por qué no?

La señora volvió a llenar las tazas de té y durante unos instantes se miraron a los ojos, agitando mecánicamente sus respectivas cucharillas.

—Me recordaba una planta rodadora. Usted es hombre de ciudad, ¿verdad, sargento? ¿Conoce las plantas rodadoras?

—Conozco algunos pájaros.

La señora Buisman se echó a reír.

—Sí, mi marido ya me ha contado su aventura de esta mañana.

—No, si me ha gustado —se apresuró a asegurarle De Gier—. Pero el brigada, Grijpstra, quiero decir, no se encontraba bien y, naturalmente, estábamos un poco obsesionados por el asesinato.

—No importa. Voy a contarle cómo son las plantas rodadoras. Cuando mueren los arbustos, a finales de año, algunos se rompen. Primero se secan y se vuelven quebradizos, y un día el viento los arranca, se rompe el tallo y comienzan a dar vueltas por la isla. Es

un espectáculo sorprendente. Las plantas parecen muy decididas y llenas de energía, van a todas partes y, cuando el viento cambia, regresan de nuevo. Cruzan las carreteras, se enganchan en nuestras cercas e incluso entran en los jardines. Las dunas están repletas de ellas. Pero finalmente llegan a las playas y se ahogan en el mar, aunque, claro, para entonces ya están muertas. Murieron mucho antes de romper el tallo y perder su alma.

De Gier había dejado su taza en la mesa y contemplaba a la rolliza mujer.

—Entonces —comenzó—, ¿cree usted que Drachtsma ha perdido su alma?

—El alma, el alma —dijo la señora Buisman—. No soy una mujer muy cristiana. No entiendo de almas, solo es una forma de hablar. Pero el señor Drachtsma es un hombre muy duro, siempre se sale con la suya, siempre va de un lado a otro y nunca parece sentirse feliz. Cada año se compra un yate aún más grande, cambia constantemente de coches y siempre hay carpinteros y albañiles trabajando en su casa. Es un hombre desdichado y no está realmente vivo.

—¿Quién lo está? —preguntó De Gier.

—Oh, mucha gente. Mi marido, por ejemplo. Es un hombre capaz de amar.

De Gier sonrió.

—No es lo que está usted pensando —protestó la señora Buisman, y soltó una risita contenida—. Ya no somos tan jóvenes como antes. Quiero decir que ama las cosas vivas, y las que no están vivas también. El otro día lo vi de pie en el dique, contemplando el mar y los pájaros y las nubes, y me acerqué a él y le dije «Buisman», y entonces me miró como si no supiese quién era él, tan lleno estaba de todo lo que le rodeaba. Pero Drachtsma no es así, él siempre sabe muy bien quién es. «Drachtsma» es la palabra más importante que conoce, y siempre está pensando en cómo hacerla aún mayor. Y será arrastrado por sus interminables deseos

del mismo modo en que las plantas rodadoras son arrastradas por el viento.

—Y, finalmente, será arrastrado hacia el mar y desaparecerá —concluyó De Gier.

La señora Buisman fue a cuidar de sus pacientes y tardó un rato en volver. De Gier telefoneó al hotel y recibió instrucciones de reunirse con el commissaris a las siete en punto. Todavía disponía de media hora.

—Dígame, señora Buisman —preguntó cuando la mujer hubo regresado a la cocina, sonriendo por algún motivo—, ¿qué clase de relación mantenía el señor Drachtsma con Rammy Scheffer?

—Precisamente estaba pensando en eso —contestó la señora Buisman—, pero al ver a mis dos gorditos bebés se me ha ido de la cabeza. Su señor Grijpstra tiene un potente ronquido, no cabe duda, y mi Buisman está estornudando constantemente. No comprendo cómo no se despiertan el uno al otro. Rammy Scheffer, decía usted. Bueno, al principio, apenas se trataban. Se conocían, desde luego, porque aquí nos conocemos todos, pero hace cosa de un año, si no recuerdo mal, comenzaron a intimar. Drachtsma siempre finge que le interesa mucho la naturaleza, y ha hecho considerables donaciones a las reservas. Estoy segura de que se preocupa por la isla; después de todo, es su hogar, su padre era de aquí y su abuelo nació en la isla, pero no creo que al señor Drachtsma le importen los pájaros. Si pudiera construir un hotel en la isla, probablemente lo haría, pero ahora está completamente prohibido construir más hoteles. Creo que Rammy fue a verle por un asunto de un cercado nuevo o algo así, y a partir de entonces se los podía ver juntos de vez en cuando. Me pareció extraño, porque son personas muy distintas. Rammy se aparta de la gente, aprovecha las horas libres para trabajar en su jardín y lee la Biblia, mientras que Drachtsma siempre está rodeado de gente.

La señora Buisman comenzó a jugar con su cucharilla.

—¿Tiene idea de lo que se decían?

—En una ocasión oí parte de una conversación entre los dos — admitió la señora Buisman—. Yo estaba en el jardín y pasaron por delante; no creo que llegaran a verme. El señor Drachtsma hablaba acerca del «mal», y Rammy le escuchaba. «El mal debe ser destruido, Rammy», le decía, y luego lo repitió otra vez. Rammy escuchaba con mucha atención.

—Muchísimas gracias, señora Buisman —dijo De Gier—. Debo reunirme con el commissaris. Esta noche estamos invitados a cenar en casa del señor Drachtsma.

—Vuelva cuando quiera —le invitó la señora Buisman, y fue a abrir la puerta principal—. No soy tan tonta como parezco, sargento —añadió en el último momento—. Ya sé lo que anda buscando, pero creo que no tiene la menor posibilidad. Nadie ha logrado pillar al señor Drachtsma en nada.

De Gier sonrió y le dio las gracias por el té.

—No tan deprisa —protestó el commissaris mientras se dirigían hacia la mansión de Drachtsma—. Mis piernas son la mitad de largas que las tuyas. Además, quiero que vuelva a contármelo todo. La señora Buisman me interesa. Habría debido ir con usted.

De Gier le repitió toda la historia.

—Plantas rodadoras —repitió el commissaris cuando llegaron a la puerta y vieron a su anfitrión que salía a recibirles—. Ya había oído hablar de las plantas rodadoras. Interesante. Mucho.

A PESAR DE LA EXCELENTE COMIDA y de los vinos de precio que les fueron servidos de polvorientas botellas, De Gier no disfrutó de la cena. Lo habían situado enfrente de la señora Drachtsma, y la dura expresión de la mujer, sus finos labios y la gruesa capa de maquillaje que casi se resquebrajaba cada vez que ella trataba de mostrarse agradable le habían alterado la digestión. En aquellos momentos se sentía como si tuviera el estómago lleno de arena.

El interior de la casa, al contrario de lo que había imaginado, era mortecino. La casa demostraba que su propietario era rico, todo era de la mejor calidad posible, pero no se había aplicado ninguna imaginación y los macizos muebles se hallaban allí donde debían hallarse, pesadamente inmóviles, como camiones aparcados en el patio de una fábrica. «Sólido», pensó De Gier, «igual que mi estómago. No podría eructar ni aunque quisiera, porque no hay nada de aire».

Fueron dirigidos hacia la chimenea y Drachtsma escanció el *brandy*. El commissaris sostenía un enorme cigarro, y De Gier se había liado un cigarrillo con el tabaco de una pequeña bolsa que había encontrado en el bolsillo de su chaquetón. Normalmente no solía liar sus propios cigarrillos, pero esta vez lo había hecho como una débil protesta contra el poco acogedor ambiente en que se había visto sumergido por la fuerza, y, casi con descortesía, había rechazado el cigarro que Drachtsma le ofrecía.

—Ya había estado antes en esta isla —comenzó el commissaris, cuando por fin logró hallar un modo de manejar su cigarro— pero en otoño, a finales de otoño.

—También es una buena época —dijo el alcalde—. La isla es encantadora en todas las estaciones, pero a mí me gusta sobre todo justo antes de que empiece el invierno. Los turistas ya se han marchado y tenemos toda Schiermonnikoog para nosotros. Es una buena época para pasear por las playas.

—Eso es lo que yo hacía. Aquel atardecer me impresionaron muchas cosas. Había una extraña atmósfera a mi alrededor. La naturaleza había muerto, los árboles estaban desnudos, las gaviotas volaban en círculos y daban roncosp graznidos, y unas cuantas cornejas iban siguiéndome. Cada vez que me movía, se adelantaban volando y se posaban en alguna roca para contemplarme. Las cornejas son unas aves inteligentes, y hablaban entre sí con sus ásperas voces.

Había algo en la forma de hablar del commissaris que no admitía interrupciones, y todos los presentes le escuchaban. Drachtsma había dejado la botella y se apoyaba contra la repisa de la chimenea, con las largas piernas cruzadas y las manos en los bolsillos, pero su aspecto no era despreocupado.

—Y entonces vi la planta rodadora. Yo estaba en una amplia franja de playa, muy amplia quizá, y me había acercado al mar cuando vi una planta rodadora que bajaba por las dunas dando vueltas, arrastrada por el viento. Era muy grande, quizá de hasta tres metros de diámetro, y no era únicamente una planta muerta, aunque en aquellos momentos yo eso lo ignoraba. Ya conocía las plantas rodadoras, y sabía que algunas de ellas hacen su truco a propósito. Desarrollan unas raíces especiales, en las últimas fases de su vida, y estas raíces no se hunden en el terreno. Tocab el suelo, pero no se entierran, y aun así siguen creciendo. Son como brazos que el arbusto utiliza para darse impulso cuando llega el momento. Entonces empieza a empujar con sus fuertes y largos brazos, y empuja hasta desprenderse de sus verdaderas raíces, y

entonces queda libre y comienza a rodar cuando el viento la arrastra, y a medida que rueda se encuentra con otras masas de ramas secas y se engancha con ellas y sigue encontrándose con otras y todas se unen y al final las plantas acaban formando una bola gigantesca. Era una bola así la que veía yo aquella tarde, y venía directamente hacia mí. Corrí hacia la izquierda, pero la planta cambió de rumbo; corrí hacia la derecha, y volvió a cambiar de dirección. Rebotaba en el suelo y agitaba sus tentáculos amarillentos hasta que por fin me atrapó y me empujó hacia el mar, pretendiendo ahogarme. —El cigarro del commissaris se había apagado, y este se ocupó de volver a encenderlo.

—Sigue usted vivo —observó Drachtsma—, de modo que la planta fracasó, por fortuna.

—No pretendía fracasar —dijo el commissaris—, y me dio un buen susto. Jamás lo he olvidado. A menudo he vuelto a pensar en aquel día. Lo que más me fascina es que fui atacado por un cadáver, por una cosa sin voluntad propia. La planta lo había planeado todo, pero cuando aún estaba viva, y había utilizado su propio cadáver y los de otras plantas para construir un arma.

—Vamos, vamos —comenzó el alcalde, entre sorbos de *brandy* y sonrisas—. Es un buen relato, sin duda alguna, y estoy seguro de que ocurrió exactamente como nos lo ha contado, pero me parece que está usted exagerando. La planta no había planeado nada. Fue un suceso completamente natural. Las plantas muertas ruedan por ahí para dispersar sus semillas. La cosa ocurre cuando ya han muerto, y es extraordinario, y estoy de acuerdo con usted en que es una imagen fantástica verlas rodando por las playas y por las dunas, pero no hay ninguna maldad en ellas.

Cambiaron de tema, les sirvieron café y la conversación derivó hacia unas y otras cosas durante la siguiente hora y media, hasta que el alcalde y los notables de la isla se pusieron en pie y dieron las gracias a la anfitriona por su hospitalidad. El commissaris y De Gier

se levantaron también, pero Drachtsma les ofreció una última copa y la señora Drachtsma se disculpó y fue a acostarse. Los tres hombres quedaron de pie junto a la chimenea, saboreando el fuerte licor.

—Me ha gustado su historia de la planta rodadora —comentó Drachtsma, y los dos policías esperaron a que continuara, pero Drachtsma no estaba dispuesto a decir nada más.

—Una entidad que mata a otra por mediación de una tercera —apuntó el commissaris.

—La planta rodadora utilizaba su propio cuerpo muerto para matar a un ser vivo —añadió Drachtsma.

—Y otros cuerpos —le recordó el commissaris—. Es un buen ejemplo del poder del pensamiento. Los hombres de negocios suelen utilizarlo con frecuencia. Utilizan a otros para lograr sus fines. Toman asiento y empiezan a pensar en cierta dirección, y gradualmente se va acumulando un poder que por fin encuentra su oportunidad, su vehículo...

De Gier dejó la copa.

—Y María van Buren muere —concluyó—. Buenas noches, señor Drachtsma. Gracias por la agradable velada.

—Creo que eso habría debido decirlo usted —le dijo Drachtsma al commissaris.

El commissaris estrechó su mano.

—Aquí tiene mi tarjeta, señor Drachtsma. Puede ver que figura un número de teléfono.

Drachtsma se quedó mirando a sus dos visitantes.

—No —respondió—. No creerán en serio que voy a llamarles, ¿verdad?

20

SEIS MESES DESPUÉS, cuando los cerebros y las memorias de los policías que se ocuparon del caso de María van Buren ya habían quedado empapados con numerosos incidentes relacionados con otros diversos casos, sonó el teléfono del commissaris.

—Le habla Drachtsma —anunció una voz débil—. ¿Se acuerda de mí?

El commissaris necesitó unos segundos.

—Sí, señor Drachtsma —respondió—. Me acuerdo de usted.

—Desearía hacer una declaración —añadió la tenue voz. Hablaba lenta y cuidadosamente—. Le agradecería muchísimo que viniera a visitarme.

—Sí —dijo el commissaris—, pero ¿dónde está usted?

—En la isla —contestó Drachtsma.

—¿No podríamos aplazarlo hasta que tenga que venir a Amsterdam? —preguntó el commissaris—. De aquí a Schiermonnikoog hay todo un viajecito, y estamos bastante atareados. Tengo entendido que viene a Amsterdam muy a menudo, ¿no es cierto?

—Ya no —respondió la voz—. Estoy enfermo, muy enfermo. Hace meses que no salgo de la isla.

El commissaris miró hacia su ventana. La lluvia la golpeaba con tal fuerza que era imposible ver nada a su través.

—¿A qué hora sale el próximo *ferry*?

—Si sale ahora de su oficina llegará a tiempo de cogerlo, y podrá regresar en el *ferry* de la tarde. Perderá usted un día, pero me rendirá un servicio inapreciable.

—Muy bien —accedió el commissaris.

—Lástima que Grijpstra no haya querido venir —comentó De Gier.

El automóvil acababa de cruzar el puente de Utrecht y estaba a punto de unirse a la corriente de tráfico de la autopista.

—No puede reprochárselo —respondió el commissaris—. La última vez, la naturaleza casi acaba con él, y creo que ya debe de conocer la isla a fondo. La señora Buisman lo tuvo a su cuidado un mes entero, ¿no es eso?

—En efecto —asintió De Gier—. En mi vida había hecho tantas horas extras como durante ese mes.

—Ya puede estar agradecido —dijo el commissaris.

—Sí, señor —respondió De Gier, sin comprender.

La señora Drachtsma les abrió la puerta. Iba sin maquillar y parecía vieja y cansada, pero cierto calor humano parecía irradiar de su ser.

—Me alegro mucho de que hayan podido venir —les dijo—. Mi marido está esperándoles. Tiene cáncer de pulmón y el médico cree que ya está muy cerca del final. No ha querido que lo llevaran al hospital, en el continente, y se ha negado a someterse al tratamiento de radiación que le recomendaban. Decía que los rayos solo prolongarían el tormento.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo su esposo, señora? —inquirió el commissaris.

—Hace tres meses que le diagnosticaron el cáncer. Ahora está muy debilitado.

IJsbrand Drachtsma reposaba en una gran cama de hospital, de armazón metálico. Tres almohadas le sostenían la cabeza y los hombros. Su cara era del color del marfil y sus ojos estaban profundamente hundidos bajo el fino y seco vello de sus cejas. El commissaris y De Gier tocaron su blanca mano, sobre la que se retorcían las venas como gusanos azulados.

Drachtsma tosía y resollaba con cada respiración. Trataba de decirles algo.

—Planta rodadora —dijo al cabo de un rato, tosiendo a cada sílaba—. ¿Recuerdan?

—Sí —asintió el commissaris—. Pero no se esfuerce, señor Drachtsma. Creo que puedo entenderle sin necesidad de hablar. Si hablar le perjudica, no queremos que hable. Nos quedaremos un rato por aquí, si lo desea; nos sentaremos aquí en el cuarto y quizá le hagamos unas cuantas preguntas, y usted puede afirmar o negar con la cabeza.

Drachtsma sonrió.

—No. Tengo que hablar. Estaba usted en lo cierto, la cosa sucedió tal como usted lo dijo.

El commissaris quiso interrumpirlo, pero la señora Drachtsma le puso una mano en el hombro.

—Déjele hablar, commissaris, por favor. Sé qué quiere decirle. Me lo ha dicho y le he perdonado. Incluso le he comprendido. Pero quiere decírselo a usted. Deje que se lo diga; eso le dará paz.

—Sí —añadió Drachtsma—. Me gustaría que Rammy pudiera estar presente, pero mi mujer ha telefoneado a la clínica y todavía sigue enfermo. Por culpa mía. Lo utilicé, en vez de intentar ayudarle. Habría podido ayudarle, pero yo entonces no lo sabía ni quería saberlo. Y ahora es demasiado tarde. Lástima.

Comenzó a toser de nuevo y la señora Drachtsma le rodeó los hombros con su brazo. Su marido apoyó la cara en el cuello de ella.

De Gier sintió que se asfixiaba y habría querido salir del cuarto y fumarse un cigarrillo en el corredor, pero la quietud del commissaris, sentado junto a él, le ayudó a contenerse.

—No importa —dijo Drachtsma, dirigiendo una sonrisa a su mujer—. Infantil, esa es la palabra. Siempre he sido infantil. No por esto, ser abrazado por la propia esposa no es infantil. Pero lo que he estado haciendo toda mi vida eran tonterías. Siempre buscaba mi propio beneficio, lo que yo creía que era mi propio beneficio. María era mi juguete, y no quería que tuviera una vida propia. Podía tener otros amantes, pero su lealtad tenía que ser para mí. Y yo no quería que fuese una bruja.

—Una bruja —murmuró De Gier.

—Sí, María era una buena bruja.

—¿Buena? —inquirió el commissaris.

—Una buena bruja mala. Eficaz. Conocía su trabajo. Las hierbas ayudaban, pero no lo eran todo. Había estudiado, practicado y experimentado. Una mujer dedicada. Las cosas así no se obtienen fácilmente, ya saben. Muchos viajes a Curaçao, y ella no disfrutaba yendo allí, no con toda su familia en contra de ella. Pero llegó a alguna parte. No sé dónde. Tenía poder. Podía arrastrar a la gente. También a mí. Cuando quería que fuera a su lado, yo iba como una marioneta.

—¿Y por eso la mató? —preguntó el commissaris.

Drachtsma asintió.

Su esposa llenó una taza de té y le ayudó a tomar un sorbo.

—Sí. Hice que la mataran. Era demasiado inteligente para hacerlo yo en persona. Llegué a pensarlo, pero en seguida me habrían relacionado con su muerte. Sé cómo conseguir que otras personas trabajen para mí, cómo utilizar a la gente. Elegí a su propio hermano. Me pareció que eso era muy astuto. Me sentía orgulloso de mi inteligencia. Siempre he sido orgulloso. A veces el orgullo es bueno; durante la guerra, me ayudó a salir adelante. Pero también es peligroso. El orgullo debería ser una herramienta; todo hombre debería poder controlar su propio orgullo.

Drachtsma cerró los ojos.

—Rammy —dijo de pronto—. Rammy fue mi herramienta. Le impuse mi voluntad de lanzar el cuchillo. Le di el cuchillo. Era mi propio cuchillo. Lo guardaba en una caja, y nadie sabía que lo tenía. Trabajé a Rammy durante mucho tiempo. Le decía que su hermana era malvada; que era una puta, una bruja; que debía exterminarla para mantener limpio el mundo. Él sabía dónde vivía, había estado una vez en su casa, mucho tiempo antes. La odiaba, estaba celoso de ella. María era una auténtica hija de su padre, y él no. Los celos hacen que resulte muy fácil manipular a la gente. —Hubo una pausa—. Mi esposa me ha perdonado —prosiguió Drachtsma—. ¿Me perdona usted, commissaris?

—Sí —contestó el commissaris.

—Hay otros, muchos otros. Rammy es uno de ellos. No puedo preguntárselo a ellos, y ya no tendré otra oportunidad. Me gustaría tener otra oportunidad.

Drachtsma bebió otro sorbo de té.

—Shon Wancho —dijo el commissaris.

Los ojos de Drachtsma se abrieron de nuevo.

—El médico brujo —asintió—. Sí.

—¿Le conocía?

Drachtsma meneó la cabeza.

—No. Nunca he estado en Curaçao. No tenía ganas de ir, y creo que ella tampoco quería que fuese.

—¿Qué le parece? ¿Es un hombre malvado?

Drachtsma meneó de nuevo la cabeza.

—No. Malvado, no.

—¿Un hombre bueno?

—Sí —dijo Drachtsma—. Advirtió a María. Ella me dijo que la había advertido. Hablaba de él en sueños.

—¿Qué es lo que aprendió de Shon Wancho? —quiso saber el commissaris.

—Discernimiento —respondió Drachtsma, y tosió un par de veces—. Simple discernimiento.

—¿Y *ella* debía averiguar qué hacer con él?

—Así es. Discernimiento mágico. Poderoso. Puede ser mal utilizado. Es lo que hizo ella.

—¿Qué sucede cuando se utiliza mal? —preguntó De Gier. No pudo evitarlo. Habría preferido permanecer sentado en silencio, esperando a que terminara aquella prueba.

—Si se utiliza mal —respondió lentamente Drachtsma—, se acaba mal.

No parecía quedar nada más por decir, y el commissaris miró a la señora Drachtsma y señaló la puerta con la cabeza.

—Sí, commissaris —dijo la señora Drachtsma.

De Gier estaba ya en el umbral cuando Drachtsma lo llamó. Volvió sobre sus pasos y se inclinó sobre el yerto cuerpo que ocupaba la enorme cama. La blanca mano se alzó penosamente y se cerró sobre la muñeca de De Gier.

—No gane —dijo Drachtsma—. Querer ganar es infantil.

De Gier trató de irse, pero la mano seguía sujetando su muñeca.

—Sargento —susurró Drachtsma.

—Sí, señor Drachtsma.

—No trate nunca de ganar. Todavía es usted joven. Puede desaprender muchísimo.

—Sí, señor Drachtsma —dijo De Gier.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams

19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi

49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac

50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



JANWILLEM VAN DE WETERING (Rotterdam, Países Bajos, 12.2.1931 - Blue Hill, EEUU, 4.7.2008). Cuando nació en 1931 en Rotterdam, sus padres quisieron ponerle «Crisis» de segundo nombre a Jan-Willem van de Wetering, el escritor holandés de novela policíaca que acaba de fallecer tras una larga enfermedad. Al final, se decidieron por Lincoln, como el famoso presidente de los Estados Unidos, sin saber la profunda huella que ambas opciones dejarían en su vida.

Porque el chico, que residía en la ciudad más martirizada de Holanda por las bombas nazis durante la II Guerra Mundial, nunca pudo olvidar la ocupación y posterior desaparición de sus compañeros de clase judíos. Una tragedia que le marcaría hasta el extremo de buscar a partir de entonces una explicación a aquel

horror. O mejor aún, vista su inmersión posterior en la filosofía budista, de lograr la forma más pura de compromiso con la vida. Porque Van de Wetering tuvo en realidad dos vidas literarias simultáneas: una trascendente, con obras filosóficas, y la otra más mundana, plena de novelas policiacas.

Para poder ilustrar la primera de ellas, y después de pasar por la universidad, viajó durante una década por siete países, formó parte de una banda de moteros, vagabundeo por Suráfrica y acabó siendo discípulo de un maestro zen en un monasterio japonés. El testimonio de sus meditaciones, entrevistas y conversaciones con los monjes aparece en obras como *Reflejos de la nada* y *El espejo vacío*, publicadas en castellano en los años setenta por la editorial Kairos. Esta parte de su producción gozó de gran eco en Estados Unidos, donde acabaría instalándose y donde ha muerto a los 77 años en el Estado de Maine.

Su segunda identidad novelesca no pudo ser más diversa. Gracias a la experiencia adquirida como voluntario de la policía de Ámsterdam, Jan-Willem van de Wetering creó una legendaria pareja de detectives. Llamados Henk Grijpstra y Rinus de Gier, su personalidad y calado emocional resultaba tan entretenido como sus andanzas. Así, Grijpstra era un tipo maduro con problemas matrimoniales que hubiera querido ser músico de *jazz*. A De Gier, por su parte, más joven, bien parecido y con mucho éxito entre las mujeres, le gustaba tocar la flauta. Ambos improvisaban melodías en plena oficina bajo la mirada de un comisario llamado Jan. De este último, el escritor solo desvela que era bajito, algo mayor y muy agudo.

El éxito de esta serie le hizo merecedor, en 1984, del Gran Premio de la Literatura Policiaca, prestigioso galardón francés. Y algo más valioso aún. Le convirtió en uno de los primeros autores que ganó lectores considerados intelectuales, para un género hasta entonces de consumo popular.

Isabel Ferrer

[El País](#)

[Wikipedia](#)

[The Guardian](#)

Notas

[¹] Una isla al norte de Holanda, de unos 47 kilómetros cuadrados y 900 habitantes. <<

[2] En inglés *Ice* significa «hielo», lo mismo que *IJs* en holandés y con la misma pronunciación. <<